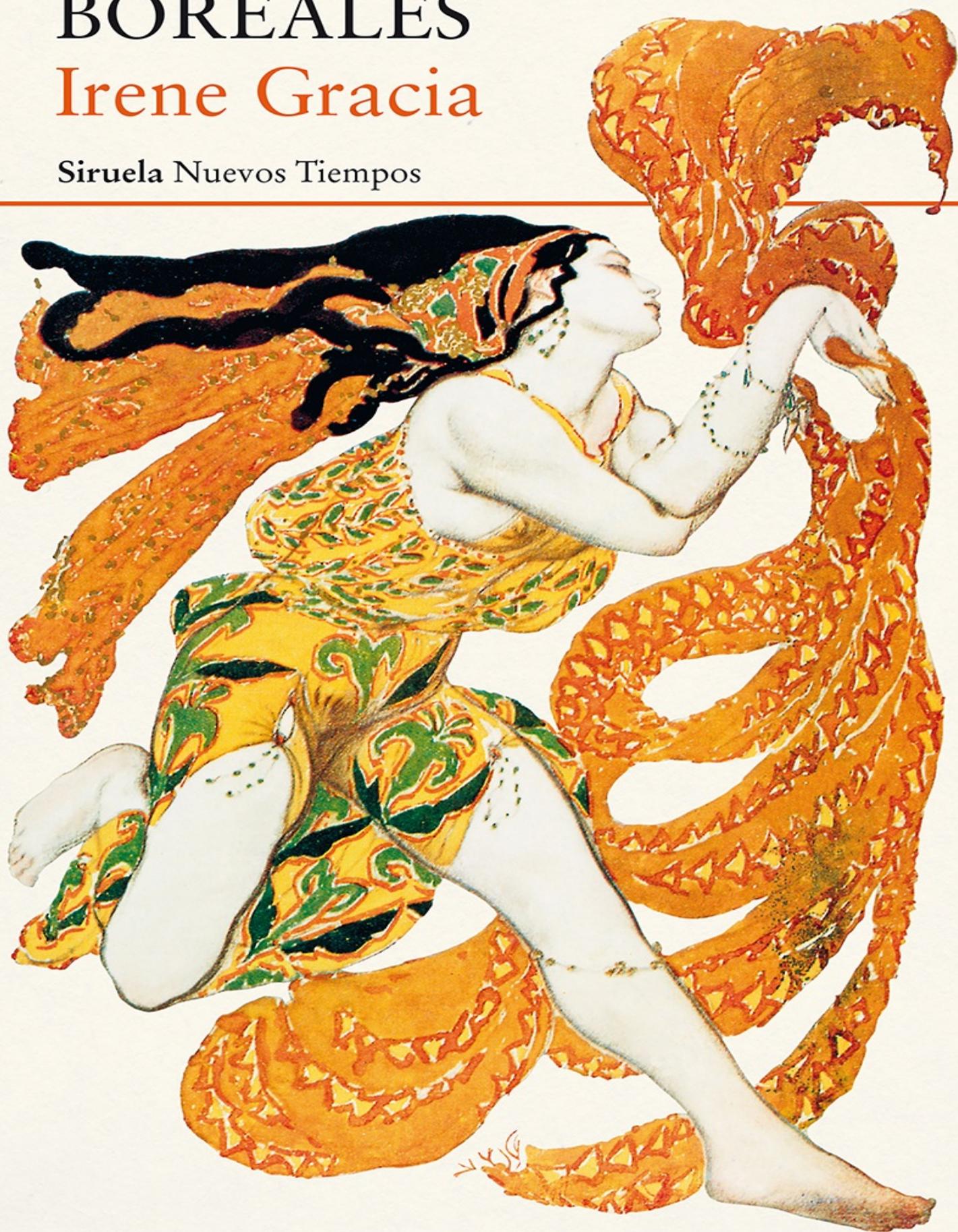


LAS AMANTES BOREALES

Irene Gracia

Siruela Nuevos Tiempos



LAS AMANTES BOREALES

IRENE GRACIA

Irene Gracia

Las amantes boreales

 Siruela

Nuevos Tiempos

Edición en formato digital: octubre de 2018

En cubierta: imagen de Lordprice Collection / Alamy Stock Photo

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Irene Gracia, 2018

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-17624-08-8

Conversión a formato digital: María Belloso

A Endika Zulueta

I

LOBAS DEL LADOGA

1

MEMORIAS DE ROXANA

En las noches blancas no puedes huir aunque lo desees. En esas noches sin noche solo los infelices miran los relojes para convencerse de que pasa el tiempo, ignorando que el tiempo se detiene, que solo transcurre en su mente y en el vientre del reloj, mientras el cielo permanece fiel a su contrato con la eternidad, emitiendo siempre la misma luz irreal que puede volverte loca.

Fedora y yo éramos la loba roja y la loba negra, y ya nos habían condenado a vivir una vida al margen de la vida y a sufrir en noches ajenas a la noche. Nuestro viaje a la otredad estaba a punto de comenzar y nuestra suerte estaba echada desde que nos expulsaron de la Escuela Imperial de Ballet. Y ahora íbamos a abandonar San Petersburgo como dos delincuentes.

Mi padre se pasó su afilada mano derecha bajo la cabeza haciendo el ademán de segarse el cuello, indicando que mi partida y la de mi amiga eran la única salida a nuestros delitos y que en San Petersburgo nos aguardaba algo peor que la guillotina. ¿Lo decía por la guerra? No parecía que a ellos la guerra les importase demasiado. Muy al contrario, la veían como una solución a las revueltas que habían convertido la ciudad en un auténtico polvorín. En realidad, lo único que querían mis progenitores y los de Fedora era librarse de nuestra presencia, así que organizaron nuestra marcha con precipitada perfección, como de costumbre.

Estábamos en el verano de 1916, y Rusia ya llevaba dos años beligerando contra Alemania. El mundo se había vuelto más hostil, pero la aristocracia y la burguesía se sentían más confiadas que en los días que antecedieron a la guerra. Recuerdo aquel verano de 1914, cuando todo en Rusia parecía ir mejor que nunca. Los entendidos decían que la economía crecía a un ritmo inaudito. Las calles estaban tranquilas, se llenaban los teatros y los tugurios donde

organizaban peleas de gallos, y la familia imperial se complacía en hacer loas a las grandezas de Rusia, a su cristiana humanidad, a sus rebaños de cabras y ovejas, y a sus muchedumbres de caballos y bisontes. Según la familia del zar, aconsejada por Rasputín, Rusia era el país de la abundancia. Sin embargo, esa mansedumbre urbana y campestre era solo la máscara de un profundo malestar vinculado al sistema de castas ruso. Los campesinos ansiaban ser propietarios de las tierras que llevaban trabajando durante siglos, y los obreros clamaban por una vida más digna.

Y de pronto, el 7 de julio de 1914, cuando veraneábamos con nuestras familias en un palacete junto al Báltico, estalló en San Petersburgo una huelga que solo los obreros se esperaban y que solo ellos deseaban. Tres días después eran ya 135.000 los obreros sublevados, y enseguida las protestas se extendieron a Bakú y a otras ciudades del Imperio. Los huelguistas asaltaban los tranvías, quemaban los automóviles de los ricos, nadie temía a la policía, y reinaba en la ciudad un ambiente de violenta alegría y fiera irresponsabilidad. La huelga solo cesó cuando comenzó la guerra, en agosto de aquel mismo año; de ahí que, como ya he dicho, la entrada de Rusia en el conflicto representara para los plutócratas de San Petersburgo un respiro y, por más paradójico que resulte, la vuelta a la tranquilidad. Bien es cierto que el alivio duró poco, pues a las incomodidades propias de la guerra se unieron los muy tempranos reveses del Ejército del zar, que fue derrotado severamente en Prusia Oriental, en una batalla en la que perecieron cien mil rusos. Las cosas no habían mejorado desde entonces, y eran muchos los que se encontraban tan descontentos que deseaban el desastre total para poder organizar la Revolución.

Y ahora, en pleno verano de 1916, Fedora y yo dejábamos la ciudad de nuestros amores, sus conflictos, sus obsesiones y sus decepciones, embarcándonos hacia un mundo del que apenas sabíamos nada. Éramos dos pobres niñas ricas intentando afrontar un futuro lleno de incertidumbre mientras observábamos el barco amarrado al muelle. Dos marineros subieron a la nave nuestros baúles ante la mirada atenta del capitán, y nuestros padres se dispusieron a darnos los últimos besos, que tanto mi amiga como yo acogimos con el desdén característico de los que se saben engañados.

He hablado de San Petersburgo, si bien tendría que decir Petrogrado, pues desde el inicio de la contienda el Gobierno había decretado que, al ser San Petersburgo un nombre alemán, como los alemanes eran nuestros enemigos, la ciudad no podía seguir llevando un nombre germano. Pero ni a Fedora ni a mí nos gustaba llamar a nuestra ciudad Petrogrado, y en nuestras conversaciones

seguíamos llamándola como antes de la guerra.

Y fue así que dejamos San Petersburgo en el largo anochecer que se fundía con el largo amanecer, y pronto perdimos la noción del tiempo y el espacio. Fedora y yo cerramos con llave nuestro camarote, y miramos por el ojo de buey el mundo que perdíamos. Fuimos dejando atrás las columnas rostradas de los embarcaderos, las quimeras y los atlantes, las cúpulas doradas de las iglesias, los campanarios, los puentes que suben y bajan, que se duermen y se despiertan, y las agujas afiladas que coronan los palacios emborronados por la bruma. Apenas dormimos, y, cuando me acerqué a la ventana para contemplar el sol de media noche, advertí que ya no surcábamos las familiares aguas del Neva y que nos íbamos adentrando en un lago que solo podía ser el Ladoga, cuya panza parecía más oscura y profunda bajo la luz rojiza.

Pensé que nuestros padres habían sido unos infames al consentir dejarnos con aquellos tres hombres rudos y malolientes. Si por alguna razón decidían forzarnos para más tarde arrojarlos al lago, nadie encontraría nuestros restos. Habíamos sacrificado nuestra infancia para convertirnos en virtuosas bailarinas, y nuestros cuerpos moldeados con sangre, ambición y dolor podían acabar estrellados entre los acantilados, devorados por los peces, las aves y las focas que pueblan el Ladoga.

No compartí mis pensamientos con Fedora; no hizo falta. El silencio de mi amiga me decía que sentía lo mismo que yo. Podía ver en sus ojos transparentes mis fantasías hijas del miedo: nuestros cuerpos se iban hundiendo en el agua mientras los cabellos se nos entrelazaban como nubarrones de algas negras y rojas.

Miré el esbelto cuello de Fedora, y temblé por su suerte y por la mía. Un instante después el capitán golpeó la puerta del camarote y anunció que estábamos llegando a nuestro destino.

Cuando salimos a cubierta, una niebla blanca lo envolvía todo.

—Las gentes del lugar llaman a esta niebla el manto de la Virgen —dijo el marinero más joven.

Y, con ello, rompió el embrujo del silencio, mirándonos con sus ojos azules, como si fuésemos una aparición. Era un hombre muy guapo, que comunicaba tranquilidad, si bien no tanta como la quietud que transmitía el lago, sin olas y sin espuma, como una vasta superficie de azogue por la que se deslizaba el barco casi sin que se notase. El velo blanco se fue disolviendo suavemente y vimos desplegarse ante nuestros ojos el archipiélago de Valaam, las cúpulas doradas del

monasterio y las cruces de las iglesias, hasta que el barco se detuvo en un humilde embarcadero entre islotes frondosos y llenos de pájaros.

En el muelle nos aguardaba una calesa blanca y gris junto a un tal Dimitri, el cochero vestido de negro. Parecía el portero del inframundo y al verlo presentimos que tras todo infierno suele hurtarse a nuestros ojos otro infierno aún peor.

Los dos marineros cargaron nuestros baúles en el portaequipajes del coche y nos desearon una feliz estancia en la isla mientras el capitán nos miraba con ironía y piedad. No mucho después Dimitri estrelló su tralla contra el lomo de los caballos y el carruaje se puso en marcha.

Muy pronto empezamos a avanzar por un sendero entre dos húmedas dimensiones vegetales cuyo fondo no acertábamos a ver y que parecían pobladas por animales que se ocultaban a nuestra vista, aunque percibíamos su laborioso y crispante ajeteo.

Desde que salimos de San Petersburgo, teníamos la impresión de que nos dirigíamos a un mundo lejos de nuestra ciudad pero también lejos de la realidad y de las leyes que la hacen soportable, aunque también podría decir lo contrario: lejos de la realidad y de las leyes que la hacen tan parecida a la muerte.

Fedora y yo teníamos la misma edad. Yo celebré mi decimosexto aniversario en marzo, y Feodora cumpliría dieciséis años en octubre. Ambas íbamos vestidas íntegramente de blanco, desde los zapatos a los guantes, desde el vestido al sombrero. También la mañana presentaba un aspecto albino, con la niebla deslizándose desde el lago, dispuesta a acoger en su seno todas las fantasías imaginables.

Ya nos hallábamos a cierta distancia del muelle cuando Fedora se soltó su apretada trenza roja y suspiró como si se notase liberada, gozando de su propia hermosura. No obstante, su alegría se enturbió rápido al sentirse invadida por la inquietud y por no saber lo que nos esperaba en Valaam, según me susurró al oído. Fedora sacó de su bolso el espejo y se fijó en el lunar que tenía sobre la comisura del labio y que había heredado de su madre. El lunar destacaba más que antes en su pálida piel y me comentó que era el único rasgo vinculado a la belleza que le había legado su progenitora. A simple vista, Fedora era más atractiva que yo. Su talle estilizado y sus ojos añiles y penetrantes la convertían en una muchacha muy deseable. Mi misma mirada lo constataba, pensé mientras me quitaba los guantes. Yo era más delgada y alta que ella. Yo era una falsa morena de tez pálida, pero mis ojos cenicientos y mis cabellos oscuros sugerían a cuantos nos observaban que era menos de fiar que mi amiga y que mis

miembros mostraban una fragilidad engañosa, pues todos sospechaban que mi alma era reconcentrada y poderosa, y mi deseo más poderoso todavía. Confieso que muy rara vez fui consciente de mi belleza, y los demás también lo advertían al analizar mi mirada oblicua, en la que, sin yo quererlo, se insinuaba mi temor a ser contemplada.

Dimitri, que tenía por misión conducirnos hasta el internado del duque de Novo, semejava un hombre parco y severo, de mirada espesa y a ratos ausente. Apenas nos dirigía la palabra, y parecía sumido en sus pensamientos mientras azotaba los caballos para que no aminorasen la velocidad en las curvas más cerradas.

Cuanto más nos adentrábamos en la isla más lejos nos sentíamos de San Petersburgo (no pienso llamarla Petrogrado, y me da igual lo que digan los demás), de su incesante agitación sin sentido. Ahora la veíamos como una dimensión del tiempo más que del espacio —como una dimensión del pasado—. Nos parecía que el Teatro Mariinski estaba tan lejos como nuestra infancia, con sus espejos, sus telones brocados, sus ilusiones entre bastidores, sus aplausos... Habían quedado anclados en otra existencia ajena a la nueva vida que acabábamos de comenzar.

Los declives que cercaban los dos flancos del camino eran grandes conglomeraciones de granito y de árboles, que imponían su aplastante naturaleza, como deidades que lo controlaban todo, y que nos observaban como a intrusas que estuviesen profanando su reino.

Una hora antes de que el breve crepúsculo empezase a enrojecerlo todo con su fuego desfalleciente, Dimitri detuvo el carruaje junto a un puente. Tenía que ajustar mejor las cinchas de los caballos y nos dejó salir del coche a contemplar mejor el espacio que nos rodeaba.

Fedora y yo nos sentamos sobre dos piedras bajo la copa de un pino que parecía tener más de trescientos años y nos dejamos envolver por el rumor del arroyo que discurría junto al camino y el ensordecedor canto de los pájaros. Teníamos la impresión de hallarnos en una jungla primigenia y rebosante de una vida tan secreta como hostil.

Mientras hacía su trabajo, Dimitri le lanzaba a mi amiga miradas de reojo que refulgían de lascivia. En un momento Fedora se movió, mostrando sin querer parte de sus muslos y de su ropa interior, y los ojos del cochero brillaron como navajas que reflejasen los últimos lances del sol. Fedora no captó el momento más intenso de la mirada de Dimitri, pero sí que acertó a vislumbrar la huella que la emoción había dejado en su rostro, y para ella fue como si, de

pronto, emanase vapor de sus ojos desviados.

Un instante después continuamos el viaje. Cruzamos el puente de madera, y lo que hasta entonces había sido un camino llano entre peñascos pasó a convertirse en una cuesta llena de curvas, entre torrenteras y arboledas oscuras y silenciosas. Con su voz seca y cortante como los trallazos que propinaba a los caballos, el cochero gritó:

—Comienza la subida, delicadas damiselas, y, cuanto más nos elevemos, más oscura parecerá la tierra, ja, ja... No avanzamos hacia el reino de la luz, princesas...

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Fedora con temor.

—¡Quiero decir lo que he dicho, señorita!

Y volvió a golpear a los caballos, que con resignación y rabia aceleraban el paso por un camino cada vez más hosco y sinuoso.

De repente un soberbio reno pasó corriendo delante de los caballos, que, al asustarse, empezaron a brincar y a relinchar. Fedora y yo cerramos los ojos a la vez. Durante unos instantes creímos que íbamos a atropellar al reno o, lo que es peor, a sufrir un accidente en nuestras propias carnes. Cuando Dimitri consiguió dominar los caballos, reanudamos el viaje.

Los bosques parecían ahora robledales negros, y de sus densas profundidades solo llegaba un silencio frío y espeso. La naturaleza mostraba allí todo su misterio, convirtiéndose en una sustancia impenetrable o que no apetecía penetrar. Algunas aves nocturnas rompían la mudez vegetal como almas que clamaran en medio de un vasto purgatorio. Los torrentes, más que oírse, se sentían como animales escurridizos y violentos que iban jalonando el camino. Las gotas que desprendían llegaban hasta nosotras y a ratos nos salpicaban en la cara como brucas caricias propiciadas por las manos mojadas de la noche.

—¿Queda mucho trecho hasta al internado? —le pregunté al cochero cada vez más atemorizada.

—No tardaremos en llegar —contestó Dimitri.

El cielo era de un azul tan sublime que dolía. Fedora y yo nos pegamos la una a la otra, conformando un ovillo de angustia y de estupor. Nunca nos habíamos enfrentado a dimensiones tan envolventes y enrarecidas. Los árboles parecían cada vez más grandes, y el cielo nos dejó ver, tras sus delicados velos, miríadas y miríadas de estrellas mínimas.

—¡Qué lejanos parecen los astros! —exclamó Fedora—. ¡Qué lejano parece todo!

Yo reventé en sollozos. Fedora me estrechó con fuerza y me susurró al oído:

—Que no empiece el dolor antes de tiempo, querida mía. Nuestros padres nos han repetido mil veces que Palastново nos va a parecer el paraíso y que saldremos de allí convertidas en mujeres hechas y derechas.

—No pretendas consolarme con palabras huecas y contradictorias. Cuando la gente habla de lo hecho y lo derecho se está refiriendo a la disciplina, y no creo yo que la disciplina tenga mucho con ver con el paraíso. ¿Y si nos aguardase el infierno?

—Tú y yo estamos acostumbradas a la disciplina desde nuestros años en la Escuela Imperial.

—No me refiero a la disciplina artística, sino a la disciplina moral, que mata mucho más.

—No digas locuras, Roxana —murmuró Fedora, que mientras me abrazaba miraba fijamente hacia un ángulo del bosque.

—¿Qué miras? —le pregunté.

—Nada —contestó ella en el tono de quien está ocultando algo.

El coche continuaba ascendiendo entre bosques, humedales y barrancas cuando el sentido de los sonidos empezó a cambiar de dirección. Antes nos aturdían los chasquidos que procedían de las arboledas, pero ahora lo que de verdad nos impresionaba era la sensación de profundidad. En medio de una oscuridad solo mitigada por los oscilantes faroles del carruaje, escuchábamos las cascadas que se precipitaban por las peñas hasta perderse en honduras de remotísimo silencio; escuchábamos las piedras que saltaban al paso del carruaje y caían al lago como caen las almas de los condenados en el pozo de la desolación y el no retorno. Fedora imaginaba esas piedras perdiéndose en oquedades a las que nunca llegaba la luz, y aquella imagen le parecía la más horrible de cuantas habían poblado su cabeza aquel día de adioses y estupores, según me dijo.

Acabábamos de dejar atrás una curva muy cerrada cuando vimos, en medio de una pradera de la que surgían blancas piedras semejantes a huevos, a un hombre de baja estatura pero poderoso, que tenía cierto aspecto de gorila, con sus brazos caídos y musculosos y su aire de retrasado mental. Al ver el carruaje se alejó hacia una casa de madera con su chimenea humeante.

—Y ese ¿quién es? —le preguntó Fedora al cochero.

—Un pobre cretino hijo de una señora del lugar. Se llama Bundy, y puede ser peligroso cuando pierde los nervios.

Acto seguido torcimos hacia la izquierda, atravesamos una larga avenida de manzanos, y nos vimos ante otra explanada de césped bien cuidado al fondo de la cual se erguía una casa que a esa hora de la noche resultaba tan tétrica como ostentosa. Se trataba de algo semejante a un *château* normando, parcialmente cubierto de yedra. Desde aquella atalaya, las estrellas parecían más brillantes y se notaba un perfume muy intenso de naturaleza vegetal, como si llegasen hasta nosotras las fragancias de las flores acuáticas. Ni Fedora ni yo percibíamos aquel olor como agradable, en parte porque no estábamos habituadas a él, y en parte porque sentíamos que había algo venenoso en aquella pureza lacustre, de aire frío y hostil, en cuya transparencia los aromas desvelaban todo su poder narcótico, todo su espesor recóndito y extraño, que casi nos mareaba.

Aunque varias ventanas del edificio permanecían iluminadas, su luz, más que acoger, parecía desprender un fulgor maligno, si bien preferimos pensar que la malignidad que atribuíamos al lugar podía deberse a las emociones del viaje y a lo alterados que estaban en aquel momento nuestros sentidos, lo que nos conducía a estados propicios para la alucinación y la turbación mental. Dimitri detuvo el carruaje frente al portalón de la casa y anunció con voz cavernosa y monocorde:

—Mis queridas señoritas, acabamos de llegar a Palastново.

2

DIARIO DE FEDORA

5-7-1916

El origen del hombre-sombra se pierde en la noche sin aurora que antecedió al tiempo.

Solo las mujeres conocen al hombre-sombra, porque solo ellas han padecido su tétrica y fascinante presencia.

Solo ellas han sufrido su acoso, eterno como el silencio de Dios.

Y solo ellas lo han visto pululando por los bosques primigenios, cuando nos dedicábamos a cazar bisontes y los pintábamos en las cuevas. Y mucho más tarde, cuando inventamos las ciudades y las llenamos de laberínticas calles, solo ellas veían perderse en las esquinas inconcretas al hombre-sombra.

El hombre cuya cara es la cara de la noche.

El hombre cuyos ojos son los ojos de la noche.

El hombre cuyas manos son las manos de la noche.

El hombre cuya voz, ronca como un susurro lleno de odio y deseo, es el susurro de la noche.

En las estaciones de ferrocarril, cuando el reloj acelera su corazón mecánico hacia las horas más compulsivas de la madrugada, podemos ver al hombre-sombra, sonriéndonos tibiamente con su cara de sombra y sus labios de sombra y su boca de sombra.

En los trenes nocturnos, cuando nos dirigimos a nuestro vagón, no es difícil encontrarse con el hombre-sombra, que nos sigue con sus pasos metálicos y precisos, y que pretende entrar con nosotras en la cabina. Algunas se dejan fascinar por su mirada sombría y sus palabras sombrías, y le dejan entrar como quien entra en compañía de Satanás en las moradas negras de un país del que

nadie regresa jamás.

Pero el hombre-sombra también puede surgir de las penumbras de un restaurante a punto de cerrar, o del pasillo que conduce a los palcos del teatro de la ópera, o del mismo portal de tu casa, oliendo a alcohol y a madrugada, para susurrarte al oído las palabras más obscenas que pudieras imaginar.

Dicen que a partir del momento en que la noche cae y las calles se llenan de penumbras mitigadas por la luz de las farolas, el hombre-sombra inicia su danza, buscando los ángulos más sombríos para quedarse allí agazapado hasta que ve la oportunidad, su oportunidad.

Algunos lo identifican con la muerte, otros con los poderes más negativos de la vida, otros con el miedo y otros finalmente con el deseo cuando invierte su mecanismo y se convierte en camino de destrucción y de olvido.

Ha vivido siempre entre nosotras, y puede introducirse en nuestros sueños y desde ellos desgarrar el tejido fundamental de nuestras almas.

Los ángeles nos libren de cruzarnos con él en una calle maldita de una ciudad que no conocemos o que conocemos muy bien. Los ángeles nos libren de que aparezca en el tren en el que viajamos y pretenda ayudarnos a abrir la puerta de nuestra cabina o del excusado.

Los ángeles nos libren de sentir su presencia en una arboleda a la que apenas llega la luz, o en una playa desierta, o en el corazón del bosque.

Nadie entra impunemente en su círculo negro. Su beso es el beso del silencio, y tras él se cierran las puertas de la noche.

3

El cochero apresó con sus huesudas manos la aldaba en forma de cabeza de león y la hizo chocar tres veces contra el círculo de bronce que destacaba en mitad de la puerta. Los golpes resonaron como pesados martillazos sobre el corazón metálico de la noche y los búhos enmudecieron, dejando paso a un silencio absoluto, en el que destacaban los pasos rítmicos y marciales de alguien que se iba acercando a la entrada desde las profundidades de la casa.

La puerta se abrió emitiendo chirridos graves y vimos la cara de una mujer de aspecto agrio y severo. Sus ojos refulgían como brasas a un tiempo tan vivas como dolientes, y se hallaba como impreso en su boca un rictus de amargura que no desaparecía ni con la más amplia de las sonrisas. La cara que veíamos era como el capitel de una columna negra y rígida, pues la señora Novgorov, directora de la institución, poseía un cuerpo largo y sin caderas, cubierto con un vestido negro y con un único adorno: una cruz de oro y plata que pendía de su cuello como un ahorcado oscilando entre sus dos pechos caídos. La mujer nos indicó que pasáramos y cerró la puerta. Nuestra primera impresión fue de frío interior, la segunda de desolación, la tercera de encierro, y la cuarta de arrepentimiento por habernos dejado conducir hasta aquella escuela cuya misión era educar debidamente a las chicas que iban a moverse en la alta sociedad. Todas esas impresiones brotaron en cascada de nuestras mentes ateridas mientras la señora Novgorov nos decía:

—Queridas mías, vuestros padres tuvieron a bien avisarme de algunas peculiaridades de vuestra personalidad.

—Usted parece conocer nuestras vidas mejor que nosotras —contestó Fedora con insolencia.

La señora la miró airadamente pero, en lugar de replicar a mi amiga con alguna sentencia amenazante, desvió la mirada y murmuró:

—¿Habéis cenado?

—Sí —respondimos de inmediato, temerosas de afrontar una cena ante aquella máscara funeraria que nos encogía el estómago y la cabeza.

—En ese caso os conduciré hasta vuestro dormitorio. Mañana hablaremos con precisión y detenimiento de las normas que rigen esta casa. Seguidme.

La seguimos con nuestros bolsos de cuero en los que llevábamos el neceser y el camisón. Nuestros baúles los transportaría el cochero a una estancia junto a la cocina, donde los revisarían las autoridades del colegio como equipajes que han de cruzar la aduana de un país extranjero.

Subimos por una gran escalera que se iba estrechando según ascendía, y luego torcimos hacia un largo pasillo débilmente iluminado, hasta que llegamos a una sala amplia como la de un hospital, en la que se iban sucediendo dieciocho camas. Fedora y yo quedamos sumidas en el estupor cuando advertimos que no había nadie en la sala y que éramos las únicas que íbamos a pasar allí la noche.

—¿Y las demás? —pregunté.

—Vendrán en septiembre.

—¿Y cuál es la razón de que nosotras hayamos llegado dos meses antes? —inquirió Fedora.

—La razón reside en la voluntad de vuestros padres, que están muy ocupados y que han tenido a bien enviaros a la escuela antes de tiempo.

Tanto Fedora como yo nos hundimos en la rabia y en la tristeza. No era cierto que nuestros padres estuviesen muy ocupados, y por descontado que nuestras madres no lo estaban, pues llevaban una vida bastante ociosa. Las razones profundas de aquella decisión no estaban a la vista, pero nosotras podíamos adivinarlas. Se decía que nuestras madres tenían amantes clandestinos, y los amores furtivos no quieren vigilantes, ni en casa ni en ninguna otra parte.

A Fedora y a mí nos habían criado nodrizas y niñeras, y vivimos bajo la tutela de nuestros progenitores hasta que cumplimos nueve años e ingresamos en la Escuela Imperial de Ballet. A partir de entonces solo los veíamos en algunas festividades y celebraciones familiares como bautizos, bodas o funerales, cada vez más excepcionales.

Apenas recibíamos cartas suyas para felicitarnos por nuestros respectivos aniversarios con membretes de las diferentes ciudades que visitaban en sus viajes como aves que emigran en busca de tierras más cálidas para satisfacer sus pasiones.

El hecho de que tratáramos a nuestros padres con frialdad no nos impedía conocerlos en profundidad. Gracias a la distancia podíamos analizar sus

personalidades con más rigor que si los tuviésemos cerca.

—Estas serán vuestras camas —murmuró la señora Novgorov, indicando los dos lechos más próximos al pasillo—. Y allí están los lavabos —añadió señalando una puerta a la derecha—. Quedad con Dios y descansad, que bien sé que el trayecto desde Petrogrado es mareante y fatigoso. Además, en esta época del año la noche es breve y es fácil desvelarse.

En cuanto nos quedamos solas, corrimos hasta el lavabo con nuestros neceseres, cerramos tras nosotras la puerta, nos abrazamos y empezamos a gimotear.

—¡A buen sitio hemos llegado! —exclamó Fedora—. Parece la casa del dolor de *La flauta mágica*.

—Tienes razón, si bien nuestros padres quisieron hacernos creer que era el Templo de la Sabiduría.

—No tienen vergüenza, no tienen dignidad, no tienen pudor. Con tal de seguir la fiesta, son capaces de ponernos en manos del conde Drácula.

Seguimos llorando y abrazándonos, de forma cada vez más intensa. Olía a lejía, a jabón y fragancias vegetales que entraban por la ventana abierta. Eran olores que nos resultaban excitantes y que nos conducían a estados de hiperestesia que no podíamos controlar y que se mezclaban con el miedo a lo desconocido y con todas las emociones del viaje. Nuestros cuerpos abrazados y temblorosos se reflejaban en los espejos de la sala de baño, cuando Roxana murmuró:

—Confiemos en que mañana no sea tan profunda nuestra confusión.

Oímos pasos en el corredor, nos separamos y empezamos a lavarnos los dientes. La señora Novgorov hizo entrada en el lavabo sin avisar, con la cara desencajada y un rictus amargo encuadrando su boca.

—¡Ya teníais que estar acostadas! —rugió, antes de cerrar tras ella la puerta de la sala de baño.

Cuando estuvimos seguras de que se encontraba lejos, nos poseyó la risa histérica. Nos reíamos de la señora Novgorov, nos reíamos de nosotras mismas, nos reíamos del mundo y pensábamos que, mientras nuestra amistad siguiese siendo sólida como una roca y ágil como el deseo, los infortunios de nuestra nueva vida nos harían menos mella.

Fedora y yo nos miramos y dejamos de reír. Examiné los ojos de mi amiga y temblé. Los ojos de Fedora eran de ese mismo azul infernal de las pinturas de Patinir, y te absorbían con su fuego frío y lleno de luz.

Salimos del lavabo con pasos de bailarinas y nos arrojamos a nuestras camas. Cuando ya la noche estaba muy avanzada y todos parecían dormir en la casa, me pasé a la cama de Fedora y la estreché con todas mis fuerzas.

—¿Ya estás dormida?

—¿Cómo voy a estar dormida? —dijo—. Este lugar me espanta y si ahora mismo no estuvieses en mi cama ya me habría dejado dominar por los nervios y estaría temblando de pánico.

—Y yo —musité pegándome mucho a ella.

—¿Recuerdas la función de *Macbeth* que vimos el año pasado en el Teatro Panaiev?

—Sí —contesté.

—En un momento del tercer acto *Macbeth* habla de los negros agentes de la noche, que se excitan y buscan sus presas... Antes de que vinieses a mi cama pensaba en esos agentes... Los veía vestidos de negro, como monjes cadavéricos, con sus manos esqueléticas. Los veía en este mismo colegio, avanzando por los pasillos...

Del pánico pasamos una vez más a las risas. Ahora nuestras carcajadas eran más violentas que antes, y resonaban en todo el dormitorio como alaridos salvajes. Más allá de la puerta que se hallaba a nuestra derecha, volvieron a oírse pasos seguidos de una voz:

—¡Como no cesen vuestras risas acabaréis durmiendo en el sótano de las ratas, criaturas malditas!

Nuestras carcajadas cesaron de inmediato y regresé a mi cama. Mientras esperaba el sueño veía mi vida como una inmersión en una oscuridad cada vez más líquida y tuve que regresar a la cama de mi amiga para no echarme a llorar de soledad y de frío. Estaba abrazando a Fedora cuando empezó a llegar de las profundidades de la isla un sonido inquietante y difícil de identificar. Podía ser el aullido de un lobo, distorsionado por la espesura vegetal, podía ser el chillido de un zorro de las nieves, aunque parecía demasiado prolongado, o podía ser simplemente el gemido desesperado de alguna de las personas que habitaban Valaam, y cuya alma trastornada no supiera cómo enfrentarse al silencio de la noche.

4

6-7-1916

Otra noche en vela, mientras mi amiga se sumía en un sueño bendito me he acercado a una de las ventanas del dormitorio. Tras los cristales solo se veía niebla. Luego me he sentado sobre la cama y he continuado escribiendo el diario que comencé en el barco que nos traía a Valaam. Roxana no sabe que mis pesadillas de ahora son más crueles y más vivas que las de antes. El hombre-sombra no solo aparece en mis sueños nocturnos, sino que me parece verlo en la isla durante el día.

Mientras el cochero nos traía a Palastnovo me pareció ver a un hombre entre los árboles, cubierto con una capa negra demasiado oscura y gruesa para esta época del año. ¿Estaré delirando?

Mi madre me trataba de loca cuando le hablaba del hombre-sombra, hasta el día que decidí ser más reservada y silenciosa. Desde entonces tengo secretos que nunca le he contado a nadie.

Antes de que la venciera el sueño, le he preguntado a Roxana:

—¿Crees que soy más proclive a padecer alucinaciones que tú? ¿Crees que estoy loca?

—No. Creo que eres un alma vibrante y exquisita.

—Anoche me juré a mí misma no casarme nunca.

Roxana me ha mirado a los ojos y ha exclamado con solemnidad:

—¡Y yo juro a mi vez que jamás cometeré la vileza de presentarme ante el altar junto a un hombre!

Roxana ha acercado su boca a mis labios, para sellar nuestro pacto con un beso y enseguida se ha quedado dormida. Yo me he acercado al lavabo y he vuelto a pensar en mi madre, que rara vez me habla con sinceridad.

En los días enrarecidos en los que no sabía qué hacer con su vida, mi madre me contaba que la gente se fijaba en mí desde que nací, y que las personas se detenían en la calle para mirarme y le pedían permiso para acariciarme y apreciar con cierta tranquilidad mi hermosura. Mi madre también me contó que mi padre no podía soportar que se nos acercase la «gentuza», y ordenó que me pasease una niñera y que me amamantase una nodriza. Su orgullo masculino hizo que me tocasen más los extraños que mis padres.

Una noche en que mi madre estaba ebria me confesó que mi padre no podía soportar mi presencia, si bien yo creo que mentía como una maniaca y la que no podía soportar mi presencia (o más bien mi existencia) era ella, que no quería ataduras que condicionasen sus aventuras y sus delirios sin fin.

Mi padre se dirigía a mí en la intimidad en contadas ocasiones, y casi siempre borracho. Me confesaba que mi madre sentía celos de mí, y que su envidia nos estaba separando.

El triángulo y el número tres resultan incómodos para los enamorados, especialmente para los enamorados de sí mismos. Muy precozmente, caí en la cuenta de que cuanto más me miraban los otros, menos me veían... Mis padres me miraban, pero ¿realmente me veían?

Mientras la noche transcurre, se aviva el miedo que empiezo a tenerme a mí misma, a mis deseos. Vuelvo a acercarme a la ventana y creo ver una sombra entre la bruma. Me asusta pensar que quiero acercarme a esa sombra, me asusta saber que deseo que sus manos frías recorran mi cuello y mi espalda. Me asusta la noche que inunda mi alma. Me asusta y me excita.

5

Me desperté al amanecer, llena de impaciencia por conocer mejor el nuevo territorio. Me acerqué a la ventana enrejada y salediza, que parecía colgar del muro septentrional del edificio. Alcé la vista y contemplé un islote que dominaba el horizonte con una ermita blanca y dorada, rodeada de altos abetos verdinegros. El islote que la cobijaba se hallaba unido a la isla por un puente de barcas, en aquel momento atravesado por dos monjes.

Una sola nube permanecía suspendida junto a la cúspide de la ermita, como un globo algodonoso que también recibía la luz verdosa del sol. Allí la tierra besaba el cielo, y el cielo besaba la tierra y se dejaba penetrar por ella en un gesto de deslumbrante condescendencia.

Todo el conjunto se proyectaba en el lago Ladoga, que parecía el espejo donde podían mirarse las aves de rapiña y los ángeles. El reflejo de la ermita en el agua simulaba un palacio de cristal en forma de cono invertido, y una podía imaginar que se trataba de la residencia sumergida de las ondinas.

Ante aquel esplendor casi irreal tuve que pedirle a mi corazón que se serenara. De pronto, incliné la cabeza y miré hacia abajo. La ventana salediza parecía colgada a un precipicio. El muro de la casa descendía vertiginosamente hasta la roca, y la roca a su vez descendía casi en picado hasta el lago.

Me hallaba sumida en la contemplación del abismo, comprendiendo por qué la ventana tenía rejas, cuando la mano de Fedora rozó mi espalda y a punto estuve de dar un grito. Me giré hacia ella y murmuré:

—Mira el cielo y el infierno fundidos en un mismo espacio que parece surgido de un sueño, o de una pesadilla.

Fedora se acercó a la ventana y, obrando de forma opuesta a la mía, contempló primero el precipicio y dio un paso hacia atrás.

—¡Dios mío! ¡Qué vértigo! —exclamó.

Luego elevó la mirada y se dejó envolver por el panorama que tanto

ensanchaba el alma y dilataba la imaginación. Ambas sentimos al mismo tiempo un arrebatado parecido a la felicidad. En aquella situación nos encontrábamos cuando se acercó a nosotras la señora Novgorov para decirnos que el desayuno ya estaba preparado y que hiciésemos el favor de seguirla.

Descendimos con ella hasta la primera planta. A la luz del día, que se filtraba por los ventanales de arcos ojivales, la escalera parecía más bien una escalinata, de mármol negro y rosado. Todo tenía dimensiones de palacio o monasterio, y se notaba que aquella residencia había pertenecido a grandes señores amantes de la soledad o de la locura. El comedor tenía la amplitud de un refectorio monástico y lo presidía una larga mesa. Los dos arcos que se abrían al fondo de la sala proyectaban su luz sobre la mesa, que brillaba y adquiría una apariencia metálica. En los dos extremos de la mesa se hallaban la directora y su socio, el señor Avgust Zelenko, que ejercía de codirector del colegio, un hombre viscoso y gordo, de bigote florido y pelo engominado y pegado al cráneo, que era el profesor de historia de Rusia.

La señora Novgorov nos informó que los profesores, al igual que las alumnas, aún estaban de vacaciones. Una de las cocineras nos acababa de servir el té cuando Avgust Zelenko comentó:

—He revisado vuestras notas académicas de la Escuela Imperial de Ballet y son excelentes. Las calificaciones vinculadas al arte de la danza son extraordinarias, especialmente las de la señorita Fedora. Pero me extraña que no nos hayan enviado las notas referidas a la conducta. ¿Conocéis el motivo de esa anomalía?

—Posiblemente se trate de un olvido de nuestro antiguo director, que es un hombre muy importante y está demasiado ocupado para perder su valioso tiempo con dos pobres alumnas —respondió Fedora demostrando por qué sus calificaciones eran más brillantes que las mías.

El desayuno fue tenso y lleno de preguntas resbaladizas que nunca eran lo que parecían. Por lo visto les había llegado información un tanto negativa sobre nosotras y querían saber cómo nos llevábamos con nuestros padres, profesores y tutores, así como entre nosotras. Fedora y yo optamos por responder de forma igualmente resbaladiza, usando fórmulas muy convencionales que tampoco eran lo que parecían.

Hacia las diez de la mañana, los directores nos dejaron libres para que pudiésemos pasear por los alrededores de la casa con la promesa de que no íbamos a cruzar las vallas de la propiedad, que se ubicaba en la zona más elevada de la isla. Salimos a la explanada y comprobamos que la mansión se

alzaba sobre el prado de una atalaya entre barrancos.

Tras dejar atrás la pradera, nos adentramos en una avenida de manzanos ubicada en el flanco de la propiedad más alejado de los barrancos. Allí vimos a Bundy, el muchacho de aspecto fiero y a la vez tierno, que se hallaba ordeñando una vaca más allá de la verja de hierro. Bundy se giró y esbozó una sonrisa a la que por estupidez no quisimos responder. De nuevo en la avenida, rocé la mano de Fedora, que enseguida me dijo:

—Evitemos contactos que puedan acarrearos problemas. Nos están vigilando.

Miré hacia la dirección que me indicaba mi amiga y vi la silueta negra de la señora Novgorov perfilarse tras una de las ventanas laterales de la casa. Más tarde estuvimos junto a los barrancos, contemplando la ermita y el lago, y al girarnos percibimos que el señor Zelenko nos miraba desde la terraza que daba a la explanada mientras se mesaba el bigote y exhibía su vientre de hombre dominado por la gula.

Desde allí nos fuimos a los campos que rodeaban la mansión por detrás. En aquel lugar se ubicaba una laguna circular que se helaba en invierno, donde las alumnas podían patinar. Se trataba de esa clase de parajes que los clásicos definían como «amenos» y donde la campiña parecía un jardín colmado de cerezos, perales y manzanos. Una tras otra se iban sucediendo las praderas cuadrangulares y separadas por filas de arbustos y de maleza. En la pradera más alejada y limitada por peñascos que parecían infranqueables vimos una cierva con dos cervatillos todavía lactantes.

—¿Qué te sugiere este lugar? —le pregunté a Fedora.

Mi amiga me lanzó una mirada a medio camino entre la tristeza y el desconcierto y musitó:

—No lo sé, Roxana. Este lugar es muy hermoso, pero tiene todo el aire de una prisión. Somos dos jilgueros en una jaula de oro, lo que me obliga a pensar en la extrañeza de la vida y en la indignidad de nuestros padres. No me asombra que algunos hijos lleguen a situaciones límite y agredan a sus progenitores con una violencia infinita; no me asombra...

—Ni a mí. ¿Qué piensas de los directores con los que hemos desayunado?

—Me parecen dos dementes.

—Verás, yo más que como dementes los veo como...

—¿Cómo qué?

El señor Zelenko nos seguía mirando desde la terraza y susurré:

—Como depredadores de almas y de cuerpos.

Fedora asintió con la cabeza y comentó:

—Agradezco tu agudeza. Era exactamente eso lo que yo pensaba pero no lo sabía matizar.

—Son almas sin vida que necesitan chupar la vida de los demás.

—No te quepa la menor duda. Tendríamos que huir de aquí.

—¿Adónde?

—A París, donde triunfan los Ballets de Diaghilev.

—Antes de elegir opciones tan extremas, démonos un respiro e investiguémoslos con el mismo rigor con el que ellos pretenden investigarnos a nosotras.

—Tienes razón —dijo Fedora, y me miró con amor.

Desde la terraza, la señora Novgorov nos llamó, pues se acercaba la hora del almuerzo.

Simulando desenvoltura y confianza, corrimos hasta la casa como dos danzarinas mientras el chico de la finca vecina nos miraba con babeante admiración tras haber ordeñado a la vaca. El cielo se había ido tornando cada vez más plomizo y al llegar a la puerta de la mansión notamos sobre nosotras las primeras gotas de una lluvia que prometía crecer en intensidad. Lamenté la orden de la señora Novgorov. Me hubiese gustado correr con Fedora bajo la lluvia, correr por toda la pradera, correr desnuda bajo los rayos y los relámpagos, bailar bajo la tormenta elevando las piernas y los brazos, bailar entre las ráfagas de agua como quien danza entre remolinos líquidos que te van envolviendo cada vez más, que te van confundiendo hasta hacerte perder la conciencia de tu propio ser como al parecer les ocurría a las bacantes poseídas por el dios del gozo a profusión. Ya iba a dejar atrás la puerta de Palastново cuando, al girar hacia atrás la cabeza, ya no vi a Bundy, pero sí que descubrí a un hombre vestido de negro, con el rostro oculto tras la rama de un abedul joven. Pensé que podía ser un monje que nos hubiera estado siguiendo mientras paseábamos. También pensé que podía ser la encarnación de mis propios miedos, y un escalofrío me recorrió la espalda desde la primera a la última vértebra cuando la señora Novgorov cerró la pesada puerta de Palastново.

6

7-7-1916

He vuelto a soñar con el hombre-sombra. Es una pesadilla repetitiva; es mi única pesadilla. El hombre-sombra aparece en mis sueños desde la más remota infancia —creo que empecé a soñar con él antes de empezar a hablar—. ¿Por esa razón la noche me fascina y me asusta al mismo tiempo? ¿Por eso me atrae tanto como me repele el contacto físico con los demás? ¿Por eso soy una bailarina especial, más sensible y más distante a la vez? ¿Por eso me asusta la oscuridad y necesito dormir con Roxana?

El hombre-sombra es la primera imagen que recuerdo. Es el terror nocturno que me ha acompañado durante toda mi vida. ¿En el futuro, cuando ame u odie a los hombres reales, seguiré soñando con el hombre-sombra? ¿Siempre lo temeré y desearé al mismo tiempo? ¿Durante el día viviré con mi novio y por la noche soñaré con él? Oh, Dios mío... ¿El hombre-sombra se interpondrá entre todas las relaciones que tenga con los hombres? ¡Juro por mi vida que no será así!

Recuerdo la primera vez que hablé seriamente con mis padres del hombre-sombra, tras gritar su apodo sin nombre una madrugada en que me desperté sudando: ¡El hombre-sombra ha venido a verme! ¡El hombre-sombra me persigue!

Al cumplir nueve años de edad me atreví a hablar del miedo que me causaba aquel hombre innombrable que era más real que la realidad. Fue una noche en que protagonicé una rabieta porque me negaba a acostarme. Lloré, pataleé y grité. Hice todo lo que pude para no dormirme. Prefería cualquier castigo diurno a rendirme al sueño y tener pesadillas con el hombre-sombra. Mi padre me llevó a la cama en brazos y me acostó con cierta ternura. Con la intención de borrar de mi mente aquel ser monstruoso que invadía mis noches, me dijo:

—El hombre-sombra solo existe en tu imaginación y en tus sueños.

—No, yo lo he visto.

—Cierto, lo has visto en sueños, pero los sueños, sueños son.

—El hombre-sombra es real, padre, y lo he llegado a ver fuera de los sueños. La primera vez que lo vi todavía dormía en la cuna. Me desperté y allí estaba el hombre-sombra, observándome. A veces, cuando despierto, lo veo en la oscuridad de mi dormitorio. Entonces doy un grito y desaparece.

—Mi padre me miró con interés y me preguntó:

—¿Por qué lo llamas el hombre-sombra?

—Porque no sé su nombre y porque nunca puedo verle la cara.

—¿Nunca te ha dicho cómo se llama?

—Nunca dice nada.

—¿Cómo es el hombre-sombra? ¡Descríbemelo!

—Es una sombra negra como la noche.

—¿Es un hombre de raza negra? ¿Has visto algún detalle que pueda identificarlo físicamente?

—Es una sombra negra, ya te lo he dicho. Nunca lo he visto de día, ni despierta ni dormida. Siempre lo veo en la oscuridad. Parece un hombre sin cara, como las mujinas japonesas.

—Mi padre me miró sorprendido y se fue de mi dormitorio, sin apagar la luz. Aquella fue una de las pocas conversaciones que tuve con mi padre. Tres meses después ingresé en la Escuela Imperial de Ballet.

7

Mientras arreciaba la lluvia, la señora Novgorov nos estuvo adoctrinando e informando en un pequeño comedor junto a su despacho. Nuestra anfitriona estaba troceando la carne que colmaba su plato, cuando dijo:

—Como todo el mundo sabe, la Escuela de Danza y Mundología de Valaam es un internado tan selecto como estricto. Algunas alumnas proceden del instituto Smolny de Petrogrado y de otros institutos dedicados a formar a las hijas de la nobleza, pero nuestra institución es diferente, como nuestras alumnas —murmuró la señora enigmáticamente—. Comprobaréis que hay tres cursos y tres dormitorios. A vosotras os hemos ubicado en el segundo curso, con las muchachas de vuestra edad. Como quizá ya sabréis, este palacio lo mandó construir el zar Alejandro I para su retiro espiritual. También lo frecuentaron los zares Nicolás I y Alejandro II, hasta que lo heredó el duque Mikhail Novo, uno de los nietos de Alejandro II, nacidos de sus hijos ilegítimos reconocidos. El duque Mikhail Novo es amante de las ciencias naturales y herméticas, además de fundador de este internado. Al igual que ocurre en la Escuela Imperial de Ballet, los padres de las chicas que ingresan en esta institución renuncian a los derechos paternos, y sus hijas son adoptadas oficialmente por Palastново.

—¿Quiere usted decir que nuestros padres nos han vendido a esta institución? —pregunté.

—No me gusta ese verbo tan extremo.

—¿Qué verbo?

—El verbo «vender». Nadie os ha vendido. No sois esclavas. Tenéis vuestros derechos, si bien parte de vuestro destino está en manos del duque de Novo, como antes lo estuvo en manos del zar Nicolás II. Si en Palastново os buscamos en su momento el marido adecuado, vuestros padres harán lo que la escuela ordene, y vosotras también.

—¿Eso significa que a partir de ahora nuestra vida está en manos de esta

institución? —interrogó Fedora.

—No seamos extremistas. ¿Cuántas veces lo tengo que decir? —escupió la señora Novgorov—. ¡Pensad mejor que habéis entrado en una gran familia! Palastново siempre se ha distinguido por saber buscar los maridos más convenientes y más solventes para nuestras alumnas; por eso vuestros padres os han confiado a nosotros. Sabiduría no les falta, y tenéis que agradecer que sean tan inteligentes y generosos. Y no tengo más que decir por hoy —murmuró la señora antes de incorporarse y dejarnos solas en el inmenso comedor.

Para Fedora y para mí fue un día de reflexión y de preguntas que casi nunca tenían respuesta. El impacto de la revelación que nos había hecho la directora de Palastново nos pareció mucho más doloroso y brutal que el hecho de saber que aquello era algo muy parecido a un reformatorio de lujo, de donde se salía cuando la organización quería y caminando hacia el hombre que la organización ya tenía pactado. Era algo que nos obligaba a cambiar la perspectiva del problema. Estábamos allí porque a nuestros padres les parecimos un estorbo, sobre todo desde que nos expulsaron de la Escuela Imperial de Ballet truncando nuestra carrera de bailarinas en el Teatro Mariinski, pese a ser dos de sus mejores alumnas.

—Como decías ayer, tarde o temprano tendremos que huir de aquí — comenté con voz queda, por si alguien escuchaba tras la puerta.

—Tal vez yo escape antes —susurró Fedora.

—¿Qué quieres decir?

—Que no voy a resistir mucho tiempo en este gran calabozo.

—Eso lo dices ahora, pero quizá el sistema está hecho para que lo vayamos acatando sin darnos cuenta.

—¡Antes prefiero morir! —sentenció Fedora.

—No hables tan alto y serénate. No es bueno que se enteren de nuestro desconcierto. Tenemos que aparentar normalidad.

—Tienes razón. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Explorar la casa donde vamos a movernos y donde tendremos que aprender a sobrevivir.

Fedora me hizo caso y pasamos del comedor a la biblioteca. Apenas miramos los libros, que o bien eran piadosos o bien eran tratados de la buena educación, pero sí que contemplamos el paraje que se veía tras la ventana. Se trataba de un bosque de árboles negros, que se perdía en el horizonte. No era el mejor paisaje para despejar el alma, pues se imponía a la mirada como un muro

vegetal de naturaleza impenetrable. De allí pasamos a un largo corredor en el que había siete puertas. Como ninguna se podía abrir, dedujimos que se trataba de los dormitorios de los profesores.

Subimos por una escalera en espiral hasta el segundo piso, donde se ubicaban las aulas, las salas de música y de danza, y luego descendimos a la planta baja, donde se encontraba el teatro, que nos pareció uno de los lugares más mágicos de la mansión. Nos subimos al escenario y empezamos a hacer movimientos de *ballet*, imaginando que un apretado público contemplaba con admiración nuestros movimientos. Intentábamos alegrarnos la tarde con las risas, pero en el fondo del alma ardían sin consumirse las revelaciones de la señora Novgorov.

El teatro era barroco, de tonos rojos y dorados, y en el techo se veía un fresco en el que cientos de bailarinas ascendían al cielo, elevadas por su propia gracia. La pintura no nos acabó de gustar, en parte porque nuestros pensamientos se estaban volviendo retorcidos y aquellas bailarinas que conquistaban las alturas nos parecían damiselas muertas en busca de un paraíso de ultratumba, o de un infierno.

Nos hallábamos en plena danza cuando vimos en un ángulo de la sala al señor Zelenko y salimos del teatro por otra escalera en espiral que nos condujo hasta el último piso. Allí vimos un pasillo largo y con poca luz en el que se sucedían las puertas. No conseguimos abrir ninguna de ellas y avanzamos hacia una ventana de cristales esmerilados que no permitían ver el exterior. A la derecha descubrimos otra escalera más que nos llevó hasta la última planta, donde encontramos estancias bien amuebladas y bien decoradas, con ventanales sin rejas desde los que podía verse el lago. Parecían salas de reuniones, o salas para las visitas, o salas de fornicación.

Al final de una de las salas descubrimos un cuarto barroco y decadente con anaqueles llenos de libros con ilustraciones obscenas y divanes rojos con almohadones de plumas. Era un lugar acogedor y a la vez siniestro, cuya función no llegábamos a comprender del todo, aunque pudiera parecer evidente.

Subimos a la buhardilla, pero parecía el reino de la oscuridad, y regresamos al vestíbulo de la casa con la impresión de haber estado recorriendo un cementerio más que una mansión. Al atardecer estuvimos también en los sótanos, o en parte de ellos. Los sótanos conformaban los espacios más infernales del edificio. Recuerdo que descendimos por una escalera de piedra húmeda y que empezamos a perdernos por catacumbas cada vez más sombrías. Al final descubrimos una puerta muy barroca, dorada y blanca, que parecía el

umbral de un universo de placeres inconfesables, pero que no pudimos abrir.

En los edificios anexos al palacio, estaba la vivienda del servicio y una iglesia bizantina cuya construcción parecía anterior a la mansión.

Salimos a la explanada. Recortándose contra el cielo rojizo, las estrellas brillaban de forma especial, ¿o eran nuestros ojos los que las agrandaban y les daban aquel brillo fantasmal?

—Mi madre decía que cuando veías las estrellas muy brillantes era que te ibas a enamorar. Ella debía de verlas brillar con mucha frecuencia. Prefiero no pensar en los amantes que ha debido de tener la muy condenada.

—Da la impresión de que nuestros padres fuesen más adolescentes que nosotras, y más inconscientes. A veces creo que merecen morir.

—No lo digas tan alto. Los deseos formulados desde lo más profundo del corazón tienen mucho poder y acaban cumpliéndose —le dije a Fedora.

En aquel instante una estrella fugaz apareció en el firmamento y lo cruzó de punta a punta, a toda velocidad. Fedora y yo nos miramos con terror justo en el momento en que la señora Novgorov nos indicaba desde la terraza que era hora de retirarse a las moradas de Palastnovo. Una vez más, volví a girar la cabeza y vi a Bundy degollando un cordero ante la mirada atenta de su madre, de rostro fiero y de cuerpo redondeado como el de una matrioska. No parecían malas personas; simplemente estaban en otra dimensión, más atroz, pero quizá también más venturosa, donde las cosas eran lo que eran, sin demasiados revestimientos y sin demasiadas normas. Nos miraban desde el otro lado de la frontera representada por las verjas que separaban su humilde hacienda de los recintos de Palastnovo, extrañados de que nos asombrásemos de su existencia cotidiana y algo confundidos quizá por nuestras miradas inquisidoras, que perturbaban los trabajos que necesitaban llevar a cabo para vivir, y no por eso tentados a juzgarnos, como nosotras los juzgábamos, y no por eso molestos debido a nuestras maneras, como nosotras estábamos molestas por sus rústicos trabajos, por su forma limpia y fulminante de acabar con la vida de los animales, por sus ropas sucias y deshilachadas, y hasta por la paz que parecía reinar en su austera existencia.

Ya nos hallábamos ante la directora cuando tuve la sensación, más bien inexplicable, de que otra persona distinta del señor Zelenko nos había estado siguiendo por la casa y había observado desde las sombras todos nuestros movimientos.

8

8-7-1916

Desde que llegamos a Palastново me siento más observada que cuando estábamos en la Escuela Imperial y bailábamos para el zar. Alguien se oculta y nos espía a Roxana y a mí. Pero mi amiga no se da cuenta. Ella es así; no es consciente del interés que despierta en los demás. A diferencia de las otras bailarinas, Roxana todavía no sabe que es bonita y encantadora. Ignora su gracia y su creatividad, y eso la hace más atractiva.

Alguien nos vigila constantemente. Lo siento; lo sé. No es un presentimiento, ni es una sensación; es una realidad. No es producto de mi imaginación, ni de mi desilusión; es la verdad.

Sin embargo, todavía no se lo quiero decir a Roxana. Le ocultaré que alguien nos espía desde que llegamos a esta isla, porque la veo más deprimida que yo, aunque lo disimule, aunque a veces consiga engañarme y engañarse a sí misma.

Roxana se siente culpable de nuestra expulsión de la Escuela Imperial de Ballet, pero se equivoca, como ya le he insinuado en más de una ocasión. Ella perdió más que yo, porque, aunque es peor bailarina que yo, tiene más vocación. Su devoción por la danza es admirable. Mi amiga siempre ha sabido lo que quiere. Es más consciente de sus deseos que yo, aunque en ocasiones la suerte no esté de su parte.

La vida de Roxana ha sido más difícil que la mía, al menos en apariencia. A Roxana le ha costado más que a mí bailar, brillar, gustar, y conoce mejor que yo el valor del esfuerzo.

Desde que éramos niñas, ella organizaba nuestro tiempo libre, aunque Roxana creyese que era al revés, pero desde que llegamos a Palastново la noto con menos iniciativa, con menos vitalidad, con menos frenesí. Si supiera que

mientras ella duerme yo me sumerjo en las tinieblas, ¿qué pensaría de mí?

9

En la larga noche, antes de dejarme vencer por el sueño, suelo recordar nuestro pasado común y mi propio pasado...

Mis padres y los de Fedora eran amigos además de socios, y se dedicaban al negocio del cobre. Lo importaban de Chile y luego lo vendían en Rusia y el norte de Europa. Como la empresa tenía su propia vida, por no decir su propia mecánica, nuestros padres lo delegaban todo en sus capataces y sus encargados, y llevaban una vida disipada y melancólica. Al final, la frivolidad es una disciplina muy severa, y te va matando el alma. Lo fui viendo en mi madre día tras día. Su vejez paulatina no se detectaba en su piel, que se mantenía lisa como la porcelana; se detectaba en su mirada, en su sonrisa y en algunas de las palabras que decía de forma inconsciente y que surgían como puñales infectados desde las regiones más oscuras del alma.

Mi abuelo había sido menos frívolo que ella y mi padre. A los veinte años era ya un pianista renombrado, pero abandonó la música tras la muerte de su esposa, una bailarina que falleció en el parto de mi madre. Desde aquel mismo día mi abuelo se dedicó a restaurar pianos junto al camposanto donde reposaba su mujer.

Como mis progenitores apenas me hacían caso, bien puedo decir que mis verdaderos padres fueron mi abuelo y mi nodriza, una mujer de provincias que se llamaba Eulalia y que me dio de mamar hasta los tres años. Eulalia estaba siempre pendiente de mí, y mi relación con ella era tan íntima como la que se puede tener con una buena madre. Fue ella la que me enseñó a leer y a escribir y la que me llevaba al cine Aurora todos los sábados, para ver películas que nunca olvidaré: *Alicia en el País de las Maravillas*, a los cuatro años; *La vida de Cristo*, a los seis años; y *El asesinato del duque de Guisa*, a los ocho años.

Con la nodriza solía ir al cine. En cambio, a los espectáculos de danza solía ir con mi abuelo y gracias a él pude ver bailar a Isadora Duncan. La primera vez

que actuó en San Petersburgo fue en enero de 1905. La misma Isadora contaba que, cuando bajó del tren, nadie la estaba esperando en el andén porque el tren se retrasó doce horas y llegó a las cuatro de la madrugada. Mientras se dirigía al hotel en carroza vio una procesión de obreros cargando con más de cien ataúdes en el sombrío amanecer de invierno. La noche siguiente, cuando le tocó bailar en el Teatro Imperial, le asombró el contraste entre lo que había visto el día anterior y el lujo tan hiriente como asombroso de las damas y caballeros que asistían a su espectáculo. Isadora había visto el entierro de parte de los obreros que habían muerto asesinados el Domingo Sangriento, y que nuestros padres nos ocultaron para que no creyésemos que vivíamos en el infierno y porque para ellos la muerte de doscientos individuos de la chusma tenía menos importancia que el fallecimiento de uno de aquellos caballos por los que apostaban en el hipódromo y que a veces llevaban el nombre de algún antiguo héroe ruso.

Solo mucho más tarde, cuando ya estaba cerca la Revolución de Octubre, me enteré de los pormenores del Domingo Sangriento, y supe que aquel domingo más de 200.000 obreros se habían acercado al Palacio de Invierno con iconos religiosos y retratos del zar para pedir clemencia al monarca con voluntad cristiana y buenas maneras. Exigían subidas salariales que les permitieran alimentar mejor a sus familias. La prueba de que su protesta se enmarcaba dentro de los límites del cristianismo, y apuntaba al concepto de caridad más que al de revolución, se observa en el hecho de que capitaneaba la manifestación un sacerdote ortodoxo que se había convertido en el gran defensor de la clase obrera, el padre Gapón.

También supe más tarde que, mientras los obreros se agolpaban ante el Palacio de Invierno, el zar se hallaba pasando el fin de semana en el palacio residencial de Tsárskoye Seló, el Versalles ruso, y que fue su primo, el duque Vladimir Aleksándrovich, el que ordenó a la Guardia Imperial disparar contra la multitud.

Tres años después del Domingo Sangriento, conocí a Fedora en el cementerio de pianos de mi abuelo, un enorme taller ubicado en la isla Vasílievski, entre la estación marítima y el cementerio Smolensk, donde se amontonaban centenares de teclados de todas las clases y todas las épocas. Era una nave en la que te podías perder por su amplitud y por la cantidad de restos de pianos que contenía, apilados unos sobre otros. Algunos parecían cadáveres todavía hermosos; sin embargo, la mayoría ya no tenía remedio. Habían sido desahuciados. Eran instrumentos muertos, pero el espectáculo que conformaban resultaba conmovedor. Pianos y más pianos montados los unos sobre los otros,

hasta llegar al techo, como si formasen hileras de nichos donde se apilaban claves, clavicordios, clavicémbalos, órganos, armonios, espinetas...

Los instrumentos más desmembrados resultaban casi irreconocibles, como los soldados mutilados en el campo de batalla. Se acumulaban en una zona parecida a una fosa común. Eran ruinas de otros tiempos, de otras músicas. Algunos pianos carecían de teclados y habían enmudecido, pero otros podían ser muy elocuentes y simplemente necesitaban que les afinasen la voz.

Una tarde, Fedora llegó con su profesora de música en busca de una pieza para su piano, y mi abuelo les dejó que se perdiesen por su cementerio. Entre los montones de cadáveres, Fedora fue acercándose a la franja de luz que entraba por una de las ventanas. Yo me hallaba oculta tras el piano que Nadezhda von Meck regaló a Chaikovski, y me hice visible dando un grito. Del susto, Fedora pasó a las carcajadas que yo misma le comuniqué. Enseguida sentí que nuestros espíritus circulaban de uno a otro cuerpo con facilidad, y percibí que entre ella y yo había una conexión.

A partir de entonces, rara era la tarde que Fedora no venía a visitarme al cementerio de pianos, acompañada de su niñera. En aquel camposanto de artefactos que en otro tiempo habían provocado las jubilosas lágrimas del público, nos contábamos la una a la otra los secretos de nuestras respectivas familias. Nuestro común desdén por nuestros padres nos vinculaba más todavía. En San Petersburgo, nuestros progenitores tenían fama de disolutos y de haber jugado al intercambio de parejas. Fedora y yo lo dábamos por hecho. Eran unos libertinos y por eso nosotras estábamos en un cementerio de pianos. Aunque un hijo siempre abre una brecha en el reino del placer, existía la posibilidad de que ese hijo se esfumara como un soplo de viento. Podía quedar en el alma un morado para la culpa, pero la fiesta seguía para la gente que nunca quiere dejar la adolescencia. Fedora y yo procurábamos mantenernos ajenas a su universo; a pesar de ello, no podíamos evitar que en San Petersburgo la gente nos mirase tan mal como a nuestros padres, que apenas pisaban la ciudad en los últimos tiempos, pues compartían una casa solariega a orillas del Báltico, en la que pasaban parte del blanco verano y alguna semana del negro invierno.

Y, mientras ellos iban y venían, nosotras solíamos pasar los fines de semana en casa de mi abuelo, que nunca iba a dejar la ciudad porque San Petersburgo era de la misma sustancia que sus huesos y los huesos de su difunta esposa. En su cementerio musical pasábamos las horas muertas y las horas vivas.

Nuestro pasatiempo favorito consistía en trepar por las montañas de órganos, armonios, organillos, pianolas y pianos, para tocar al azar los teclados mutilados.

Creíamos que los claves, clavicordios y clavicémbalos agradecían que los hiciésemos sonar, los resucitásemos y los librásemos de su largo silencio, que es la cárcel y la tumba de los instrumentos musicales.

Pensábamos que se mostraban tan agradecidos y generosos con nosotras como el genio con Aladino. Nos sentíamos poseídas por los espíritus de cuantos habían tocado aquellos instrumentos. Nosotras llamábamos a esa experiencia «la música del azar y la muerte», porque todo era azar en nuestra selección, y todo era muerte.

Nos convertíamos en médiums cuando nos hallábamos en el cementerio de pianos. Sentíamos que la música que íbamos tocando se nos filtraba por las yemas de los dedos, se nos disolvía en la sangre, nos corría por las venas, y nos movía todos los miembros del cuerpo, como si nuestra vida dependiese de todas aquellas estructuras en ruinas.

El día que celebramos el Año Nuevo, después de pasar nuestras primeras Navidades juntas con mi abuelo, Fedora y yo nos hallábamos en el cementerio de pianos, cuando llevamos a cabo un pacto de sangre, que consistía en hacerse un corte y juntar las muñecas, mezclando nuestra sangre. Lo habíamos leído en un libro sobre los pieles rojas.

Los movimientos de Fedora fueron delicados y perfectos, y le bastó con acariciar su vena con la navaja de afeitarse para que brotasen las suficientes gotas de sangre. Se hizo un corte superficial, que apenas se llegaba a ver. En cambio, yo me hice una herida profunda, y se me iba por ella la sangre como el agua por la boca de un manantial. Empecé a marearme y me desmayé.

Al final, un médico vecino de mi abuelo me tuvo que coser con cinco puntos la muñeca de la mano izquierda para detener la hemorragia. ¡Qué ironía! El día que Fedora y yo formulamos un pacto de sangre para vivir siempre unidas, casi muero desangrada y nos separamos definitivamente.

Ese percance asustó a mi abuelo, que era un hombre sabio y parco en palabras, y le dijo a nuestros padres que él no se podía responsabilizar de dos criaturas tan asilvestradas como nosotras. Su miedo a no sabernos cuidar se había agrandado con la misteriosa desaparición de Eulalia, mi nodriza. Según mis padres había regresado a Vólogda, su ciudad natal. ¿Sin despedirse de mí? Nunca los creí y ya entonces empecé a albergar la sospecha de que algo muy oscuro había ocurrido con mi querida nodriza.

Al verse cada día más viejo y siendo consciente de que tanto Fedora como yo estábamos muy solas, mi abuelo dejó en manos de nuestros padres nuestro

destino, y consiguieron ingresarnos, con una facilidad bastante sospechosa, en la Escuela Imperial de Ballet no mucho después.

Para nuestros padres fue todo un alivio meternos en aquel primer internado fundado por la zarina Ivanova para mayor gloria de Rusia. La zarina lo había instalado en uno de sus palacios de San Petersburgo, y allí nos fuimos Fedora y yo creyendo que nos trasladábamos directamente al cielo. Pero ningún cielo, que yo sepa, funciona como una academia de cadetes, siguiendo la más estricta disciplina militar. La Escuela Imperial podía convertirte en una estrella de *ballet* a condición de matar tu alma y convertirla en una máquina permanentemente acosada por las órdenes.

Las niñas vivíamos separadas de los niños dentro de la escuela. Las chicas residíamos en el primer piso, y los chicos, en el segundo. Nuestros dormitorios, comedores, aulas y salas de ensayo eran diferentes. Solo nos juntábamos durante las clases de baile, para practicar los minués y las *quadrilles*. Cuando bailábamos en pareja teníamos que tocarnos, pero nos prohibían mirarnos a los ojos.

Nos levantábamos al amanecer, desayunábamos y salíamos a pasear por los alrededores de palacio como seminaristas o como pingüinos del Ártico. Por la mañana asistíamos a clases de danza, en las que aprendíamos las cinco posiciones de los pies y los brazos, las ocho posiciones del cuerpo, los siete movimientos del *ballet* clásico (*plier, étendre, relever, glisser, sauter, élancer y tourner*), mientras nuestros pies se acostumbraban a sangrar y al dolor. Nuestros maestros eran bailarines tan excelentes como Enrico Cecchetti, Nicolai Legat y Michel Fokine. Después recibíamos clases de francés bajo el mando de una pederasta inveterada que se llamaba Didiane y que se enamoró locamente de Fedora, a la que acosaba en los pasillos y en el dormitorio siempre que podía y hasta cuando no podía.

Por la tarde nos impartían clases ordinarias, por la noche jugábamos, cenábamos y esperábamos a que nuestras compañeras estuviesen dormidas para compartir la misma cama. Como no nos quedaba otro remedio que asumir las normas, nos entregamos a la danza como posesas, sobre todo Fedora, que empezó a representar para las maestras y las alumnas la imagen de la más irritante perfección. Se adaptó mejor que yo, que además de ser más rebelde que ella tenía la peculiaridad de ser zurda, y es sabido que las bailarinas zurdas tienen problemas de lateralidad. Fue todo un suplicio aprender a ser diestra, y en ese aprendizaje comprendí que todas las escuelas, especialmente las de danza, van aniquilando tus singularidades. Se trata de una forma de morir que se va llevando a cabo hora a hora, día a día, con disciplina marcial que no deja ningún

lugar a todo lo que esté fuera de la norma.

Una de nuestras disciplinas favoritas era la referida al maquillaje y pantomima, porque aprendíamos a perfilar nuestros rasgos físicos y a modificar nuestras expresiones. A Fedora y a mí lo que más nos fascinaba era metamorfosearnos en criaturas mitológicas. Era una forma de soñar y de elevarnos por encima de las leyes opresoras que iban cincelandó trágicamente nuestra vida. También nos gustaba transformarnos la una en la otra, intercambiando nuestros papeles hasta llegar a momentos de verdadera locura en los que ya no sabíamos quiénes éramos y en los que entrábamos en una especie de borrachera de naturaleza dionisiaca.

Con la ayuda del maquillaje alterábamos el tono de la piel y nos perfilábamos la nariz para que nuestro aspecto fuese parecido. Gracias a la mímica imitábamos nuestros gestos y sonrisas, para igualar nuestra personalidad. Teníamos los ojos de diferente color, pero conseguimos que nuestra forma de mirar fuera idéntica. Nuestro mimetismo llegó a ser tan íntimo y profundo como el de algunos animales. Al final, llegábamos a comunicarnos directamente los pensamientos, como si fuésemos transparentes la una para la otra. Y hubo noches en que tuve sueños parecidos a los de Fedora, tan lejana, tan cercana y tan mía entonces. He de confesar, sin embargo, que los sueños de mi amiga eran más resplandecientes que los míos, más visionarios y ambiciosos, pues había algo en Fedora que la diferenciaba de todas las demás alumnas (el genio, el don, la gracia); por eso llegué a quererla más que a mi propia vida.

Huelga decir que los maestros de danza gritaban continuamente el nombre de mi amiga. La obligaban a repetir cada paso, cada salto, cada movimiento, cada pirueta, como si fuese la bailarina de una caja de música a la que basta con darle cuerda. Trataban a Fedora como si no fuera humana. Le corregían cada gesto y cada pose constantemente; le golpeaban las piernas, los brazos y la espalda con una vara, a fin de enderezarla y corregir su postura.

Fedora era la alumna más mortificada. Al principio me apiadaba de ella e, ingenua de mí, creía que yo tenía más gracia que mi amiga y que estaba más dotada para la danza. Compadecía a Fedora, a la vez que temía que me envidiase y que mi superioridad nos distanciase en el futuro.

Una tarde me rebelé contra Madame Nadia, una profesora que llevaba todo el día regañando severamente a Fedora, avergonzándola y azotándola con la vara. Llena de ira le grité a la profesora:

—Fedora es una alumna ejemplar y llegará a ser una gran bailarina si sus golpes no se lo impiden. ¡Déjela en paz!

Para mi sorpresa, la profesora no me reprendió. Se limitó a mirarme de reojo, como si no le afectasen mis palabras, y a esbozar una sonrisa malévolamente.

Esa noche medité y comprendí el significado de aquella sonrisa. Entendí que los profesores de baile exigían más a Fedora que a las demás niñas porque era su alumna favorita y la más dotada para la danza. Le dedicaban más tiempo porque esperaban más éxitos de ella que de las otras. La vara correctora en realidad era la vara mágica que la convertiría en estrella del *ballet* del Teatro Mariinski.

Incapaz de conciliar el sueño, me asomé a la ventana para observar el firmamento. Me fijé en la estrella polar y en algunas constelaciones (Lira, Pegaso, el Centauro y la Cabellera de Berenice). Comprendí que el universo guardaba un paralelismo con el mundo de la danza. Había estrellas famosas y estrellas sin nombre. Medité en lo corta que era la vida de las personas comparada con la vida de una estrella, en lo breve que era la carrera de las bailarinas, y sentí que maduraba prematuramente.

Desde el primer año los alumnos de la escuela participábamos en los *ballets* y las óperas del Teatro Mariinski, representando papeles infantiles o como comparsas. Viajábamos en unos landós de las caballerizas imperiales, nerviosos y excitados, acompañados por unas institutrices y tutores que eran incapaces de controlarnos. Subíamos corriendo las escaleras del Teatro Mariinski hasta el quinto piso, donde se ubicaban los camerinos infantiles. Aunque nos prohibían salir de nuestro vestidor, solíamos escapar de la vigilancia de los adultos para explorar todos los recovecos del edificio. Nos colábamos por los fosos y los escotillones, y jugábamos con las tramoyas y los disfraces. Siempre había alguien que se perdía por el teatro, pero aquello formaba parte de la diversión.

Nos escondíamos en los camerinos para espiar cómo se maquillaban las bailarinas. Fedora y yo tuvimos el placer de ver cómo Anna Pávlova se desnudaba y se desprendía de sus alas de cisne.

Nos deslizábamos entre bambalinas para observar los ensayos de los artistas. Mi amiga y yo tuvimos el privilegio de contemplar a Vaslav Nijinsky volar en el escenario.

Lamento confesar que lo que más nos emocionaba era actuar ante la corte imperial. Como casi nunca veíamos a nuestros progenitores, nuestros maestros nos habían inculcado la idea de que el zar de todas las Rusias era el padre del *ballet* y, en consecuencia, nuestro padre. Acceder a la corte real era como viajar a otro mundo, y, cuando nuestro carruaje cruzaba la verja del palacio, los soldados nos presentaban armas como si fuésemos personajes importantes, y

comprendíamos que entrábamos en el espacio sacralizado del poder. No he visto nunca ni veré un decorado tan demencial como la residencia real. Su lujo era obsceno y soberbio a partes iguales, y estaba destinado a achicar el alma de los siervos y a engrandecer el carácter de sus dueños. Nada más llegar tendías a creer que de verdad te hallabas en el lugar donde se representaba el gran teatro del mundo.

Al finalizar la función, el zar siempre nos dirigía unas palabras alentadoras mientras nos servían dulces y agua fresca con canela. El chambelán de la corte distinguía a los bailarines más brillantes condecorándolos con medallas de oro.

Fedora tenía catorce años la tarde en que bailó con una gracia tan especial que cautivó al zar, que la calificó como la bailarina más prometedora. Fedora ganó el primer premio, y Nicolás II le abrochó una medalla sobre el pecho, mientras la animó a seguir bailando y le susurró que le aguardaba un gran futuro. Para nuestro gran asombro, el monarca se llevó a mi amiga a un reservado.

Fedora regresó a la escuela pasada la medianoche, en una carroza real. La esperé despierta y ansiosa para preguntarle por su entrevista privada con el zar. Fedora estaba tan ausente como excitada, y se lo reproché, pero me miró como si no me viese.

Fue la primera vez que mi amiga me pareció una extraña, como si ocultase un secreto de naturaleza inconfesable.

También parecía ocultar secretos inconfesables un consejero de la familia real al que conocimos en la fiesta del cumpleaños del zar, cuando volvimos a bailar en la corte real por expreso deseo de su majestad. Fedora y yo ya habíamos oído hablar del famoso místico. Vestía de negro, con un traje elegante y muy bien confeccionado, que contradecía la torpeza indumentaria que le atribuían en la ciudad, medía casi dos metros, lucía una barba muy espesa, y sus vivos ojos verdes como los de las serpientes podían hipnotizarte y penetrarte hasta los huesos. Me estoy refiriendo a Grigori Rasputín, que dirigía una mirada tan severa como estricta a todas las alumnas de la Escuela Imperial, probablemente porque le parecíamos aprendices de cortesanas o algo mucho peor. Aquel santón con dotes de adivino, curandero y profeta, que según sus seguidores podía leerte el pensamiento con el poder de su mente, se hallaba junto a la zarina, a la que susurraba palabras al oído. La zarina le escuchaba con mucho recogimiento, y en sus gestos podía apreciarse que las murmuraciones de Rasputín le estaban llegando al alma.

¿De qué podía estar hablándole a la zarina? Quizá de nosotras, quizá de Fedora, a la que observaba con curiosidad y al mismo tiempo con desdén, o

quizá de la guerra, a la que Rasputín siempre se había opuesto y a la que seguía oponiéndose aquella primavera de 1915, coincidiendo con la contraofensiva alemana dirigida por el mariscal prusiano August von Mackensen, y que habría de provocar no mucho después la más vergonzosa retirada del Ejército ruso así como la pérdida de territorios en Polonia, Lituania y Bielorrusia.

Después de bailar para el zar, Fedora desapareció durante una hora. La estuve buscando por los salones palaciegos pero no la encontré, hasta que la vi salir por una puerta vigilada por dos guardias, que a mí me prohibieron la entrada. Ya era noche cerrada cuando los bailarines abandonamos el palacio. Durante todo el trayecto hasta la escuela no conseguí que Fedora abriera la boca para comunicarme sus pensamientos.

Durante un tiempo pensé que el hermetismo y mutismo de Fedora estaban relacionados con su primera entrevista con el zar. Un año después volvimos a bailar en la corte para celebrar el cumpleaños del zar. Al día siguiente desperté y comprobé que Fedora no se hallaba a mi lado. Me levanté y la estuve buscando por todas partes, hasta que la vi patinando sobre el Neva helado con Léonide Massine, un joven bailarín del Ballet Imperial del Teatro Bolshoi. Me dolió presenciar aquella escena. No obstante, el dolor no se tornó intolerable hasta que no los vi besarse y abrazarse tiernamente. Se trataba de gestos que me indicaban una gran complicidad entre ellos, que parecía venir de lejos y que me había pasado desapercibida.

Una repentina desesperación se apoderó de mí y hui de allí, corriendo, rabiosa de celos. Me hallaba en el jardín de la escuela, bajo la nieve y la niebla, cuando arranqué de un cobertizo un afilado carámbano y me corté la muñeca izquierda, siguiendo la cicatriz que me quedaba de nuestro juramento en el cementerio de pianos. Antes de desmayarme, vi caer gotas de sangre sobre la nieve.

Cuando volví en mí, me hallaba en la cama de la enfermería de la escuela, ante los ojos acusadores de las dos profesoras que más me odiaban. Ellas me dijeron que había permanecido más de tres días delirando y diciendo locuras que comprometían mi destino y el destino de Fedora.

Sumida en la inconsciencia, debí de confesar que amaba a Fedora y que había llevado a cabo con ella actos contranatura. En medio del delirio, llegué a decir que Fedora coqueteaba con Léonide mientras mantenía una relación perversa con el zar, y que su deseo, como el mío, abarcaba todas las dimensiones del cuerpo y del alma. En la corte se rumoreaba que el zar volvía a ser el amante de la bailarina Mathilde Kschessinska. En una época tan convulsa y tan

revolucionaria como la que empezábamos a vivir en Rusia, pronunciar palabras blasfemas contra el zar, acusándolo de actividades de naturaleza dudosa con las alumnas de la Escuela Imperial de Ballet, era casi lo mismo que firmar tu sentencia de muerte.

La dirección de la escuela tuvo a bien procurar que mis palabras no salieran del recinto en el que habían sido pronunciadas, pero dos días después Fedora y yo fuimos expulsadas de la escuela.

Mi amiga agradeció la expulsión más que yo, en parte porque se sentía cada vez más presionada por los profesores, que querían convertirla en una bailarina sobrenatural, en parte porque había padecido aquel infierno con mucho más rigor que yo.

El padre de Fedora nos llevó unos días con él a la casa junto al Báltico, donde vimos la aurora boreal.

Mi amiga y yo nos hallábamos sobre un promontorio de rocas blancas cuando un semicírculo de luz cegadora empezó a apoderarse del horizonte y a desprender torbellinos de fuego que iban a perderse en las alturas, iluminando con su expansión la vasta superficie del mar. El agua parecía arder en torno a nosotras, y las islas del fondo adquirían un tono purpúreo. Semejaban grandes brasas flotando sobre un mar de lava muy líquida.

Tras aquel resplandor inconcebible que achicaba la mirada, las luces, tan envolventes como fantasmales, se fueron disipando lentamente y sus fulgores se diluyeron en una niebla cada vez más transparente y azulada.

10

9-7-1916

Esta noche me he hecho la dormida, esperando a que Roxana se entregase al sueño, para levantarme de la cama y explorar por mi cuenta la escuela.

He bajado las escaleras hasta llegar a las catacumbas, porque cuando Roxana y yo las exploramos me pareció el espacio más misterioso y prohibido de Palastnovo.

Esta vez, he conseguido abrir la puerta blanca y dorada que no pudimos abrir la otra noche. Me he quitado una horquilla del moño y la he introducido en la cerradura para manipularla. Entonces me he percatado de que la cerradura es falsa y de que la puerta es corredera, y me ha bastado con deslizar la puerta hacia un lado para abrirla. Es un truco tan hábil como simple, que me ha permitido el acceso a un mundo fascinante y tenebroso.

Nada más entrar, he creído apreciar un aroma que me resultaba familiar y a la vez repulsivo: olor a tabaco de pipa. Una estela de humo gris emborronaba la figura alargada de un hombre embozado y vestido de negro. Su máscara era como el azabache, al igual que su capa.

Súbitamente, he pensado que era el hombre de mis pesadillas, el hombre-sombra de siempre, y, aunque deseaba huir, me he quedado paralizada. Todo mi cuerpo se quedó rígido ante él, que me observaba fijamente con sus ojos azulados y vidriosos, perceptibles tras el humo y tras la máscara que brillaba bajo el leve haz de luz que llegaba desde el techo. El hombre ha dado un paso hacia mí y he salido de allí corriendo.

He llegado al dormitorio con el camisón empapado de sudor y temblando de la cabeza a los pies. Roxana seguía dormida, y llegaba desde el bosque un rumor confuso en el que parecían mezclarse los gritos de los zorros y el canto de los búhos.

Durante el resto de la noche no he podido conciliar el sueño, y he recordado mi pasado y los secretos que le oculto a Roxana. ¿Por qué desde la infancia mis relaciones con las personas del sexo opuesto son tan secretas, mientras que Roxana es tan sincera conmigo?

Todavía no le he confesado a Roxana que el día que el zar Nicolás II premió mi actuación de danza y me recibió en la intimidad intentó seducirme, o al menos eso sentí yo. El zar volvió a galantearme el año siguiente, durante su fiesta de aniversario.

En el Teatro Mariinski y en la Escuela Imperial de Ballet era conocida la historia de amor entre Nicolás II y Mathilde Kschessinska, la prima ballerina absoluta. En San Petersburgo sospechaban que el hijo varón y sano que había alumbrado Mathilde era un bastardo del zar. Se había convertido en una tradición que todos los zares fuesen amantes de las bailarinas, pero Rasputín y la corte real parecían empeñados en santificar a Nicolás II, y en respetar al pequeño y hemofílico zarévich, mientras viviese.

Recuerdo que durante la primera entrevista con el zar me extrañó que Nicolás II renunciase a todo protocolo cuando se encontró a solas conmigo y me llamase por mi nombre de pila:

—Fedora... Lo único que detesto de las bailarinas son sus apretados moños. Suéltate el cabello, como mis hijas.

Aunque me extrañó su petición, obedecí y empecé a deshacerme el moño. El zar me ayudó quitándome las horquillas y los pasadores, me miró con devoción y exclamó:

—Pareces la Santísima Virgen. Eres milagrosamente hermosa.

Nicolás II me miraba con sus ojos transparentes mientras me acariciaba mi larga cabellera con el temblor y la avidez de un niño envejecido.

—Me encargaré personalmente de cuidar y cepillar tu cabellera.

El zar me contempló durante un tiempo indefinido, que se me hizo eterno. Jugueteeó con mis bucles rojos y cerró mis párpados con sus dedos. Empecé a marearme y abrí los ojos con desconcierto y terror. De repente, el zar me miró asustado y pidió al chambelán que me llevase en carroza hasta la Escuela Imperial.

Mientras bajaba las escaleras del palacio empezaron a sonar las doce campanadas de la medianoche. Me extrañó saber que había pasado tanto tiempo en los aposentos reales y pensé: ¡El tiempo puede ser tan voluble como los hombres!

11

El quinto día en Valaam me desperté con una euforia desconocida, incluso para mí, que me caracterizaba por mis subidas y bajadas de ánimo. Como había desaparecido la niebla, pude contemplar en toda su profundidad el mundo que nos envolvía. Fue como experimentar algo parecido a un renacer. Riendo me asomé a la ventana y exclamé:

—La tierra se concentra en Valaam y el cielo se concentra en Valaam. El agua dulce de los lagos y el agua salada de la resurrección fluyen en Valaam. El aire que respiran las aves y los ángeles sopla en Valaam. Y en Valaam está el fuego que arde en mis piernas, y en Valaam está el fuego que desboca mi corazón. ¡La espiral de la alegría gira y gira en Valaam, y yo he vuelto a la vida en Valaam!

Fedora todavía dormía, pero una vehemencia exacerbada me dominaba y me transportaba, y un frenesí envolvente me incitaba a bailar en espiral hasta que me acerqué a mi amiga para despertarla:

—Levántate, Fedora, y bailemos juntas. ¿No oyes las campanas del monasterio, no oyes los cantos de los monjes celebrando el esplendor del día? Ahora lo sé, ahora lo veo y lo siento... El mundo es un teatro. La tierra es un escenario. El agua es música. ¡Que se alce el telón del cielo! Vamos a bailar tú y yo la danza del agua y del aire. No necesitamos los aplausos de nadie para entregarnos al baile de la creación.

—O estás loca o por tu boca habla un ángel. Me asustan tus cambios de ánimo... —murmuró Fedora antes de arrojarme la almohada a la cabeza y echarse a reír.

—Mi humor cambia porque todo gira en espiral. Tú y yo somos espirales con círculos de dolor y círculos de placer. No lo podemos evitar. Bendigo el maldito día que nos expulsaron de la Escuela Imperial y nos trajeron a este mundo tan cerrado y tan abierto. Debemos sobrevivir a todos los males. Vamos a bailar,

Fedora... Estamos en Valaam.

—Me confundes, Roxana. Ayer estabas en el infierno, y hoy me despiertas en el cielo —dijo Fedora mientras se aseaba y se vestía.

—¿Por qué no aceptas con más naturalidad los vaivenes de la vida?

—¡Dios quiera que esta alegría que muestras no se convierta en tristeza a la vuelta de la esquina! —replicó mi amiga, y no sin razón.

Tras el desayuno, salimos a dar un paseo. La señora Novgorov y el señor Zelenko nos dejaban cierta libertad, en parte por comodidad y en parte para comprobar hasta dónde podíamos llegar cuando nos creíamos a solas. Casi nunca lo estábamos, pues nos espiaban continuamente desde los diferentes ángulos de la mansión, pero nosotras nos hacíamos las tontas y practicábamos con ellos el arte de la simulación, que tantas puertas abre.

Cuando conseguíamos perderlos de vista, nos quitábamos los zapatos, nos soltábamos los cabellos y corríamos por el prado, ebrias de nosotras mismas. El sexto día, la señora Novgorov nos preguntó:

—¿Sabéis montar a caballo?

—Por supuesto —respondimos a la vez.

—En ese caso, acompañadme.

La señora Novgorov nos condujo hasta el establo donde nos indicó dos caballos más bien pequeños y parecidos a los que viven de modo salvaje en algunas comarcas que rodean el lago. Parecían muy amaestrados y tenían el tamaño adecuado para nosotras. Mi amiga eligió el caballo alazán, que se llamaba Tenko, y yo me monté en Bek, el caballo blanco. Esa misma mañana salimos a pasear con el cochero Dimitri, que montó en uno de los caballos que arrastraban su calesa.

Fue el cochero el que nos refirió que el abad Mavriky había estado en Tierra Santa y tras su viaje había decidido convertir Valaam en un calco topográfico de Jerusalén, de modo que si recorríamos la isla nos iríamos encontrando con lugares que tenían nombres vinculados a la historia de Jesucristo.

—Ahora, por ejemplo, nos hallamos ante el *skete* de Getsemaní.

Los *sketes* eran pequeños monasterios, que también podían denominarse ermitas o meditorios, y que algunos monjes elegían para poder estar más aislados. El *skete* de Getsemaní se alzaba en un claro rodeado de enormes abetos, era de color blanco y azul, y poseía una torre con campana. Destacaba en medio del verdor como un lirio entre los juncos.

Luego pasamos por otra ermita de color rojizo en la que al parecer había una

réplica de la losa del Santo Sepulcro. La ermita se llamaba el *skete* del Divino Ataúd y el monje que la habitaba no nos dejó entrar. Más tarde pasamos por una colina que el abad había decidido llamar monte Tabor, y finalmente nos detuvimos en un arroyo en mitad del bosque que ahora se llamaba el río Jordán.

Allí conseguimos librarnos de Dimitri, que se quedó pescando, y nos perdimos entre las arboledas con alegre ansiedad. Extraviarnos por el bosque era lo que más habíamos deseado desde el mismo día de nuestra llegada, y nos deslizábamos entre una sucesión de abedules que parecía no acabar nunca, pero que acabó, dando paso a un pinar lleno de fragancias vegetales.

Nos hallábamos en una de las zonas más sombrías del pinar cuando vimos pasar ante nosotras una figura humana, de cuerpo menudo y más veloz que una corza.

—¿Qué es eso? —gritó Fedora.

—Parecía una chiquilla —dije yo.

Galopamos hasta el lugar en el que el misterioso ser había desaparecido y alcanzamos a ver a una muchacha medio desnuda, que no podía tener más de doce años, y que al volverse hacia nosotras nos lanzó una mirada incendiaria, que nos produjo tanta curiosidad como inquietud.

Continuamos la persecución y vimos que la muchacha se colaba por una abertura entre la roca que parecía conducir a un valle de cierta profundidad. Estábamos a punto de atravesar la abertura cuando, al darnos la vuelta, vimos a Dimitri, que nos estaba mirando con lascivia. Tuvimos la certeza de que nos había estado siguiendo todo el tiempo, más pendiente de nuestros cuerpos que de todas las maravillas de la floresta. Simulando indiferencia, nos dijo que había llegado la hora de regresar al colegio.

De vuelta a la mansión, preferimos no preguntar por la niña salvaje. Pensábamos que todas las explicaciones que nos podía dar la señora Novgorov iban a ser falsas, y teníamos la pretensión de ir descubriendo por nosotras mismas todos los secretos que ocultaban las moradas vegetales de Valaam.

Aquella noche, hacia las dos de la madrugada, nos despertaron ruidos que provenían del piso de arriba. Si te dejabas guiar por la imaginación, podías llegar a pensar que seres de ultratumba estaban arrastrando féretros de un lado a otro de las estancias que se hallaban encima de nosotras. Fustigadas por la curiosidad, nos deslizamos hasta el lugar del que procedían los ruidos y, ocultas en las sombras, vimos que la señora Novgorov y el señor Avgust Zelenko estaban ordenando los muebles de las salitas y recibidores que se iban sucediendo a lo

largo del pasillo. Bajo su apariencia de burgueses de comportamiento intachable, semejaban dos insomnes enloquecidos que vivían en un mundo de tinieblas.

En algún momento, el señor Avgust sacó del bolsillo de su levita una petaca de plata y la apuró con avidez. La señora Novgorov se acercó a él y le dio un brusco tortazo en la cara:

—¡No bebas más! —rugió.

El señor Avgust se arrodilló ante ella y se puso a gimotear mientras murmuraba:

—Soy un maldito bebedor, lo sé, y no merezco tu perdón. Tienes que castigarme, Anastasia; tienes que golpearme sin piedad.

—De modo que tú mismo reconoces que mereces un correctivo...

—Lo merezco, querida mía, lo merezco de verdad.

La señora Novgorov cogió una tralla que reposaba sobre una mesita de mármol y comenzó a estrellarla contra la espalda del señor Avgust, que aullaba mientras miraba al techo como si acabase de ver a Dios.

Llenas de estupor, Fedora y yo huimos de allí y buscamos refugio bajo el edredón. Pegadas la una a la otra en la oscuridad del lecho, estallamos en carcajadas. Era mejor reír que llorar.

12

11-7-1916

Más que ser Jerusalén, como quiere el abad, Valaam es el cuerpo de Jesucristo, una hostia grande y frondosa. Hoy he estado con Roxana recorriendo la isla y he notado que Valaam es un organismo tan vivo como misterioso.

Mientras cruzábamos el bosque, sentía que recorría el cuerpo del hijo de Dios, desde la cabeza hasta los pies, pasando por su pecho y atravesando su corazón.

Por la noche, me he sentido tan dentro y tan fuera de mí misma que a punto he estado de reventar en sollozos. Roxana ya estaba dormida cuando una fuerza superior a mí me ha arrastrado hasta las catacumbas. A pesar de mis temores, de mis temblores, de mis dudas, deseaba ver de nuevo al hombre-sombra y he llevado conmigo una vela que temblaba tanto como yo cuando me deslizaba entre las sombras.

Tras cruzar el umbral de la puerta dorada, he notado que una sombra se acercaba a mí por detrás y se fundía con mi sombra proyectada en el muro. Acto seguido he percibido en mi nuca el aliento del hombre de las catacumbas. Se hallaba tan cerca de mí que podía sentir su olor y el calor de su aliento.

Como si atendiera a mis llamadas más íntimas y más inconfesables, el hombre-sombra me ha estrechado por detrás y me ha lamido el cuello. Un escalofrío ha recorrido mi espalda y seguramente él lo habrá notado. Invasión por una curiosidad que me sobrepasaba y me envolvía como una obsesión circular y aniquiladora, me he girado para verle la cara, pero enseguida el hombre se ha alejado de mí y solo he podido ver su espalda y la parte acordonada de su máscara negra. Una agitación sofocante me ha invadido y mi cabeza se ha llenado de zumbidos y de ecos. Cuando he llegado al lavabo para lavarme la cara no me he reconocido ante el espejo.

13

Los pinos llegaban hasta el acantilado de rocas negras y nervudas, que descendían hasta el agua como navajas melladas. Fedora se hallaba sentada sobre la cúspide de una de las rocas, con los pies colgando del abismo. A pesar de que era una gran equilibrista, su postura y su actitud me llenaban de inquietud y me daba miedo mirarla. Ella disfrutaba de mi sufrimiento, como el señor Zelenko de los latigazos de la señora Novgorov.

—Ayer creía que esta isla era mucho más fascinante de lo que la imaginaba, pero hoy...

—¿Hoy... qué? —repitió Fedora como un eco obediente e insolente a la vez, mientras movía peligrosamente los pies y miraba el agua como una iluminada que ha visto en el suicidio una de las formas del paraíso.

—Hoy empiezo a dudar... ¿No te inquieta la fauna que nos rodea?

—¿Te refieres a las focas, los búhos, los caballos, los renos, los alces, los zorros y los lobos?

La miré con todo el desdén que pude y murmuré:

—No te hagas la tonta. Me estaba refiriendo a la fauna humana.

—Sí, es muy singular.

—Una forma muy suave de decirlo... ¿Y si hubiésemos llegado a una isla parecida a la de aquella novela que leímos el año pasado en casa de mis padres?

—¿Te refieres a *La isla del doctor Moreau*? —preguntó Fedora.

Mi amiga empezó a reír sin esperar mi respuesta, reía como una posesa poniéndose en peligro debido a su brusca agitación. Temiendo que se cayera, le exigí a voz en grito que se apartara del abismo. No me hizo caso y añadió:

—El doctor Moreau quiere crear un mundo de híbridos... No es mala comparación. Quizá todos los que nos rodean sean híbridos. Bundy parece un híbrido entre un hombre y un chimpancé. Su madre parece un híbrido entre una

mujer y una foca. Los monjes parecen híbridos entre hombres de ahora y fantasmas de la Edad Media. El cochero parece un híbrido entre un hombre y un zorro lascivo. La niña del bosque parece un híbrido de mujer y de corza. La señora Novgorov y su amigo parecen híbridos entre dos señores burgueses y dos ratas gigantes y pervertidas...

—¿No te olvidas de alguien?

—No —contestó Fedora.

Creyendo que a veces se me iba la cabeza, preferí no mentar la sombra negra que había visto en el bosque y la obligué a apartarse del acantilado.

Nos acercamos a los caballos, que nos aguardaban entre los abedules, y trotamos por el bosque, hasta que volvimos a cruzarnos con la niña silvestre. En esta ocasión la vimos de frente. Se detuvo ante nosotras y nos miró con sus ojos de una pureza diamantina y una viveza salvaje.

—¿Quién eres? —le pregunté.

La muchacha me miró y empezó a balbucir:

—Me llamo Inna; me llamo así, Inna, y soy la dueña, y soy la dueña de este bosque, y me hacen caso los árboles, los árboles, y los lobos también me hacen caso y los zorros y las focas. Y si a mí me da la gana os pueden atacar, y os pueden desgarrar y comer...

La niña empezó a aullar, como si estuviese requiriendo la presencia de los animales o como si fuese Tarzán de los monos, novela que habíamos leído en inglés el año anterior, y huimos de allí todo lo deprisa que pudimos.

Ya nos hallábamos cerca de la pradera que rodeaba la escuela cuando vimos entre los árboles a Dimitri. Nos miraba con ojos anhelantes, como todos los malditos hombres de la isla.

Llegamos a la escuela exhaustas y nos refugiamos en el cuarto de estudios que habían dispuesto para nosotras. Se trataba de una pequeña estancia muy acogedora, ornada con cuadros al óleo que mostraban el embrujo de la isla de Valaam. En una de las pinturas se veía un paraje del bosque donde ya habíamos estado en nuestros paseos a caballo. En primer plano se veía una roca ocre de forma trapezoidal, a la derecha una construcción ruinoso que parecía mezclarse con las peñas y la floresta, como esos templos perdidos en las junglas de Camboya, y a la derecha de las ruinas se extendía una arboleda de jóvenes abedules, rodeando otra roca de forma cónica. Junto a esa roca se veía un misterioso personaje reducido a una simple sombra. Me quedé mirando el cuadro, con la intención de tentar a mi amiga para que me hablara de asuntos

que, según mis sospechas, me estaba ocultando; pero Fedora se puso a mirar por la ventana que daba a un patio lleno de enredaderas.

—¿Qué piensas de la criatura que nos amenaza con convocar a todas las fieras del bosque? —pregunté.

—Que tendríamos que intimar con ella. Seguro que conoce muchos secretos de la isla.

—¿No te asusta un poco su manera de ser?

—Lo suficiente para que desee su cercanía.

—¿Eso significa que te fascinan las personas que te provocan miedo?

—Sí. ¿A ti no?

Preferí no contestar y seguí mirando la sombra negra del cuadro.

Dos días después nos hallábamos una vez más junto al acantilado cuando vimos surgir de la floresta a la muchacha silvestre. En esta ocasión pudimos observarla mejor y dibujar en nuestra mente un retrato de su persona ajeno a las distorsiones de la inquietud y el estupor. Inna tenía el rostro, los brazos y los pies negruzcos, seguramente debido a lo poco que se aseaba; sus ojos eran azules y transparentes, como los de las gentes del lugar, y su cabello era tan rubio que casi parecía albino y tan largo que casi le servía de vestido. Inna iba prácticamente desnuda y traía con ella un zurrón de pastor.

—Hola —le dije—. Nos alegra mucho verte.

Inna me miró con reserva, se acercó a mí sinuosamente y me escupió a la cara:

—¿Por qué hablas incluyendo en tu frase, en tu frase, incluyendo en tu frase a tu amiga? ¿Acaso eres su dueña? Tú no eres la dueña de nadie ni de nada, tú no eres, tú no eres la dueña de tu amiga...

—Perdona —añadí—. Debí expresarme mejor. Quise decir que me alegra mucho verte, y supongo que a mi amiga también.

—¿Supones? —murmuró mirándome severamente—. Yo no supongo nada. ¿Queréis arándanos? Los acabo de coger del bosque —añadió.

Y sacó del zurrón un puñado de arándanos que nos puso en las manos. A Fedora le dio el doble que a mí, dejando claro quién era su preferida.

Los arándanos estaban tan frescos como exquisitos, y dejaban en el paladar toda la esencia agrídulce de la floresta.

Fedora acarició sus cabellos y le dijo:

—¿Dónde vives?

—Lo sabréis a su debido tiempo, a su debido, a su debido tiempo sí que lo

sabréis. A su debido...

En ese momento un reno surgió de los arbustos y se acercó a Inna.

—Este es Fiódor —anunció—, mi mejor amigo.

Acababa de decirlo cuando se montó en el reno y nos dijo:

—Seguidme.

Subimos a nuestros caballos y le hicimos caso.

Inna nos condujo hasta el valle de las Moradas, que era el espacio que se abría tras cruzar el túnel de piedra. El valle permanecía oculto entre colinas rocosas, y en él pastaban varias familias de ciervos.

A la derecha se veían varias cuevas, dos de ellas con la boca cubierta de piedra y argamasa, y con rústicas puertas de madera. Inna señaló la cueva más próxima y nos dijo:

—Ahí vivo yo, y más allá el doctor Tishina.

—¿Y quién es ese doctor? —preguntó Fedora.

—Es un hombre muy sabio, muy sabio. Es un hombre que conoce los misterios, los misterios de la tierra y del cielo, los misterios, los conoce. Tiene muchos libros y muchos alam..., alam..., alam...

—¿Alambiques? —musité yo.

—Eso —contestó Inna—. Es un alqui..., es un alqui...

—¿Es un alquimista? —dijo Fedora.

Inna asintió con la cabeza.

Estábamos a punto de despedirnos cuando de pronto salió de una de las cuevas un hombre vestido con un hábito negro, parecido al que llevaban los monjes. El hombre, de ojos negros y barba muy larga, miró fijamente a la niña durante un instante, y regresó a su cueva dando un portazo poco hospitalario.

De regreso a la escuela, cuando cruzábamos la zona más oscura del bosque, oímos el mismo grito que me había atormentado dos noches atrás.

—¿Quién puede gritar así? —le pregunté a Fedora.

—Alguien que esté en el infierno —respondió mi amiga.

14

13-7-1916

Esta noche he visto la máscara del hombre-sombra.

¿Puede una máscara parecernos una cara humana?

¿Podemos acostumbrarnos a mirar a un hombre enmascarado, hasta convertir mentalmente la máscara en su verdadera cara?

¿Podemos verla como si fuese la cara del hombre más deseado?

La máscara del hombre-sombra es de cuero negro repujado, con arabescos de hilos de oro. La máscara de piel negra es dúctil y se adapta perfectamente a las formas de la cara humana, permitiéndole a la persona comer, beber y hablar, sin necesidad de quitársela. En lugar de utilizar un zendale para cubrir el cabello y no ser reconocido, la máscara también cubre la cabeza y el cuello. Tras el cuero negro, solo puedo ver sus ojos azulados.

Esta noche hemos estado frente a frente y me ha hablado por primera vez. Su voz era un susurro distorsionado por la máscara.

Estoy acostumbrada a recibir órdenes, pero a gritos; por eso me ha resultado tan inquietante que sus primeras palabras fuesen tan susurrantes como las palabras de los amantes y emitiesen una orden:

—¡Desnúdate!

Las bailarinas carecemos de pudor cuando nos desvestimos en los camerinos para ponernos nuestros tutús, pero podemos llegar a ser muy pudorosas cuando nos desnudamos en la intimidad, así que en lugar de hacerle caso me quedé paralizada. El hombre-sombra volvió a susurrar con autoridad:

—¡Desnúdate!

Obedecí como si estuviese hipnotizada. Me quité el camisón y el culotte, y me quedé completamente desnuda.

El hombre-sombra fue explorando cada parte de mi cuerpo con la luz temblorosa de una vela. Examinó mi cara, las constelaciones de mis pecas, mis ojos, mis labios, mi cuello, mis hombros, mis senos, mis brazos, mi vientre, mi pubis, mis piernas, mis pies.

—¡Gírate!

Le hice caso y examinó mi nuca, mis hombros, mi espalda, mis nalgas, mis pantorrillas y mis tobillos... hasta que me ha preguntado con voz baja e impúdica:

—¿Eres virgen?

—Sí.

Yo seguía de espaldas cuando introdujo su dedo anular derecho en mi vagina, para comprobar si ciertamente era virgen. Mientras llevaba a cabo su operación, murmuró con voz entrecortada:

—¡Vuelve mañana al filo de la medianoche!

Cuando al fin acabó su exploración y sacó su delgado dedo de mi vagina, me atreví a preguntar:

—¿Puedo darme la vuelta?

No contestó y yo me giré, pero ya para entonces el hombre-sombra había desaparecido entre las sombras.

15

A la semana siguiente intentamos regresar al valle de las Moradas, pero nos desorientamos y durante un buen rato estuvimos dando vueltas en torno a las ruinas y la peña cónica, como si más que perdernos en el bosque nos hubiésemos extraviado en el cuadro que colgaba de una de las paredes de la sala de lectura, hasta que vimos a Inna al fondo del bosque de abedules.

La muchacha parecía conocernos mejor que nosotras mismas, aunque también podía ocurrir que su cuerpo asilvestrado fuera una especie de sismómetro que registrara todas las vibraciones de la floresta, incluidos nuestros pasos y nuestra respiración, y guiada por ese sexto sentido hubiese finalmente salido a nuestro encuentro, segura de que no íbamos a ser capaces de encontrar la entrada del valle de las Moradas.

Inna se fue aproximando de modo sinuoso, característica que quizá formase parte de su manera de acercarse a las personas. No se dirigió a nosotras en línea recta; muy al contrario, iba zigzagueando entre los lechosos troncos de los abedules, como si quisiera envolvernos y trastornarnos, insinuando en cada trazo que su cuerpo dejaba en el aire el trazo quebrado de un alma que no acababa de fiarse de nosotras, pues no dejábamos de ser unas intrusas en su reino cerrado como un sueño.

Cuando nos tuvo cerca, esbozó una sonrisa ingenua y dijo con voz balbuciente y al mismo tiempo cristalina:

—Hay que tener cuidado, hay que tenerlo, con este bosque. No es grande, no lo es, pero puede resultar muy mar..., muy mar... eante. Sí, muy muy mareante porque todos los claros son muy parecidos, y los recodos y las esquinas y los abedules... Una vez un niño que se hospedaba con sus padres en el hotel que está junto al monasterio se perdió y se lo comieron los zorros y los cuervos... ¿Queréis conocer mi cueva?

Le dijimos que sí y la seguimos hasta el túnel de piedra, desde donde

podimos acceder al valle de las Moradas. En la pradera que se extendía entre dos muros de rocas vimos al reno de Inna y a una manada de cuervos ocupados en devorar el cadáver de un buitre. Era la primera vez que veíamos el fiambre de un buitre devorado por otros animales, y no al revés.

La muchacha nos enseñó su cueva, en la que solo se veía un catre cubierto de pieles de animales, una jofaina de cobre llena de agua, y que Inna utilizaba como espejo, y una pequeña mesa de madera sobre la que reposaba un cuchillo, un vaso de latón y un plato de aluminio. Parecía la cueva de un asceta. Más tarde nos condujo hasta la cueva del alquimista, cuya puerta estaba abierta. Inna nos dijo:

—Tishina se ha ido al monasterio, para visitar a un monje que está enfermo. Entrad sin miedo.

Entramos y notamos un fuerte olor a azufre y a plantas medicinales. Había allí un catre de paja seca sobre el suelo, varias ollas y algunos utensilios para comer. En una de las paredes se amontonaban los libros y los manuscritos sobre anaqueles de madera doblada por el peso, junto a una mesa enclenque llena de recipientes de cristal, además de un alambique y una vela. Por uno de los ángulos del techo se filtraba un haz de luz que iluminaba un libro lleno de dibujos, tirado en el suelo. Se trataba del tipo de imágenes simbólicas que suelen abundar en los libros de alquimia y que hacían referencias a los viajes del alma cuando abandona el cuerpo y accede a los mundos ideales donde moran los arquetipos.

En el centro de la cueva había un horno de fusión compuesto por dos grandes crisoles unidos por flejes metálicos, a los que el alquimista había practicado una abertura a través de la cual podía verse una bola de materia vegetal y color verdusco. El fuego calentaba la bola, pero no llegaba directamente a ella.

Apenas si estuvimos unos minutos en la cueva de Tishina, o quizá me equivoqué y estuvimos mucho rato. Solo sé que allí desaparecía la idea de duración, y una se creía habitando un presente inmóvil y a la vez evanescente, a pesar de que el lugar estaba habitado por el tiempo, ya que junto al lecho, sobre una piedra redonda, podía verse el único objeto moderno de la cueva: un reloj de bolsillo, al parecer de oro y plata, cuyo corazón palpitaba llenando la oquedad de resonancias metálicas. Esa circunstancia, y el hecho de estar escuchando continuamente el tictac mecánico, no te hacía más consciente del tiempo, ni te creaba una conciencia clara de la duración, pues era un sonido que una sentía como al margen del tiempo, por no decir fuera del mismo. En aquella cueva habitada por un extraño aliento, el sonido del reloj no resultaba diferente a los

ruidos de la floresta y al canto de los pájaros.

Nos fuimos de allí con la impresión de haber inhalado el aire enrarecido de un misterio que estábamos lejos de comprender, y al dejar atrás el bosque volvimos a escuchar el mismo grito estremecedor de los días anteriores.

Cerca de la escuela, vimos un automóvil adentrándose en el camino y mancillando con su rugido atronador el silencio de la isla. Ya nos habían dicho que algunos de los clientes del hotel Gran Ladoga transportaban sus coches en los barcos y se complacían en recorrer con ellos los caminos de Valaam, gritando y cantando canciones de borrachos, y expandiendo por todo el lugar el olor a petróleo y el fragor profano de las noches de San Petersburgo.

Tishina, que, camino de su cueva, se cruzó con nosotras en la carretera, maldijo a los automovilistas y les deseó la muerte mientras nos miraba de reojo. Luego se acercó a nuestras ateridas personas y dijo:

—Puedo leer vuestras mentes, puedo oler vuestros cuerpos. Sé que habéis entrado en mi cueva. Los que allanan la morada de los santos no serán bien recibidos en el cielo. ¿Me habéis oído? —gritó.

Nos pusimos a temblar. Fedora estaba a punto de echarse a llorar cuando Tishina estalló en carcajadas. Luego se calmó y, acercándose mucho a nosotras, musitó:

—No tembléis, almas de Dios, que soy un hombre cabal.

Dicho lo cual se dio la vuelta y desapareció en el bosque.

Esa noche, antes de dormirnos, creíamos que nos volvíamos locas, y es que por primera vez accedimos a la sinfonía de Valaam, compuesta por todos los sonidos posibles y todos los sonidos imposibles, que tenían cabida en aquella isla cada vez más real y cada vez más irreal; cada vez más hermética y cada vez más abierta; cada vez más sofocante y cada vez más respirable; cada vez más oscura y cada vez más clara; cada vez más silenciosa y cada vez más ruidosa.

Todo empezó con los cantos sublimes de los monjes, que llegaban hasta nosotras atravesando las arboledas y colmándolo todo con su sonoridad arrebatadora; pero, enseguida, a esos cantos se unieron los ruidos de la floresta, el peculiar grito de los zorros, el aullido de los lobos, el ladrido de los perros, el croar de las ranas, los cantos de las focas, que podían confundirse con los de algunos pájaros nocturnos, el balido de los barcos alejándose de la isla, el rugido de los automóviles, los ruidos que hacían con los muebles la señora Novgorov y su socio, y el grito desgarrador que ya habíamos oído cuando nos acercábamos a la escuela.

Era como habitar el ojo de un huracán polifónico. Se esfumaba tu identidad, olvidabas tu nombre, y te convertías en un odre lleno de ruido y de furia.

16

14-7-1916

Las doce campanadas del carillón anunciaron la medianoche. En mi alma se declaraba la batalla del deseo. Una parte de mi ser ansiaba acudir a la cita con el hombre-sombra, mientras que la otra quería seguir pegada a mi amiga. Al final venció el poder de la oscuridad. Me levanté de la cama como una sonámbula mientras mi conciencia se hundía en una niebla más densa que la que suele cubrir el Ladoga. Me excitaba desnudarme ante un hombre enmascarado cuyo nombre ni siquiera sabía y sentir su lengua húmeda en mi nuca. Deseaba disiparme en el escalofrío de la noche, de su noche subterránea y voluptuosa.

Al cruzar la puerta de oro, el enmascarado murmuró:

—¡Llegas tarde, que no vuelva a suceder!

Su voz parecía la voz de la noche, turbia, grumosa, sofocante. Su voz anulaba completamente mi voluntad y me dejé arrastrar por las catacumbas de Palastnovo hasta llegar a una gruta resplandeciente, donde me obligó a subir a la escena de un teatro pequeño, ubicado en medio de la cueva. Él se sentó en una butaca roja junto a una mesa sobre la que reposaba un florero lleno de plumas de pavo real. El hombre-sombra volvió a formular la orden que yo más deseaba:

—¡Desnúdate!

Me desnudé con cierta lentitud, para no dejar tan claras mis apetencias. Ya lo había hecho cuando dijo:

—¡Baila lentamente, baila como Salomé tras quitarse el último velo, baila como esa holandesa que se hace pasar por bailarina de Java!

Me sentía tan estimulada como excitada, y cerré los ojos para concentrarme

mejor en mi danza.

—¡Mírame mientras bailas!

Tener que fijarme en su máscara mientras me movía no era tarea fácil, pero al final conseguí llevar a cabo un baile vibrante y ágil, que hubiese emocionado a mis profesores. En lugar de aplaudirme, el hombre-sombra interrumpió mi número enojado. Sus ojos brillaban de rabia.

—¡Detente inmediatamente! Las bailarinas solo bailáis para agradar a las mujeres y a vuestros profesores. Yo te enseñaré a bailar de otra manera.

Sus áridas palabras me dejaron tan desconcertada como abatida. Iba a ponerme el culotte, cuando me golpeó la mano con su bastón de plata, arrancó de mis manos la prenda y ordenó:

—¡Cierra los ojos, y quédate quieta y en silencio!

Obedecí de nuevo y, de pronto, empecé a notar que dos plumas de pavo recorrían mi cuerpo desde los pies a la cabeza, desde un pezón al otro, desde el ombligo al monte de Venus.

—¡Gírate!

Me di la vuelta. El hombre-sombra movió mi trenza, que me llegaba hasta las nalgas, y la colocó sobre mi pecho izquierdo. Luego empezó a lamer mi espina dorsal de arriba abajo, y de abajo arriba, para más tarde lamer mis glúteos formando una espiral que buscaba el centro negro entre mis dos pomas posteriores pero sin llegar a él en ningún momento. Los arabescos de su lengua me mareaban. A punto de desvanecerme, me giré. Una vez más, el hombre-sombra se había disipado haciéndome creer que nuestro nuevo encuentro había sido solo un sueño. Sumida en el desconcierto, anduve mucho tiempo perdida por el laberinto subterráneo, lleno de espejos, falsas salidas y trampantojos. En algún momento, golpeé paredes de vidrio y grité hasta que encontré la puerta corrediza y regresé al dormitorio fuera de mí, enloquecida. Estaba despuntando el alba y Roxana seguía durmiendo.

17

Una tarde oscura y silenciosa, cuando las nubes colgaban del cielo como ahorcados y llegaban los aullidos de los lobos desde la otra orilla del lago, cruzamos a caballo un puente ruinoso, de madera carcomida, que bien pudo conducirnos a la muerte más estúpida que cabía imaginar para mi triste persona y la de mi amiga.

Tras el puente vimos una verja herrumbrosa con una puerta entreabierta que custodiaba una larga escalinata de piedra erosionada y musgosa, adornada en los extremos por dos esfinges de piedra más negra que la obsidiana.

Fedora se bajó del caballo, cruzó la verja y empezó a subir las escaleras, que parecían no conducir a ninguna parte o no tener fin. Tuve la impresión de que el aire mismo de la tarde olía a desgracia y llamé a mi amiga para que se detuviese. Sin embargo, Fedora continuó ascendiendo como si no me oyese o estuviese hipnotizada. La observé; estaba de espaldas y subía con paso firme y decidido. Su melena pelirroja se destacaba sobre la capa de raso azulado que iba arrastrando por las escaleras. Su elegante figura me subyugó y me fui tras ella.

Al final de la escalinata, se hallaba una casa en ruinas, de la que solo quedaba en pie una parte. Íbamos a llamar a la puerta cuando una mujer nos abrió. La dama en cuestión vestía de negro, era alta y delgada, y su edad resultaba incierta. Sus ojos verdosos transmitían tanta alegría como tristeza, y parecían contener en su luz enrarecida toda la sabiduría de la humanidad. Su cabello mitad negro, mitad blanco, iba recogido en una trenza, y su piel era de una palidez tan acusada que la hacía parecer un espectro.

—Os estaba esperando —murmuró mirándonos fijamente y llenándonos la mente de terror.

La miramos llenas de estupor.

—¿A nosotras? ¿Y por qué? —pregunté.

La mujer deslizó sus ojos por nuestras caras lívidas y susurró:

—Porque puedo notar cualquier presencia en las vibraciones que deja en la sustancia gaseosa de la tarde.

La mujer nos guio por un pasillo largo y mal iluminado, hasta que llegamos a una estancia acristalada, de muebles destartados y lámparas despojadas de cirios. Una de las ventanas daba a un jardín umbrío en el que brillaban los ojos de un gato. La mujer encendió una de las velas del candelabro que reposaba sobre la mesa y nos indicó un diván para que nos sentáramos. Le hicimos caso y le preguntamos cómo se llamaba.

La mujer esbozó una sonrisa triste y dijo con una voz ronca como el susurro de un fumador:

—He tenido muchos nombres, y en otras vidas tendré más, pero podéis llamarme «Madame».

Acto seguido encendió con la vela un puro, aspiró con avidez el humo, lo expulsó pomposamente y dijo:

—Vivimos tiempos terribles, gobernados por el peor de los caballos del Apocalipsis (el caballo rojo, montado por el espíritu de la guerra, un jinete que solo nos ha traído desgracias que están muy lejos de acabar...). A veces prefiero no indagar en el porvenir, en el futuro que le aguarda a Rusia y a esta misma isla, que cambiará de dueños, que conocerá el silencio, las tinieblas...

—¿Dentro de mucho tiempo? —inquirí.

—No, muchacha, no. Nuestros mismos ojos verán cosas difíciles de imaginar...

—¿Es usted de Valaam? —preguntó Fedora.

—No, vengo de San Petersburgo, esa vasta dimensión del ruido y la desesperación... Allí conocí a Rasputín, allí hablé y bebí con él, allí le aconsejé que se alejase de los nobles, allí lo compadecí y lamenté su suerte...

—¿Por qué lo compadeció?

—Siempre que los nobles se interesan por la plebe, es para arrebatarse algo que ellos no tienen. Son como los vampiros... No lo olvidéis jamás, amigas. Los aristócratas solo se acercan a los plebeyos para beneficiarse de su talento, su gracia o su belleza.

Madame encendió el puro, que se había apagado, sirviéndose de un cirio y prosiguió:

—Cuando vi a Rasputín por primera vez acababa de llegar de Siberia... Traía en la mirada la inmensidad de las estepas, no más grandes que su ambición, no más grandes que su soledad. No sabía escribir, pero sabía hablar y escuchar; por

eso la zarina se enamoró de él, de sus palabras, de su mirada, de la energía que emanaba su fuego interior... Ahora anda perdido en el laberinto de la corte creyendo que se ha encontrado a sí mismo. Hasta las almas penetrantes y poderosas se equivocan y caminan hacia el abismo... Yo se lo dije, pero no me escuchó, se lo impedía su orgullo... Yo se lo advertí antes de venirme a Valaam...

—Conocimos a Rasputín en el palacio del zar —dije.

—Te creo. Anda siempre cerca de la zarina, intentando convencerla de que la guerra no es buena para nadie, y aún menos para Rusia. Acabarán con él. Estoy segura. Lo sacrificarán como a un cerdo aunque se crea inmortal. Llenarán de heridas su poderoso cuerpo, lo arrojarán al Neva...

—¿Y usted por qué lo sabe? —preguntó Fedora.

—Porque lo he visto en sueños.

—¿Solo es vidente cuando sueña? —pregunté.

—Soy vidente siempre, querida mía. Ahora, por ejemplo, veo que sois libros con muchas páginas escritas fuera de aquí... Páginas tristes y alegres... Páginas que ya habéis olvidado, porque todas las memorias son frágiles... Os veo caminando por la Perspectiva Nevski una tarde de invierno. Las ráfagas de nieve os golpean la cara... Vais a ver una representación de Macbeth, el asesino, el miserable... También él alcanzó al final la perfecta oscuridad de Dios... Veo las páginas escritas de vuestra historia y las páginas sin escribir... Ah, Dios mío, largas noches esperando un beso de vuestra madre, o mirando por la ventana de una casa junto al mar Báltico. Largas tardes llorando en la Escuela Imperial, bailando *Giselle*... Veo vuestros corazones destrozados de la infancia, cementerios de pianos, heridas en las muñecas, resbalones en el hielo, pétalos de flores gravitando una mañana soleada en un jardín junto al Neva, un barco que os trae hasta esta isla bajo el cielo de la noche blanca...

Temblábamos visiblemente, bebiendo sus palabras, que nos conducían a regiones de nosotras mismas que habíamos olvidado.

Madame bajó los ojos y guardó silencio durante un rato hasta que volvió a elevarlos y nos miró como si nos viese por primera vez. Parecía una mujer amable y distante, además de sumamente original.

Hipnotizadas como estábamos por su soberbia presencia, tardamos en darnos cuenta de que desde el ángulo más oscuro de la estancia cuatro pequeños ojos nos observaban.

—Aún no os he presentado a mis dos mejores amigos —dijo Madame,

señalando al rincón en el que brillaban los ojos—. Se llaman Edgar y Morlán, y son dos cuervos que viven conmigo desde que los encontré en el bosque cuando eran polluelos. Me imagino que ya sabréis que los cuervos son aves muy inteligentes que pueden solucionar problemas que no alcanza a resolver un niño de cinco o seis años, y nunca olvidan una cara. Ahora mismo, mientras os miran, están grabando en sus cabezas vuestras fisonomías...

Miré los pájaros con aprensión y pregunté:

—¿Y eso es bueno?

Madame volvió a encender su puro antes de decir:

—Claro que lo es. A partir de este momento, siempre que os vean os saludarán. Son pájaros muy educados y respetuosos. Su mala fama les llega de la Edad Media, cuando se comían los cadáveres de los apestados. ¡Qué injusticia! ¿Es un deshonor ser carroñero? Los hombres lo son y no por eso despreciamos a la humanidad.

Inesperadamente, la dama entró en trance, y empezó a hablar con una voz ronca y profunda:

—Se dice que en todo paraíso se esconden un diablo y un ángel. Valaam no es una excepción.

En ese momento, Madame parecía dormida y despierta al mismo tiempo. Sin abandonar su estado intermedio, me cogió las manos y fijó sus ojos en las líneas de las palmas, hasta que de repente las soltó como si mis dedos le quemasen.

—¡Fuego! —gritó, y acto seguido tomó las manos de Fedora para añadir—: ¡Hielo!

—No es fácil entenderla, Madame. ¿Por qué habla de fuego y de hielo? —preguntó Fedora.

—Porque son vuestros elementos —fue su respuesta.

—¿Acaso son elementos que van a aparecer en nuestra vida?

—Van a aparecer porque ya están en vuestro corazón... A lo largo de la vida vamos acumulando materia y deseo... Os veo coronadas de hielo y de fuego, pequeñas, pero no sé mucho más... No lo sé. Cuando hago esfuerzos por ver más de lo que debo ver mi mente se cansa, mi mente se abrasa, y entonces necesito un poco de opio... Pero se han agotado mis existencias...

—Sus vidas anteriores, ¿quiere decir? —preguntó Fedora.

—No, las existencias de láudano que me trajo un comerciante de Víborg que viene todos los años a purificar su alma junto a los monjes... Tengo que retirarme, princesas. Podéis venir a verme cuando lo deseéis. La puerta de mi

casa suele estar siempre abierta...

Inesperadamente, la dama se incorporó y, sin mirarnos, empezó a subir con sus andares felinos una escalinata de mármol sin barandillas, que en otra época debió de ser majestuosa, pero que ahora parecía inestable, además de peligrosa.

Con la esperanza de que aún pudiera regresar a la sala y reanudar sus fascinantes letanías, esperamos más de una hora, ante la mirada atenta de los cuervos, hasta que los pájaros empezaron a graznar de forma amenazadora y nos fuimos de allí con el ánimo encogido y llenas de desconcierto.

—No sé si me gusta lo que ha dicho acerca de nosotras —le comenté a Fedora cuando ya dejábamos atrás el puente—. Parecía que podía leer nuestros pensamientos...

—Puede que esté loca —murmuró Fedora—, o puede que sea la mujer más sabia que hemos conocido. Tendremos que volver a verla.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. Nos debe una explicación, y ya empiezo a estar harta de tanto enigma.

—Y yo.

Acabábamos de llegar a la pradera que precedía a la escuela cuando vimos a Bundy degollando un conejo. La sangre discurría por una losa de piedra, y Bundy la miraba como si quisiera descubrir en ella el misterio de la vida.

18

15-7-1916

Esta madrugada el hombre-sombra me descalzó y desnudó. Acto seguido me cubrió con siete velos de colores diferentes y me ordenó bailar la danza de Salomé.

Cerré los ojos y me dejé llevar por el espíritu de la noche y por los deseos flotantes de los ojos que me miraban tras la máscara de cuero.

Tardé en quitarme el primer velo, el que cubría mi pecho y dejaba al descubierto mis dos tetillas.

Con el segundo velo desnudé mi brazo derecho, y con el tercero quedó a la vista mi brazo izquierdo.

Al quitarme el cuarto velo desnudé mis piernas, al quitarme el quinto mis nalgas, al quitarme el sexto mi sexo y mi monte de Venus, pero no me quité el último velo, que cubría mi cabeza y que me hacía parecer la bailarina sin cara.

Verme desnuda y velada le llenó de excitación y se acercó a mí para abrazarme, pero apenas me rozó. Me miró con ojos de fuego, se apartó y abrió una botella de champán.

—¿Qué deseas? —preguntó como si fuese Herodes y yo Salomé.

—Ver vuestra cara.

El hombre vertió todo el champán sobre mi cuerpo y me envolvió con su capa negra. Solo entonces se quitó la máscara, cuando yo no podía verlo.

Él estaba vestido y yo desnuda; él estaba seco y yo estaba mojada cuando tomó suavemente mi mano y la fue dirigiendo hasta su miembro erecto y desnudo, indicándome sin palabras el modo en que debía acariciarlo. Obedecí y fui deslizando mis dedos de arriba abajo hasta que oí su profundo suspiro y noté cierta humedad en la mano. Tras el suspiro se apartó de mí, volvió a ponerse la

máscara y me fue guiando hasta la salida del laberinto sin necesidad de fijar una cita conmigo. Sabe que volveré al día siguiente; sabe que estoy en sus manos.

19

Muy de mañana, Fedora y yo salimos a dar un paseo en una pequeña barca propiedad de la escuela. Nos hallábamos cerca del islote de San Nicolás cuando presenciamos una aparición de naturaleza perturbadora y dejamos de remar llenas de estupefacción: entre la densa niebla, un hombre permanecía detenido sobre el agua, como si para él no contase la ley de la gravedad. O sus pies estaban posados sobre la piel del lago o bien estaba levitando. Tuvimos la sensación de estar enfrentándonos a algo sobrenatural, y nos abrazamos buscando cobijo la una en la otra. Apenas si podíamos ver la cara del hombre, disuelta entre los hilachos de niebla, pero por su esbeltez y su porte creíamos que nos hallábamos ante un hombre tan joven como hermoso. Vestía un hábito liso y negro, como los monjes del monasterio, cuyas cúpulas azules se divisaban tras el islote, y parecía tan reconcentrado que no se percató de nuestra presencia. El hombre permanecía con las manos juntas a la altura del ombligo, e inclinando ligeramente la cabeza dirigía la mirada hacia el agua.

El monje parecía estar contemplando en el espejo plateado del agua su imagen más infernal, esa que solo vemos cuando hay conflictos interiores y nuestra conciencia lucha por conquistar un poco de claridad, un poco de sosiego. Iba descalzo y sus pies de carne se reflejaban, doblándose e invirtiéndose en el agua, entre jirones de bruma azulada que parecían emanar de la panza del Ladoga como dicen que emanan los vapores sulfurosos de las lagunas del infierno.

Su espiritualidad, que se concentraba en su mirada caída y que en ese mismo abatimiento insinuaba angustias interiores vinculadas seguramente a sus secretos y a los hechos más confusos de su vida, nos trasmitía, en su misma inmovilidad, una belleza muy superior a la de las danzas de los más celebrados bailarines de la Escuela Imperial.

El joven monje se mantuvo en esa posición durante la hora que le estuvimos

contemplando, sin moverse un ápice, y las bailarinas sabemos que permanecer estático durante mucho tiempo es tan difícil como saber moverse. Ignorábamos cuánto tiempo llevaba en aquella postura (quizá desde el despuntar del alba). Envidiábamos su recogimiento, aunque intuyésemos que se trataba de un éxtasis conflictivo, lleno de mareas interiores.

—¡Jamás he visto un hombre tan hermoso! —dije—. Toca mi brazo derecho, Fedora; se me ha erizado el vello.

—Toca el mío y comprobarás que me ocurre lo mismo —balbució, sin poder despegar la mirada de la aparición.

La niebla se fue disipando y pudimos ver con claridad su rostro. Era pelirrojo y de barba escasa, y cabía suponer que sus ojos eran tan azules como las aguas del Ladoga cuando las acaricia la primera luz de la mañana. Solo entonces nos dimos cuenta de que reposaba sobre una roca lisa y circular que se hallaba casi al mismo nivel que el agua.

De pronto el monje elevó la cabeza y nos descubrió mirándolo con arrobó. El monje saltó como un gamo hasta la otra orilla, y al dirigirse a las escaleras que conducen al monasterio nos miró de reojo y se nos heló la mente. Toda la espiritualidad que habíamos creído ver en él se tornó de súbito poder diabólico. Sus ojos azules y brillantísimos nos desnudaron con su deseo, y sentimos como si nuestros vestidos ardieran con el mismo fuego que consumía sus entrañas. Al verlo tan agitado, otro monje lo llamó desde algún lugar de la escalinata que nacía a orillas del agua. Oímos que lo designaba con el nombre de Yuri.

Decidimos seguir sus pasos por la escalinata hasta que nos vimos ante el monasterio, con sus torres azul celeste, que la atmósfera plomiza tornaba azul de Prusia, y su campanario de setenta metros. La construcción parecía una exageración oriental en medio del verdor apagado del día, y no veíamos al monje por ninguna parte. Nos detuvimos ante la entrada del recinto, sin atrevernos a penetrar en aquel mundo de hombres que se nos antojaba prohibido y lejano a pesar de que lo teníamos delante. Al fijarnos en el campanario, vimos la cara que tanto nos había fascinado. Era la del monje, que nos miraba desde las alturas, como si su turbación se hubiese disipado a la par que la niebla. A pesar de la distancia que nos separaba, percibíamos la dulzura de su mirada, y se apaciguó nuestro corazón.

Las campanas hacían de contrapunto a la música peculiar de la isla, cuyos sonidos semejabán en verano una fuga barroca y en invierno un nocturno romántico. Aunque los cantos de los monjes y el repicar de las campanas nos animaban a bailar, preferimos no hacerlo junto al monasterio para no perturbar la

paz de los monjes.

Yuri era el mejor campanero de la Encarnación. Sus repiqueteos tenían otro ritmo y otra inspiración —los de un alma que conocía los trances espirituales más elevados—. Yuri era un torbellino musical encerrado en la torre, como un pájaro en su jaula. Cuando el joven se daba cuenta de que lo estábamos mirando, su repicar era más melódico y espiritual, para transportarnos más allá de su deseo. Yuri movía las cuerdas de las campanas y a la vez podía inmovilizar o mover nuestros cuerpos como un mago. Su música nos conducía al más profundo recogimiento o a la danza más arrebatada, si bien no todas las mujeres experimentaban lo mismo al acercarse a la abadía. Una tarde, por ejemplo, vimos a una mujer, víctima de las convulsiones, que empezó a gritar diciendo que estaba poseída por Satanás. Dos sacerdotes retuvieron a la mujer, que se revolvía gritando obscenidades, mientras otro hundió un pincel en el agua bendita de la pila bautismal y trazó una cruz en la frente de la mujer, que siguió gritando y retorciéndose, mientras los maldecía.

De regreso a la escuela, nos cruzamos con algunas mujeres del lugar. Tenían el aspecto taimado y tristón de las campesinas de la región. Vestían siempre de negro y aparentaban una edad indefinida, como les suele ocurrir a las monjas. Casi todas tenían el pelo rubio y trenzado y los ojos claros. Las solteras solían llevar un velo blanco y tenían prohibido mirar directamente a los hombres. Una de ellas se cruzó con nosotras en el camino. Llevaba un velo blanco y parecía algo más descarada que las otras. Recuerdo que nos miró con lástima y, cuando ya estábamos a cierta distancia de ella, nos dijo:

—¿Qué hacéis en este lugar perdido, almas de Dios? Sin duda vuestros padres no os quieren de verdad.

—¿Y a usted que le importa si nos quieren o no? —gritó Fedora, furiosa.

La mujer se encogió de hombros y desapareció tras la arboleda que rodeaba el monasterio.

Seguíamos avanzando hacia la escuela por el camino que cruza el bosque cuando Fedora me dijo:

—¿Qué piensas de lo que nos ha dicho esa condenada?

—Pienso que el hecho de que sea una campesina no quiere decir que sea estúpida. Nos ha calado a primera vista. Eso se llama agudeza, digo, y me quedo corta, porque en realidad eso se llama clarividencia.

—Clarividencia para el mal.

—¿Por qué lo dices?

—Porque todas las personas que hemos conocido hasta ahora en esta isla maldita intentan volvernó locas. No sé si te has percatado de que todas acaban huyendo de nosotras y dejándonos la cabeza llena de incógnitas.

—No nos alteremos más de lo conveniente y pensemos en la naturaleza del lugar. Estamos en una isla, y los isleños suelen ser algo taimados y con un sentido muy acusado de la propiedad. Ahora nos están probando, pero no tardarán en abrirse a nosotras como esas flores acuáticas que crecen en el remanso que hay junto al acantilado.

—Dios te oiga.

Estábamos llegando a la pradera cuando vimos a Bundy degollando una foca. Esta vez nos acercamos a él y yo le dije:

—¿No sabes hacer otra cosa que matar animales?

Bundy se quedó inmóvil con el cuchillo en el aire. Probablemente le dejaba lleno de estupor el hecho de que dos señoritas de ciudad le dirigieran la palabra. Su rostro, más bien pálido, adquirió un tono rojizo y le temblaron ligeramente las manos.

—¿Qué hay de malo en matá focas? —dijo en un lenguaje ligeramente deformado—. ¿De qué nos vamos a alimentá mi madre y yo? ¿De qué?

—¿Coméis focas? —preguntó Fedora.

—No, pero su grasa e buena pa lubricar las máquinas de la labranza.

—¿De modo que ese bellissimo animal que era feliz en el lago se va a convertir en lubricante?

Bundy volvió a paralizarse y tardó en contestar:

—Pue sí —farfulló finalmente, y nos lanzó una mirada exenta de maldad—. Pero no voy a hacé lo mismo con vosotras —añadió, antes de estallar en carcajadas secundadas por las de su madre, que acababa de aparecer.

Fue entonces cuando vimos llegar a un hombre vestido de soldado raso. Avanzaba tambaleándose ligeramente y le faltaba un brazo. La madre de Bundy lo miró sobresaltada y gritó:

—Pero, hijo, ¿qué te han hecho?

El soldado y la mujer se abrazaron efusivamente mientras Bundy los miraba perplejo. Entre sollozos, el soldado manco empezó a decir:

—Me fui a la guerra con dos brazos y llego con uno; me fui con un alma y llego sin ninguna; me fui con ilusión y llego desmoronado; me fui con la mente sana y llego loco.

Sus sollozos aumentaron en intensidad, y la mujer y Bundy también se

echaron a llorar. Era terrible escuchar los gemidos de los tres. Se nos partía el alma y nos olvidamos de la foca y de las palabras de Bundy. Todo eso dejó de tener importancia ante lo que acabábamos de escuchar. De pronto, mi amiga y yo los secundamos con nuestro llanto. Parecíamos un concilio de desdichados bajo la luz cada vez más plomiza de la mañana.

20

16-7-1916

Empiezo a creer que Palastnovo es el palacio del voyerismo. Empiezo a creer que el hombre-sombra me espía todo el rato, cuando bailo en el teatro, cuando me baño, cuando duermo, cuando sueño.

Sospecho que me contempla tras los falsos espejos del salón de baile y tras las mirillas camufladas en las paredes de las alcobas mientras duermo.

Sospecho que me observa cuando me escondo de él.

Valaam está llena de ojos.

Dios nos mira con su único ojo de cíclope cósmico, los querubines nos miran con los sesenta ojos de sus seis alas, los árboles nos miran con sus múltiples ojos, uno por cada rama, y nos mira la noche con sus miríadas y miríadas de ojos, desde los más próximos a los más remotos, brillando con su luz parpadeante al fondo de las más remotas galaxias.

También nos mira el diablo, con sus ojos lascivos y su mirada torcida que todo lo confunden, y el lago, que es un ojo azul y líquido, y el gran ojo rojo de la luna, y los ojos de todos los mirones de la isla, y los ojos de los pobres diablos como Bundy.

Y yo estoy cayendo en un pozo lleno de ojos o con solo dos ojos azulados y profundos, los ojos del hombre-sombra.

Esta noche volví a acudir a él. Me esperaba tumbado en un diván, amparándose en las sombras. Solo su jacinto rojo estaba iluminado por la luz de una vela.

Con voz confusa, con voz nocturna, con voz apagada y a la vez ansiosa me ordenó que introdujese su jacinto en mi boca. Lo succioné hasta despojarlo de todo su rocío. Oh, Dios mío, si Roxana conociera mis movimientos en la

oscuridad me miraría de otra forma.

Acto seguido, el hombre-sombra empezó a acariciarme todo el cuerpo. Llevaba guantes de piel. ¿Por qué razón?, me pregunté. Sus manos palparon mi vientre y me estremecí. Luego me pidió que me tumbase de espaldas a él. Me giré, temiendo que fuese a poseerme brutalmente, pero siguió acariciándome, hasta que vi junto a mi boca los ojos de una serpiente negra como las que pueblan Valaam.

Grité de terror y salté del diván. El hombre-sombra encerró la culebra en un terrario de cristal y dijo:

—Has tenido suerte y no te ha mordido. Los ángeles te protegen.

—¿De quién? ¡No hay peor serpiente que usted!

—Nada me excita más que tu odio —murmuró, antes de regresar a las caricias, que, lejos de entermecerme, me helaban el corazón.

21

Hacia mediados de julio, cuando la temperatura de la isla alcanzaba su punto más álgido, llegaban de toda Rusia más de cuatro mil visitantes, casi todos ellos nobles y burgueses, con sus hijos, sus niñeras, sus criadas, sus siervos. Los más ostentosos traían también con ellos sus automóviles recién comprados. Sus cromadas y brillantes carrocerías destacaban en la isla como atronadores animales exóticos, llenando los caminos y las calles de la aldea central de la isla de espesas polvaredas. Solían hospedarse en los dos hoteles de la isla: el hotel Transfiguración, ubicado en el recinto central del monasterio, cerca de la escalinata y la bahía, y el hotel Gran Ladoga, que se hallaba en el pueblo y que había sido edificado en 1900. Los más piadosos elegían el Transfiguración, y los que llegaban con ganas de divertirse y convertir la isla en una sucursal del casino de San Petersburgo se iban al Gran Ladoga, en cuyas amplias terrazas de estilo finisecular se organizaban bailes y veladas que duraban hasta el alba, y donde corrían el champán y el vodka con la misma fluidez que en las fiestas más animadas y ruidosas de la Perspectiva Nevski.

Algunas noches, Fedora y yo aguardábamos a que la señora Novgorov y su socio estuviesen dormidos para acudir a las fiestas del Gran Ladoga ataviadas con nuestros vestidos más veraniegos. Entre tantos juerguistas bien cargados de alcohol no era difícil deslizarse sin levantar sospechas. Todos pensaban que éramos hijas de los clientes más adinerados del hotel y agradecían nuestra presencia sin hacer preguntas inoportunas.

A primera hora de la noche, era frecuente oír hablar del amor y de la guerra a todos aquellos mundanos que nunca abandonaban la buena vida. Lamentaban, en primer lugar, las incomodidades de la contienda y el hecho de que fuera cada vez más difícil conseguir algunos productos, sobre todo si eran de origen alemán. En segundo lugar, lamentaban la ineficacia del Ejército ruso, los muertos de la primera gran batalla, que había dejado un eco sangriento en todas las almas.

Algunos burgueses pensaban que, si la Duma Imperial no hubiese sido tan estúpida y hubiese apoyado la huelga de 1914, Rusia no habría entrado en la guerra mundial, idea esta con la que no estaba de acuerdo la nobleza, que seguía defendiendo todas las decisiones del zar y que se sentía aterrada ante las hordas rojas.

Tales discusiones duraban poco, y pronto regresaban las conversaciones frívolas y los chistes crueles sobre los tiempos que nos había tocado vivir. Las camareras solían ofrecernos limonada, pero nosotras nos negábamos a consumir bebidas sin alcohol.

—*Nous voulons du champagne, s'il vous plait* —decía yo.

—*Et deux cigarettes* —añadía Fedora, imitando las maneras de las mujeres de mundo.

Entre toda aquella farándula alegre y desinhibida, había también escritores, pintores y músicos que acudían a Valaam en busca de inspiración, según decían, aunque nosotras pensábamos que el verdadero motivo de su estancia en la isla era entregarse a la *joie de vivre*, disfrutando del verano de Valaam, donde las temperaturas alcanzaban quince grados más que a orillas del Báltico. Un poeta ebrio improvisó para nosotras un poema en el que nos comparaba a vírgenes vestales que, negando la ley que regía sus vidas, habían sido condenadas al ostracismo por entregarse a hombres como él. Sentido del humor no le faltaba y nos complacía su cercanía, pero cuando una noche intentó besarnos nos deslizamos entre la gente y lo perdimos de vista. Aquella misma noche un viejo pintor intentó seducirnos y nos propuso posar desnudas para él. Tuvimos que volver a fugarnos no sin antes llamarlo viejo sátiro, atributo que, por la cara que puso, no acabó de gustarle y así nos lo indicó con su mirada dolida.

Un hombre de mundo que iba vestido de blanco y exhibía una amplia cultura se sentó junto a nosotras una noche y nos dijo que Valaam había sido uno de los lugares favoritos de Chaikovski y que en la isla había compuesto el *Himno de los querubines*. También nos dijo que a veces los monjes cantaban algunos fragmentos del himno, cuya belleza tenía la virtud de transportarte directamente al cielo. En aquellas interminables veladas, no siempre éramos conscientes de la curiosidad que despertábamos en los demás. Los hombres nos miraban con lascivia, las mujeres con envidia, y los muchachos con un deseo fulminante y alocado, que incendiaba sus ojos y los transformaba en lobos.

La orquesta del hotel solía tocar los valeses de Mijail Glinka. Los caballeros hacían cola para sacarnos a bailar a Fedora y a mí. Yo aceptaba las invitaciones de los muchachos más alegres. Fedora era la dama más solicitada, pero solo

recuerdo haberla visto bailar con un caballero atractivo, pese a que llevaba un parche negro en el ojo izquierdo.

Una noche, un joven de San Petersburgo que acababa de llegar de París se sentó ante el piano del hotel y empezó a tocar un tango. El zar Nicolás había prohibido el tango por considerarlo indecente, pero la censura del zar no llegaba, paradójicamente, a la isla que se presentaba ante el mundo como la nueva Jerusalén.

En cuanto empezaron a sonar las primeras notas, Fedora me sacó a la pista y empezamos a bailar el tango ante la mirada de asombro de todos los juerguistas. Cuando acabamos nuestra danza, dos hombres muy borrachos se arrodillaron ante nosotras, pero nadie nos rindió tanta pleitesía como un muchacho llamado Vasily, que procedía de una rica familia de Sortavala y que se enamoró de las dos a la vez. Lo veíamos a menudo cerca de nosotras, acechando, como un animal tembloroso. Sus ojos mostraban una avidez tan reconcentrada y al mismo tiempo tan inocente que no podíamos menos que conmovernos y agradecer que alguien nos contemplase como si viese en nosotras la encarnación de todas las delicias de la vida. Una madrugada, la gran cantidad de alcohol que llevaba encima lo animó a acercarse a nosotras y, mirándonos de manera apasionada, nos dijo:

—Me iría con vosotras al fin del mundo. Recorrería mares, desiertos, selvas, dimensiones de fuego y de hielo con vosotras...

Fedora y yo habíamos bebido demasiado champán y, de forma imperdonable, nos echamos a reír con carcajadas hirientes y desencajadas que lo obligaron a huir. Nos dolió su desaparición, nos dolió la ausencia de su mirada infinitamente anhelante, infinitamente devota, y nos fuimos del hotel. Camino de la escuela, una pandilla de jóvenes altaneros nos estuvo siguiendo en un automóvil amarillo y rojo que hacía un ruido tremendo. Iban tan borrachos y enloquecidos que temimos que nos violaran y anduvimos perdidas por la isla como por un sueño donde unas imágenes se diluían en otras. Nos ayudaba el vino espumoso que habíamos bebido, y que había tornado nuestras almas húmedas, y empezamos a ver grandes cascadas cayendo hacia el lago, y las aguas del Ladoga fluyendo como las de un río y ocultando en su seno bestias desconocidas, según nos parecía a nosotras. También vimos a un monje conduciendo las vacas hasta el establo y tocando una flauta; una taberna al lado del camino de la que surgía un hombre muy alto de cara congestionada y monstruosa; una culebra negra serpenteando en el camino y arrojándose a un ratón campestre que nos dijo adiós lanzando el grito agudo de la muerte; una mujer de cara lívida y ojos muy brillantes que nos miraba desde una ventana como si nos estuviera diciendo

adiós, pero un adiós definitivo, un adiós para siempre; un hombre examinando un reloj a la luz de una linterna y arrojándolo luego al suelo como si fuera un artefacto explosivo que le quemara en las manos; dos niñas que parecían gemelas y que jugaban a la oca con cucarachas en lugar de hacerlo con fichas; un caballo negro que se perdía en el bosque y que daba un jipido desolador; un monje en una ermita cantando un himno con voz desafinada, como si hubiese bebido; una mujer muy gorda agitando la cabeza como si creyese tener el cráneo lleno de avispas; una muchedumbre de murciélagos huyendo de las luces cetrinas que iluminan el camino...

El mundo se había enrarecido tanto que creíamos que nos habíamos vuelto locas. Huyendo de aquel rompecabezas de caras y de símbolos corrimos a refugiarnos a la casa de Madame.

Llamamos con crispación a su puerta. La dama se acercó desde el interior de la casa con elegante parsimonia. No abrió la puerta, sino que simplemente la empujó y murmuró:

—¿No veis que está abierta, almas sin intuición?

Le dimos la razón inclinando la cabeza y la miramos. Iba vestida con una túnica negra y sedosa que la hacía parecer aún más delgada, y nos condujo a la sala acristalada, donde seguían los cuervos. Como ya nos conocían, movieron levemente la cabeza indicando que éramos bien recibidas y se posaron sobre los respaldos de nuestros asientos como si quisieran custodiarnos, actitud que no dejó de inquietarnos. Madame nos dijo:

—No tengáis miedo de mis amiguitos. Están haciendo amistad con vosotras y debéis considerar un honor que os rocen el cuello con sus picos.

Madame cogió una larga pipa que reposaba sobre la mesita que se hallaba junto a su diván y dio una larga calada. Tuvimos la impresión de que estaba fumando opio.

Tras expulsar el humo denso y azul nos miró con ojos chispeantes y susurró:

—Los veranos en Valaam son un infierno, queridas mías. Se va la sensación de paz que reina en otoño y en invierno, se van los ángeles que inspiraron a Chaikovski, se va Dios... La vida se torna para mí tan ingrata y hostil que si no fuera por el opio mataría a más de un visitante.

Asentimos con la cabeza y la miramos en silencio, hasta que Fedora se atrevió a comentar:

—La otra vez proyectó ante nosotras muchas imágenes de nuestra vida. Algunas ya las habíamos olvidado...

Madame observó a mi amiga con ojo clínico y musitó:

—Ya ni recuerdo lo que dije. Fue un momento de inspiración, pero las visiones hijas de la inspiración se esfuman como viento en el seno del viento...

—Habló de páginas de nuestra vida que ya habían sido escritas. Algunas las reconocimos... En cambio, no nos habló mucho de las que aún no están escritas... —repliqué.

—Leer las páginas del futuro es más difícil, querida mía, que leer las del pasado. Las páginas del pasado las leo bien. Son como hojas de un libro recién estrenado. Por el contrario, las del futuro parecen las de un libro muy viejo, a punto de deshacerse. En el tiempo mágico todo ocurre al revés... No teníais que haber venido a este lugar... Palastnovo es una caja china de interiores cada vez más negros...

—¿Lo dice porque lo sabe o porque lo adivina?

—Lo digo porque lo presiento, lo siento y lo veo.

—¿Cree que tendríamos que irnos de Palastnovo?

—No lo sé, querida. No solo Palastnovo es una caja china. Sé que venís de lugares igualmente inquietantes...

Se calló un instante, miró a Fedora y añadió:

—Detecto en ti una angustia cuya razón se me escapa...

—Me está usted asustando.

—Solo debemos asustarnos de nuestros propios demonios.

Fedora se quedó rígida, a punto de echarse a llorar. Sin perder la compostura, Madame volvió a aspirar el humo tranquilizador, me miró y me dijo:

—A ti te acompañan a veces dos almas. Una es la de tu abuelo, que me acaba de susurrar que tuvo un cementerio de pianos, y la otra es la de la nodriza que te crio y que acabó arrojándose al Neva cuando tu padre la dejó embarazada. Pones cara de no creerme...

—Pongo cara de estupor —la corregí—, pongo cara de aceptar que usted dice la verdad. A menudo he tenido la impresión de que las almas de mi abuelo y mi nodriza estaban conmigo.

Madame asintió con la cabeza, volvió a inhalar el humo de la tranquilidad, elevó la mirada hacia el techo y añadió:

—Lo están. Algunos muertos no nos abandonan nunca y saldrán a recibirnos cuando crucemos la última puerta.

Mi amiga y yo nos echamos a llorar. Y era un llanto doloroso y al mismo tiempo gozoso, un llanto que necesitábamos soltar tras toda la tensión

acumulada.

—Llorad con ganas, benditas mías —dijo Madame—, que a veces el llanto es un regalo de Dios y libera el alma de tanta desdicha.

Seguíamos con nuestra llantina cuando Madame adelantó la mano y, como si estuviese percibiendo vibraciones en el aire que solo ella podía captar, musitó:

—Atended, queridas. Alguien nos acaba de abandonar.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté.

—Que alguien acaba de morir no muy lejos de aquí.

Volvimos a sumirnos en el estupor. Se estaba haciendo muy tarde y Madame nos acompañó hasta el camino que conducía a la escuela. En una encrucijada en la que se alzaba una cruz, Madame se despidió de nosotras con un fuerte abrazo y calurosas palabras. Nos dijo que siempre íbamos a ser bienvenidas en su casa y nos deseó felices sueños.

Al día siguiente encontraron al muchacho que tanto nos había deseado en el flanco del lago donde crecían las flores acuáticas. Decían que se había caído borracho desde lo alto del acantilado y que se había ahogado porque no sabía nadar. Lo hallaron flotando entre las flores húmedas, como la Ofelia del cuadro de John Everett Millais que tanto nos gustaba.

Al atardecer de aquel día vimos cómo transportaban su féretro al barco que lo conduciría a Sortavala. Junto a los padres del difunto, descubrimos a Mishkin, un sargento de la Policía del zar al que ya habíamos visto alguna vez en las fiestas del Gran Ladoga. Se trataba de un hombre de mirada tétrica que frecuentaba la isla sobre todo en verano, para vigilar a los visitantes y escuchar sus conversaciones. Todos decían que no convenía cruzarse con él porque era experto en hallar delitos donde no los había y que antes de entrar en la Policía había sido un sicario de los servicios secretos.

De regreso a la escuela, nos sentíamos dos almas perdidas y culpables. Fue entonces cuando volvimos a encontrarnos en el camino con el alquimista, que nos dirigió una mirada severa antes de murmurar:

—Veo sombras en vuestros ojos.

—¿Por qué es usted siempre tan cruel con nosotras? —grité.

—Te equivocas, muchacha. La crueldad tiene poco que ver con lo que acabo de decir. La verdad nunca es cruel; solo la mentira lo es, porque nos lleva por falsos caminos. ¿Nadie te ha dicho que toda mentira huele a muerte?

—¿Y la verdad a qué huele?

—A misericordia. Solo los misericordiosos nunca renuncian a ella.

Fedora, que miraba a Tishina con más cordialidad que yo, le dijo:

—Estamos muy confusas, señor. Un muchacho acaba de ahogarse en el Ladoga.

—Lo sé, y ni ha sido el primero ni será el último. Todos los años se ahoga alguno de esos visitantes que se emborrachan en el hotel mientras los soldados pasan hambre en el frente y mueren estúpidamente por el zar. Estáis confusas porque frecuentáis un mundo de confusión. Os aconsejo permanecer más pegadas a vuestro propio ser, os aconsejo la limpieza de corazón y no hacer demasiado caso a los demás, ni a los jóvenes que os adulan en el hotel, ni a vuestros profesores, ni siquiera a los monjes que llevan una vida de mortificación... Venid a verme algún día.

Le prometimos que así lo haríamos y aquella noche, mientras contemplábamos el cielo desde la terraza de la escuela, tuvimos la fulminante certeza de que estábamos diciendo adiós al verano. Entonces decidimos no acostarnos y bajamos a la bodega para seguir bebiendo.

Llenas de una euforia tan artificial como deseada, nos pusimos a bailar entre toneles y botellas, a lo largo de un resbaladizo pasillo tan solo iluminado por dos velas que acabábamos de encender. Fue la danza más prodigiosa que recuerdo y que nunca olvidaré, la danza de las noches blancas.

Nuestros cuerpos y nuestras sombras bailaban rabiosamente, conformando una coreografía que para sí hubiesen querido nuestros antiguos maestros de la Escuela Imperial.

Bailábamos para festejar la vida y para festejar la muerte, improvisando movimientos que creíamos parecidos a los que inventaba nuestra admirada Isadora Duncan, hasta que caímos rendidas sobre un lecho de paja. Sin que mediaran palabras ni mediaran temores, nuestros labios convergieron, y nos entregamos la una a la otra como dos amantes que llevaran mucho tiempo sin verse.

Aquella noche gloriosa supe que la vida es el fuego contagioso de una boca amada, y que ese fuego que va y viene, como va y viene el deseo, es lo único que hace vivible la vida.

22

29-8-1916

Roxana nunca sabrá que la incitaba a asistir a las fiestas del Gran Ladoga porque quería descubrir al hombre-sombra fuera de Palastново. Pensaba que el hombre-sombra se hallaba espiándonos entre los clientes del hotel. A veces imaginaba que el hombre-sombra era el zar en persona. También imaginaba que el hombre-sombra era el mismísimo Rasputín, que acudía disfrazado a la isla sagrada para pecar y purgar sus pecados. Otras veces creía que el hombre-sombra era Yuri, el novicio pelirrojo que nos espiaba de vez en cuando, oculto entre los árboles y las campanas. También creía que el hombre-sombra era el militar tuerto, que llevaba un parche negro sobre su ojo muerto, y con el que bailé más de una vez. La guerra lo había convertido en un cínico y una noche le oí decir:

—El Ejército ruso, cuando no tiene guerras, ataca al pueblo. Es como una especie de entrenamiento, para estar en forma. ¡Si existe un infierno es casi seguro que, como la tierra, es un patrimonio total de la nobleza!

Los padres de Roxana eran burgueses. En cambio, mi madre pertenecía a esa aristocracia empobrecida, por lo que se había visto obligada a desposarse con un burgués adinerado.

Parecía que el militar tuerto desease que algún desconocido le retase a un duelo. Dos caballeros le escuchaban ofendidos. Uno de ellos exclamó:

—¡No hable así del Ejército de la santa Rusia!

—Lo que ustedes llaman la santa Rusia no es la Gran Ramera que se sienta sobre las grandes aguas; solo es una puta de baja estofa.

—No exagere, camarada —le comentó otro militar que también estaba ebrio, para restar importancia a su retador discurso con un poco de humor—. Moscú es una prostituta provinciana, pero San Petersburgo es una meretriz de lujo.

¿Y yo qué soy?, me pregunté llena de horror. La única noche santa de este verano, la única noche que me redime, fue la que pasé en la bodega con Roxana. Todas las demás han sido como capítulos de una novela cada vez más obscena, que ha empezado a adquirir una dimensión que me confunde y me aterra. Lo peor empezó la noche que sucedió a mi fiesta con Roxana en la bodega. Guiada por una sed que me avergüenza, descendí una vez más a las catacumbas de Palastново para entregarme al innombrable. En cuanto me vio, se arrojó a mí, me tapó la boca con sus manos enguantadas y me violó brutalmente.

Todo sucedió tan deprisa y fue tan violento que al principio no quería creer lo que me estaba haciendo y pensé que se trataba de un nuevo juego, hasta que hundió su miembro en mí, me desvirgó y la sangre brotó de mis entrañas empapándome las piernas. Mientras se agitaba sobre mí gritaba:

—Anoche vi cómo fornicabas con tu amiga. Eres una viciosa, ¿lo sabías?

Esas fueron sus únicas palabras mientras me destrozaba por dentro. Me desvirgaron sin besos, sin caricias, como un perro desvirga a una perra, y cuando vi mi vestido ensangrentado grité:

—¡Nunca más volveré a esta mazmorra!

—En ese caso tu amiga vendrá en tu lugar.

—No meta usted a mi amiga en esto, se lo ruego.

—Claro que la meteré, y te juro que como no vuelvas la degollaré. Os degollaré a las dos; no te quepa la menor duda.

Salí de allí gimiendo y sabiendo que me hallaba en un infierno del que me iba a resultar muy difícil escapar.

23

Primero se incorporó buena parte del servicio que, o había estado ausente, o había sido prácticamente invisible.

De repente vimos un regimiento de criados, jardineros, cocineras y camareras procedentes de Sortavala, Salmi, Priozersk y otras ciudades ribereñas, que cocinaban, limpiaban y trajinaban, todos envueltos en un polvoriento y agitado frenesí, a fin de que todo estuviese en orden antes de que llegasen las alumnas. Más tarde, apareció todo el profesorado que había navegado en el barco de la institución. Ese día, fuimos convocadas para almorzar en el comedor principal, junto a los profesores y profesoras recién llegados.

Yo le anudé el corsé a Fedora y ella me anudó el mío, nos recogimos los cabellos con un moño y nos pusimos nuestros mejores trajes. Mientras lo hacíamos me fijé en Fedora. Se la veía ausente, y su mirada perdida me asustaba. ¿Estaría pensando en nuestra noche de amor en la bodega?, me pregunté.

Ya vestidas, acudimos con pasos elegantes a la reunión. Las dos esquinas de la mesa estaban presididas una por la señora Novgorov, que además de directora era profesora de educación y mundología, y la otra por el señor Zelenko. La señora Novgorov tuvo a bien presentarnos a los profesores. A su derecha estaba sentado el caballero Alexéi, que era el encargado de lenguas muertas y que ejercía como subdirector de la institución. Junto a él se encontraba Madame Nini, la profesora de francés, que era una dama parisina que lucía un moño escultórico; el profesor Anatoli, un caballero de pelo largo y negro, encargado de las clases de pintura y dibujo; la señorita Olenska, una dama de pelo blanco y mirada perdida, que había participado en varias expediciones arqueológicas y que era profesora de geografía, y Fédir Kaminski, que era un hombre de unos treinta años, rubio y de aspecto agradable, encargado de las clases de gramática y literatura.

A la derecha del señor Zelenko, estaba sentada Klara Zozel, profesora de

moda y maquillaje; Petronius, un atractivo caballero de ojos grises que daba clases de música; Ginebra, una dama exquisita y afectada que enseñaba inglés; el viejo señor Igor, profesor de geometría y matemáticas, que lucía un monóculo y continuamente consultaba su reloj de bolsillo, y Larisa, una delicada mujer de ojos verdes y cabellos rubios que daba clases de *ballet* y que fue la única que nos miró con amable naturalidad.

—La señorita Larisa será vuestra tutora —dijo la señora Novgorov, que nos invitó a sentarnos con un leve ademán.

La conversación fue tan formal y tediosa como previsible. Después de la excitante noche en la bodega, todos los seres de la creación me parecían simples y vulgares. La señora Novgorov nos dio permiso para levantarnos de la mesa, y paseamos hasta el bosque para despedirnos del verano, y de nuestra danza de las noches blancas.

—¿Qué te han parecido nuestros maestros? —le pregunté a Fedora, que se hallaba contemplando una seta venenosa que crecía al amparo de los helechos.

—Almas perdidas como nosotras —fue su respuesta.

Como Fedora seguía ausente, empecé a preocuparme, pero no dije nada y no hablamos más aquella tarde. Permanecimos largas horas trazando con los dedos mensajes en un pequeño arenal junto al río y sin decir una sola palabra, como si el ardor de la noche en la bodega nos hubiese alejado y nos separasen océanos de distancia. Ninguna de las dos conseguía leer lo que escribía la otra, pues cuando intentábamos hacerlo el viento o el agua borraba las letras como si conspiraran contra nosotras, haciendo más evidente nuestra incomunicación. Desde lo alto del acantilado, Inna nos observaba con ojos taimados, como si nos estuviese reprochando que ya no le hiciéramos caso. La llamé por su nombre, con la intención de hablar con ella, pero la muchacha desapareció entre la floresta junto al reno que solía acompañarla.

Regresamos a Palastново, cenamos y nos acostamos. A medianoche nos despertaron los ruidos de los coches de caballos y el griterío de las sesenta y dos alumnas, que parecían una manada de yeguas desbocadas. Trotaban por la casa, subían y bajaban las escaleras, gritaban y relinchaban.

Al final, un grupo de dieciséis chicas abrieron la puerta de nuestra alcoba, y la cerraron de un portazo. Se comportaban como bárbaras, y sentíamos que profanaban nuestro espacio y nuestra intimidad. Aquella invasión de nuestras vidas y nuestros sueños nos pareció tan agresiva que Fedora y yo optamos por hacernos las dormidas, para retrasar el momento de enfrentarnos a la realidad.

Las muchachas estuvieron desnudándose, poniéndose los camisones y perfumándose, como si tuviesen una cita galante con un príncipe invisible, mientras se contaban las unas a las otras cómo habían pasado el verano. Las chicas repetían constantemente el nombre de Margot, que no necesitaba hablar para mandar, hasta que oímos su voz aguda y adinerada. Margot se refirió a nosotras preguntando:

—¿Y esas dos marmotas quiénes son?

Por el tono altivo de su voz parecía la líder del grupo.

—Deben de ser las nuevas —respondió una voz más neutra.

—Parecen de Petrogrado —dijo otra de las chicas con acento provinciano.

Al principio vivir solas podía resultar ingrato, pero se soportaba bien. Ahora era mucho peor, como suele suceder. Apenas pudimos conciliar el sueño, y con la llegada del día tuvimos que enfrentarnos a la nueva realidad, convertida en pesadilla.

A las siete de la mañana una sirvienta entró en los tres dormitorios colectivos e hizo sonar una campana para despertar a todas las alumnas, y ya no pudimos fingir que dormíamos. Fedora y yo nos levantamos como nuestras compañeras. Nos aseamos, nos peinamos y nos vestimos. Después bajamos a desayunar en el comedor del alumnado, que disponía de cuatro mesas grandes, donde se sentaban las sesenta y dos alumnas de los tres cursos, a las que había que añadir dos más: mi amiga y yo, que éramos tan nuevas en la institución como las alumnas que se acababan de matricular por primera vez. Fuimos la diana de todas las miradas y no pudimos probar bocado, al igual que Margot, que no dudó en quejarse:

—He perdido el apetito, y debe de ser por las estrecheces. Esta mesa está concebida para catorce comensales y no para dieciséis.

Pronto comprobamos que Margot era la muchacha más guapa del colegio. Tenía unos ojos grandes y azules como lagos transparentes. Lucía unos largos tirabuzones dorados que acariciaban su cintura de avispa y realzaban su esbelta figura, si bien su voz no la acompañaba. Suele ocurrir con algunas bellezas, que en ellas todo es perfecto menos la voz. Son como instrumentos musicales de hermosa apariencia y sonido defectuoso.

Aquel día, Fedora y yo estrenábamos el penoso uniforme escolar —un vestido azul claro con un delantal blanco que nos hacía parecer enfermeras de un hospital para desahuciados—. Todas las alumnas, desde las menores hasta las mayores, llevábamos el mismo uniforme, pero algunas se las arreglaban para

darle a la severidad un tono frívolo, como si fuesen chicas de una naturaleza diferente a las otras.

Tras desayunar, acudimos al teatro de la escuela para presenciar la inauguración solemne del curso escolar, presidida por el duque de Novo, benefactor de la institución además del hombre que había legado su palacio para albergar la escuela. El acto fue sumamente tedioso. En primer lugar, tomó la palabra la señora Novgorov para ensalzar al duque hasta extremos delirantes. Luego habló el señor Avgust, y finalmente se dirigió a los presentes el duque, que era un hombre delgado y alto, de mediana edad, con el cabello blanco y los ojos azules y penetrantes. El duque tenía voz de tenor, y abusó de toda clase de lugares comunes acerca de la bondad de la juventud, y en algún momento de su intervención se emocionó hablando de la santa Rusia, del zar, que le parecía la encarnación de Dios en la tierra, y de las mujeres santas y clarividentes que, como la zarina, hacían aún más grande y glorioso nuestro país. Las alumnas aplaudieron con entusiasmo sus palabras y algunas de ellas tuvieron la desvergüenza de llorar.

Al día siguiente asistimos a la primera clase de *ballet*. A pesar de que el baile y la música eran asignaturas importantes en Palastnovo, el nivel de las disciplinas vinculadas a la danza era muy básico. Como Fedora y yo nos temíamos, la profesora Larisa se limitaba a enseñar los pasos más elementales del *ballet* clásico, centrándose más en los bailes de salón, a fin de que sus alumnas pudiesen brillar en las veladas de la alta sociedad. De igual manera, el señor Petronius enseñaba a cantar y a tocar el piano para encandilar y entretener a los aristócratas y los burgueses. La profesora Larisa jamás hubiese podido ser una bailarina solista, ni el señor Petronius un músico virtuoso.

Fedora y yo no pudimos disimular nuestra decepción y, mientras nuestras compañeras ejecutaban sus ejercicios de barra, con monotonía y resignación, Fedora y yo comenzamos a bailar, más transportadas que nunca, un *pas de deux* de *La Bella Durmiente* de Chaikovski, como si danzásemos en el Teatro Mariinski. Era una forma de responder al insulto de Margot y de demostrar con libertad nuestra superioridad. El señor Petronius sonrió y nos acompañó tocando el piano con un brío rejuvenecido. Nuestras compañeras se detuvieron y nos contemplaron, hasta que finalizamos nuestra actuación. Todas las chicas nos aplaudieron excepto Margot y sus amigas.

—Sois las mejores bailarinas del mundo —nos dijo una muchacha de voz dulce.

Se llamaba Angélica, tenía el cabello trigueño y los ojos dolientes. Parecía

un alma bastante desdichada y fuera de lugar.

A mediodía almorzamos con apetito, gracias a los aplausos y los elogios. Por la tarde Fedora y yo compartimos el mismo pupitre. Nos aburríamos mucho en la clase de historia de la danza y la música antigua porque aquellas lecciones nos las sabíamos de memoria; las habíamos estudiado cuando éramos unas crías. Al anochecer acudimos a la biblioteca para hacer los deberes y luego cenamos en el comedor.

En parte por haber soportado la disciplina y la rivalidad de la Escuela Imperial, nos creíamos superiores y pensábamos que nos estábamos ganando la simpatía de todas nuestras compañeras —grave error; algunas chicas nos admiraban, pero muchas otras nos envidiaban por nuestra condición de exalumnas de la mejor escuela de danza del mundo y por nuestra condición de petersburguesas—. Margot se sintió destronada con nuestra llegada y dirigió hacia nosotras su odio vesánico desde el primer día. Conspiraba todo el rato, enviaba a dirección denuncias sin firmar calumniándonos sin motivo, y muy pronto empezó a liderar una guerra en nuestra contra, censurando nuestra altanería y nuestra complicidad.

Los domingos también nos levantábamos a las siete de la mañana, desayunábamos y salíamos a oír misa a la catedral. Los isleños solían vernos bajar de los coches de caballos, ataviadas con uniformes festivos y con velos blancos, y hablaban de nosotras con tanta admiración como lástima. Ignorantes de todo lo que ocurría en Palastnovo, rendían pleitesía a la directora Novgorov, y a menudo depositaban a la puerta del colegio cestas de manzanas o de castañas, que regalaban a la institución como vasallos que depositasen el fruto de sus cosechas a los pies de su señor. Al parecer era una costumbre muy antigua.

Recuerdo que llevábamos un mes de curso cuando a Fedora empezaron a colocarla en otro grupo que parecía más prestigioso. Yo, que veía a mi amiga como una imagen idealizada de mi persona, intenté averiguar qué estaba pasando exactamente. Una madrugada, me pasé a su cama cuando todas dormían y Fedora me explicó que, según había podido entender, en Palastnovo había dos formas de educar, que podía pasar desapercibida a las personas ajenas a la institución. Le pregunté a qué se refería y mi amiga respondió:

—Aún no lo he conseguido averiguar del todo. Cuando vea la situación con entera claridad no dudaré en comunicarte mis descubrimientos.

No hablamos más aquella noche. Nos lo impidieron las demás, que, capitaneadas por Margot, se arrojaron sobre nosotras, nos arrastraron hasta el lavabo, se orinaron en el suelo y nos obligaron a lamer las baldosas. Acabamos

vomitando y gimiendo en una esquina del cuarto, si bien yo parecía más abatida que mi amiga, y es que Fedora parecía como al margen de todo lo que nos sucedía, y daba la impresión de que la humillación que nos habían infligido le parecía poca cosa, como si estuviese conociendo sufrimientos mucho peores, de los que yo estaba al margen.

Esa madrugada, mientras Fedora dormía o se hacía la dormida, salí a la terraza para respirar aire puro. Ya se me había ido el sofoco y respiraba con normalidad cuando vi a Bundy bajo la luz de la luna. Era él el que aullaba como una bestia doliente; era él el que colmaba la noche con sus gritos prolongados e infinitamente tristes. Al parecer le ocurría cuando perdía los nervios y el mundo se tornaba para él confuso e insoportable. Su madre salió corriendo de la cabaña y le ordenó callar. Bundy cesó su llantina ensordecedora, como si la palabra de su madre fuese la de Dios. Al otro lado de la pradera volví a ver la sombra negra de otras veces y tuve la certeza de que se trataba una vez más del monje, que al igual que Dimitri estaba obsesionado con Fedora y conmigo. Llena de terror, volví a la cama.

En días posteriores, se acentuó la agresividad de nuestras compañeras de clase, y nuestra vida en Palastново comenzó a tornarse sumamente ingrata. La única persona que teníamos como aliada y que apreciaba nuestra forma de ser y hasta la reforzaba era Larisa, la profesora de *ballet*, que acudía con frecuencia a nosotras, nos hablaba de su vida y nos animaba a hablar de nuestro pasado. Me inquietaba que nos mirase con lástima, como si lamentase que nos hubiesen confinado en Palastново, o como si temiese los peligros que nos aguardaban en aquel lugar, y que no siempre resultaban visibles. La serenidad que Larisa mostraba ante nosotras tendía a parecernos falsa, en parte porque algunos de sus gestos, bruscos y nerviosos, delataban que su mente se consumía anhelando un amor que nunca iba a llegar. A veces, cuando hablaba de su vida, su espíritu se ausentaba de forma involuntaria, arrastrado a lugares del pasado que yo creía vinculados a un amor desdichado del que aún no se había podido distanciar.

Dos días después, acabábamos de hablar con ella cuando salimos a dar un paseo y vimos que entraban varios isleños en la casa de la madre de Bundy, de la que surgían gemidos de desesperación. Corrimos hasta la casa y preguntamos qué sucedía. La madre de Bundy, que se llamaba Alarika, nos reveló entre sollozos que su hijo, el que había regresado del frente sin un brazo, había muerto la noche anterior y que su cadáver reposaba en la salita adosada a la cocina.

—¿Cómo murió? —le pregunté.

—La policía dice que se cayó de espaldas en la taberna y se desnucó, pero

todos saben que no es cierto. Lo asesinó el sargento Mishkin, que estaba borracho y que no soportaba que mi hijo clamase contra el Ejército y el zar. Hay testigos, aunque no sirven para nada, hijas, para nada. El sargento Mishkin lo golpeó primero con una botella en la sien y luego le estrelló una silla de roble en la nuca. Juro por el santísimo Cristo que no descansaré hasta que ese malnacido pague con su vida lo que le ha hecho a mi hijo.

Apenas lo había dicho cuando Bundy comenzó a gritar. No era el mismo lamento que el de las otras noches; era más profundo y parecía expresar un dolor sin fondo.

24

28-10-1916

El día 25 cumplí dieciséis años, por fin. Al despertar y abrir los ojos vi el anillo de Roxana sobre mi almohada, que perteneció a su abuela.

Siempre me pareció una señal de mal augurio que Roxana tuviese el anillo de una bailarina muerta. Pero sé que es su tesoro más preciado, y le ha agradecido su regalo con un beso.

En el internado me han sorprendido con una tarta de aniversario. He soplado las dieciséis velas y he pedido un deseo, pero no puedo escribirlo en este diario, para que se cumpla. Todas las alumnas me han felicitado, excepto Margot y sus aliadas. He perdido permiso para retirarme al dormitorio a reposar por las emociones vividas.

Mientras Roxana hablaba con Larisa en la biblioteca, he ojeado el cuaderno donde mi amiga está escribiendo algo parecido a unas memorias y he sentido lástima, la clase de lástima piadosa que nos provocan las almas inocentes, las almas que creen estar explorando mares abisales cuando en realidad solo están chapoteando en una charca.

No es que Roxana sea idiota. No lo es. Simplemente ignora que Palastnovo no es ni lo que parece, ni lo que ella cree, ni lo que imaginan los isleños menos ingenuos y suspicaces.

Anoche, mientras Roxana le daba las condolencias a la madre que acaba de perder a su hijo, yo regresé a las catacumbas.

¿Por qué? Puedo pensar que bajé porque me daban miedo sus amenazas, porque temía que el hombre-sombra acosara también a Roxana y la sumergiera en el mismo infierno que a mí.

Puedo pensarlo pero no es cierto.

Bajé porque me arrastraba una fuerza superior a mí. Bajé porque estoy llena de oscuridad, una oscuridad que solo puedo soportar con más oscuridad.

Una oscuridad que me mata.

El hombre-sombra se hallaba oculto en las sombras y se abalanzó sobre mí, y me arrojó al suelo y practicó conmigo los placeres de Sodoma. Cuando se sintió satisfecho, se apartó de mí y murmuró:

—Has estado dos noches sin venir y merecías un buen correctivo, putilla de tres kopeks.

—No pude escaparme. Estuve constantemente observada porque hemos celebrado mi decimosexto aniversario.

—Tu cumpleaños es la peor excusa. Como vuelvas a faltar una sola noche, te juro que iré directamente a por tu amiga y la violaré ante tus propios ojos. Te comportas como las mujeres vulgares y como las alumnas resabiadas del último curso, que ya tienen diecisiete años. Las mujeres deberíais vivir eternamente en vuestros deliciosos dieciséis años. Quiero que mañana luzcas esta gargantilla y vengas envuelta en una bata negra que he dejado en tu ropero, y que nada más llegar me supliques que te haga lo mismo que te he hecho hoy. Y quiero que lo hagas con voz convincente y temblando de deseo, o te condenaré a un infierno para siempre —sentenció el hombre-sombra mientras me arrojaba una gargantilla de brillantes, obscenamente lujosa.

Ya había desaparecido entre las sombras cuando me eché a llorar. Mientras me deshacía en lágrimas, recordé al muchacho que se había ahogado en el Ladoga y por primera vez en mi vida empezó a tentarme la idea del suicidio.

25

La vida en Palastново empezó a resultarnos cada día más difícil y no tardamos en darnos cuenta de que en el colegio confluía un alumnado problemático, conformado por chicas de familias no menos problemáticas. Algunas muchachas habían llevado una vida demasiado díscola, otras una vida demasiado atrabiliaria, otras una vida demasiado solitaria, al borde de la inadaptación, lo que no equivalía a decir que fuesen muchachas idiotas, pues es sabido que a menudo las inteligencias mejor dotadas fracasan ya en la adolescencia, porque se hartan de tanta mediocridad y deciden emprender un viaje de irregularidades sucesivas que a veces las conduce directamente al abismo. Sus padres pensaban que la vida de internado, basada en la disciplina castrense, podía enderezarlas, ignorando que a veces ocurría todo lo contrario, y muchas se malograban para siempre.

Fedora y yo volvimos a padecer un ostracismo parecido al que habíamos sufrido en otras circunstancias no menos penosas que las que ahora determinaban nuestra vida. Las alumnas nos marginaban y se burlaban de nosotras con crueldad y virulencia, pero nuestra relación no se estrechó, porque Fedora parecía cada vez más ajena a sí misma. Nuestra fraternidad se fue quebrando por causas que no acababa de entender y empecé a pensar que estábamos muy lejos de ser iguales para nosotras mismas y para los demás.

He de advertir, sin embargo, que el profesorado adoraba a Fedora, como ya había ocurrido en la Escuela Imperial. Era evidente que la trataban con bastante deferencia y la miraban con mayor devoción que a mí. Una tarde la señora Novgorov me lo dejó bien claro mientras afilaba la punta de un lapicero con una navaja de plata:

—Entienda una cosa, señorita Roxana: no nacemos iguales... Hay mujeres que nacen tocadas por la gracia y otras por la desgracia. Qué le vamos a hacer. Hay una cierta injusticia en la mecánica misma de la vida. En Palastново

tenemos alumnas despiertas, despejadas de mente y de cuerpo, a las que damos un trato especial. A esas las solemos seleccionar para que cultiven la diferencia. No esté tan pendiente de Fedora; sus destinos ya se han empezado a separar.

Esa tarde me mareé y me oculté bajo las sábanas. Tenía fiebre, sentía náuseas y me consumía una sensación de profunda soledad que no había sentido nunca. Y mientras yo me hundía, Fedora proseguía con su extraña carrera. Como ya había ocurrido en la Escuela Imperial, los profesores se empeñaban en convertirla en la dama perfecta. La miraban como a una mujer especial, destinada a romper todas las barreras, como si quisieran dotarla de todos los dones y donaires necesarios para que fuera la mujer más deseable de la tierra.

Ella lo sabía y empezó a trastornarse. ¿O se estaba trastornando por razones que yo ignoraba? Al verla tan admirada y al mismo tiempo tan confundida pensé que en el fondo Fedora no valía para asumir demasiadas responsabilidades. Era un espíritu cómodo y acogedor, con una conciencia de los límites muy difusa. Si la sometían a un control excesivo, podía empezar a fallar y a desbaratar todas las ilusiones de sus maestros.

26

13-12-1916

La belleza no es un valor, no es una muralla, no es un escudo protector. La belleza es el blanco donde todos desean clavar su flecha más envenenada y más mortal, y sobre todo él, el hombre-sombra.

A través del cuerpo se puede provocar el desmoronamiento mental. El hombre-sombra es un destructor de almas. Viéndolo actuar empiezo a comprender el verdadero sistema de Palastnovo, la corriente negra que circula por debajo de las faldas, las apariencias, las conveniencias, las risas y las lágrimas.

¿Y si a otras compañeras de clase les estuviese ocurriendo lo mismo, y yo fuese tan solo una más de su tenebroso burdel?

Algunas noches me ordena que no acuda a las catacumbas. ¿Por qué? ¿Acaso alguna otra ocupa esas noches mi lugar? Roxana no, desde luego. Roxana aún lleva en la cara el sello de la inocencia, y en torno a ella circula el aire envidiable de la ignorancia.

Si yo le contara las experiencias a las que he sido sometida. Y lo peor es que me ha ido apresando en una mecánica que ha ido creando en mí el hábito del sufrimiento mezclándose con el placer, y cada vez me doy más asco a mí misma.

¿Cómo soy capaz de llevar doble vida? ¿Cómo puedo estar tan partida? De día rezo para que se detenga el tiempo y no llegue la noche, mas cuando llega la noche y Roxana está dormida yo avanzo como una sonámbula por los pasillos que conducen a la oscuridad, que ya se ha convertido en mi verdadero reino.

Me estoy acostumbrando a la obscenidad continua, insistente y atrocamente repetitiva. Me estoy acostumbrando al horror, y dicen que los que se acostumbran al horror, como yo lo estoy haciendo, luego ya no quieren otra cosa.

Él mismo me lo ha dicho y empiezo a pensar que tiene razón. Pero no..., no la tiene. Un alma mínimamente íntegra nunca llega a acostumbrarse a ese hedor a muerte que empiezo a sentir en mí misma y que me obliga a pensar en la salida más abismal y más definitiva: el suicidio.

Una noche el alma se cansa de ser sumisa y surge, del fondo de su propio núcleo, lo que ya le parece la más pura rebelión del ser: desaparecer.

Llego de nuevo ante él, me obliga a beber una copa de láudano, me desnuda como a una muñeca y me cubre con una bata roja mientras me dice:

—Hazte la muerta.

Su orden resulta innecesaria. Estoy prácticamente muerta y me penetra como a una difunta. Entre las brumas del opio oigo un grito infantil de terror y abro pesadamente los ojos: nos están mirando dos niñas de unos diez años que recuerdo haber visto alguna vez en la isla. ¿Qué hacen ahí? ¿Estoy siendo víctima de una alucinación, o la realidad ha empezado a adquirir la apariencia de una pesadilla?

27

Los sábados actuábamos en el teatro de Palastново, para que cada alumna demostrase sus dones ante un público mayoritariamente masculino, que navegaba hasta Valaam para observarnos minuciosamente con sus impertinentes. El palco principal estaba reservado al duque de Novo, pero casi siempre tenía las cortinas púrpuras cerradas, exhibiendo su ausencia.

Las tres únicas ocasiones en que las discípulas tenían el honor de ver a su protector eran el día de la inauguración del curso, el de la celebración de fin de curso, y la Fiesta de las Doncellas.

Llegó el invierno con sus crespones negros cubriendo el cielo de Valaam. Llegaron las noches interminables y el hielo cubriendo el lago y, tras el hielo, la nieve. El paisaje cambió tanto que Valaam semejaba otro lugar. Las islas e islotes que conformaban el archipiélago parecían colinas sobre una vasta planicie blanca y algodonosa, ya que la nieve se amontonaba por igual en la tierra sólida y en el hielo del Ladoga. Era justamente en esa época despojada de miradas curiosas cuando se celebraba en la escuela la Fiesta de las Doncellas.

La ceremonia era doble, porque siempre se festejaba durante los últimos días de diciembre del año viejo y los primeros días de enero del año nuevo. Las alumnas de primer curso no estaban invitadas a la gala, pero todas las alumnas de segundo y tercero asistíamos a la Fiesta de las Doncellas. Ese día la señora Novgorov nos obligaba a ponernos los vestidos más bonitos, que ella supervisaba minuciosamente, y nos daba consejos para resultar agradables a la legión de jóvenes aristócratas y burgueses que llegaban de San Petersburgo, y hasta de Moscú, para conocer a las jovencitas de Palastново y bailar con ellas. También venían, junto a la alegre muchachada, algunos solterones de sonrisa adinerada que aún no habían tenido tiempo de encontrar esposa.

Toda una caterva de criadas nos ayudaban a vestirnos, nos perfumaban, nos maquillaban y nos hacían parecer mayores de lo que éramos. Tras el maquillaje y

el disfraz, llegaba la comedia, por decirlo de alguna manera. Nos colocábamos en fila en la sala de baile y recibíamos con sonrisas a los caballeros, que nos miraban con deseo, y muy especialmente a Fedora, que llevaba un vestido brillante que la hacía parecer una mujer de oro rojo.

Presidía la fiesta el duque de Novo, que llevaba un traje azul con un chaleco blanco. Su cabello abundante y prematuramente blanco le daba un aspecto serio y regio. El duque deslizó sus ojos por nosotras con elegante delicadeza, dejando fascinadas a casi todas las presentes. Él fue el encargado de pronunciar las palabras de bienvenida:

—Amigos y caballeros llegados de todas las regiones del imperio para finalizar el viejo año y comenzar el año nuevo en Palastnovo, estimadas damas que tenéis a bien recibirnos en este paraíso en el corazón del invierno, vivimos en tiempos ingratos que hacen cada vez más rara la bondad del alma, la danza de la alegría, el arte de la hospitalidad. Hagamos que por esta noche el frío se torne calor del corazón, y el espíritu del fuego venza al espíritu del frío. Conquistemos por unas horas un reino perdido, que un día fue nuestro, y, sin olvidarnos de nuestros soldados, que se batían en el frente, hagámosles un homenaje con nuestros bailes, nuestros encuentros, nuestras calurosas palabras y nuestras generosas miradas, y alcemos nuestras copas dando por iniciada la fiesta.

Enseguida empezó el baile. Fedora estaba preciosa con su traje dorado y no me extrañó que el duque la invitase a bailar. Los cuerpos giraban de forma vibrante formando geometrías que vistas desde arriba parecían caleidoscópicas y vertiginosas. A todos los invitados se los veía deseosos de entregarse al baile, y durante más de una hora el salón se convirtió en la catedral de la danza. Luego llegaron las sirvientas con copas y caviar, y volvieron a flotar conversaciones sobre la guerra en torno a nosotras. Se hablaba de millones de bajas y de que estaban reclutando a muchachos de dieciséis años y a reservistas de más de cuarenta. Algunos lamentaban que el Ejército ruso careciera de mando unificado y que estuviese dividido en camarillas rivales como en los viejos tiempos, y no entendían por qué se seguían conservando tantas divisiones de caballería, cada vez más inútiles en la guerra moderna. Otros comentaban la escasez de armamentos y que los pedidos de armas hechos a Inglaterra y a los Estados Unidos nunca llegaban.

Para rematar aquella cadena de despropósitos, un solterón de mucho porte y monóculo en el ojo derecho susurraba que el Ejército del zar estaba tan anticuado que se acababa de crear un verdadero Departamento de Artillería. Junto a él, un joven oficial de aire aristocrático aseguraba que, si bien en la

guerra había conocido la verdadera cara del mal, también había conocido la verdadera cara del bien y pensaba que Rusia ya tenía ganada la guerra, sobre todo desde la ofensiva de Brusílov en Besarabia y la de Yúdenich en Oriente, cuando derrotó a los turcos en el Cáucaso y consiguió llegar hasta el Éufrates, uno de los ríos del paraíso terrenal.

El joven oficial alzaba la copa y proclamaba que finalmente Rusia había conquistado el paraíso terrenal. Los que le rodeaban celebraron su ocurrencia, si bien uno de ellos lanzó una mordiente ironía sobre el paraíso que prometían los bolcheviques.

Las noticias más inquietantes, y que más llamaron mi atención, procedían de la ciudad del Neva y hacían referencia a la muerte de Rasputín. Por lo visto lo acababan de asesinar y recordé las profecías que sentenciaba en el Palacio de Invierno.

Todos culpaban al Gobierno y a la corte de la muerte del santón, que había cavado su propia fosa al oponerse a la guerra e intentar convencer a la familia real de la necesidad de renunciar a toda operación bélica, pero el joven oficial responsabilizaba también al servicio secreto británico, ya que Inglaterra necesitaba que siguiese abierto el frente oriental para que los alemanes y los turcos se desgastasen más.

Al caballero solterón, que había cenado alguna vez con el príncipe Félix Yusúpov, organizador principal de la conjura contra Rasputín, le preocupaban los augurios atribuidos al santón, que había vaticinado su propia muerte además de profetizar el fin de la familia real. Según el caballero del monóculo, Rasputín había dicho que cada vez que estrechaba entre sus brazos a los representantes de la familia del zar era como si abrazase cadáveres. El santón pensaba que a la aristocracia le esperaba el más negro de los eclipses, y que la noche de la nobleza iba a ser una noche sin aurora.

Los aristócratas que se hallaban en el salón recibieron con inquietud las palabras del hombre del monóculo y, creyendo que estaba por llegar lo peor, decidieron que convenía disfrutar de los placeres más sustanciales de la vida antes de que el futuro se tornase más negro todavía.

Al escucharlos, una percibía que un mundo se estaba desmoronando y comenzaba otro. Parecía necesario acostumbrarse a una nueva danza cada día, sin perder el paso y sin dejar que la máquina ciega de la vida te aplastase como a una cucaracha.

El baile había llegado a su apogeo cuando me sorprendió detectar la ausencia

de algunas de mis compañeras, entre ellas Fedora, que no volvió a aparecer hasta dos horas después.

Se acercaba el alba y la velada estaba a punto de concluir cuando me acerqué a Fedora para felicitarla por lo bien que había bailado y lo mucho que la habían requerido los caballeros más guapos de la fiesta; pero mi amiga apenas escuchó mis palabras. Me miraba con distancia y hasta con desdén. Era como si acabase de entrar en una dimensión de la que yo iba a estar ausente siempre.

28

1-1-1917

Ayer me di finalmente cuenta de la verdadera estructura interna de Palastnovo. La revelación tuvo lugar tras las campanadas de la medianoche, después de despedir al año viejo y recibir al año nuevo. Algunas alumnas fuimos conducidas hasta el último piso del colegio, donde se hallan los cuartos de la fornicación.

Cuando llegué el pasillo estaba lleno de hombres que charlaban amistosamente. Todos se movían con familiaridad, en las penumbras apenas mitigadas por dos lámparas tenues. El hombre-sombra me salió al paso con su máscara habitual y me dijo:

—No quiero que bailes con el duque de Novo ni que vuelvas a acercarte a él, aunque te lo pida. Tú eres solo mía y te debes únicamente a mí.

—Pero ¿Palastnovo es en realidad un burdel? —pregunté aterrada.

—Si lo quieres llamar así... Palastnovo no es tan diferente a la Escuela Imperial, pequeña ramera. Buena parte de la aristocracia elige a sus amantes entre las alumnas de las escuelas imperiales, mientras que la petite noblesse, los burgueses viudos y los nuevos ricos lo hacen en Palastnovo, así como los amantes de las parafilias, que se mueven en esta casa como peces en el agua. En la santa Rusia es una tradición muy antigua que todo noble que se precie posea un teatro propio y una compañía de ballet, de ópera y hasta una orquesta, como el duque de Novo, nuestro anfitrión. En el siglo XIII, el conde Nikolái Petróvich Sheremetev se casó en secreto con una de sus cantantes. Los grandes duques Constantino Nikoláievich y Nicolás Nikoláievich, tíos del zar Alejandro III, tuvieron hijos con sus amantes bailarinas. Cuando el zar Alejandro II enviudó, se casó con su amante, que ya era la madre de sus cuatro hijos ilegítimos. Los bailarines también tienen sus protectores entre la nobleza homosexual. Los

rusos apreciamos la danza por diferentes razones, como estás comprobando. Por lo demás, muchas madres rusas desean que sus hijas ingresen en la Escuela Imperial para que se casen con los nobles, y sus familias asciendan socialmente.

—Anna Pávlova es hija de una campesina y es una prima ballerina —dije.

—Anna Pávlova es una verdadera artista. Los primeros bailarines siempre deben ser los mejores, pero no los del corps de ballet... Cuando Roxana y tú bailabais ante la corte, los aristócratas os observaban con sus impertinentes, mientras esperaban el día de vuestra graduación para acercarse a vosotras...

—En la Escuela Imperial podía aspirar a ser prima ballerina del Teatro Mariinski, y aquí solo tu ramera —repliqué.

—Touché! —exclamó él.

Acto seguido, el hombre-sombra me condujo hasta una sala oscura como un cine. Unos veinte hombres se hallaban reunidos en aquel lugar, mirando a las alumnas que bailaban desnudas en un pequeño escenario. Una de ellas era Margot, que al verme me sonrió vagamente. Fue entonces cuando realmente comprobé que en Palastnovo algunas alumnas eran educadas para casarse y otras para ser meretrices influyentes y lujosas, como las antiguas geishas y las meretrices venecianas. ¿Yo había sido incluida desde el principio en el segundo grupo? También me di cuenta de que casi todos los hombres se conocían y hacían caso omiso de los gritos que llegaban de uno de los cuartos.

¡Y pensar que hubo un tiempo, que ahora se me antoja remotísimo, en que el hombre-sombra me parecía un seductor amable y lúdico, un verdadero sensualista! Solo ahora comprendo que, más que un asesino de almas o un devastador de cuerpos, el hombre-sombra es un devorador de tiempo. En tan solo unos meses, ha devorado mi juventud, y de pronto me siento vieja, más vieja que mi madre y más corrompida, mucho más.

En noches cuyo recuerdo me produce escalofríos, he conocido el reverso del placer y el reverso del dolor. He conocido el otro lado, un lugar en el que sopla un viento helado que te deja sin respiración.

¿Y si tras esta danza que ha llevado a cabo conmigo entre las sombras ya solo le quedase el placer de matarme?

Esta noche el hombre-sombra me ha conducido a una especie de palacio subterráneo en el que nunca habíamos estado y me ha obligado a tenderme sobre una cama, en una alcoba de tonos azulados y cristales emplomados en el techo, que desprendían una luz irreal. Ya me hallaba tendida, mirándolo sin verlo, cuando me ha ordenado darme la vuelta, pues quería ver mi espalda una

vez más. Antes de arrojarse sobre mí, ha encendido un cigarrillo y luego me ha penetrado por detrás. Estaba cabalgando sobre mí cuando ha apagado el cigarrillo en mi nuca y yo he empezado a agitarme, sacudida por el dolor y el espanto. Ha sido entonces cuando ha llegado al clímax y he notado cómo se vaciaba en mí mientras aullaba de placer... Esta noche he envejecido mil años. Quiero morir.

29

Según transcurría el invierno, Fedora se fue alejando de mí. Una noche regresé a su cama y le dije:

—Cada vez me dan más asco nuestros profesores. Son almas frustradas que proyectan en nosotras sus tristes ambiciones, sus deseos y sus delirios. Corre el rumor de que en Palastnovo han desaparecido chicas en extrañas circunstancias que no han vuelto a aparecer, ni vivas ni muertas. Dicen que una alumna se suicidó arrojándose al pozo del patio, y que otra se lanzó a las ruedas de uno de esos automóviles que conducen los veraneantes.

—¿Quién lo dice?

—Las compañeras de clase. Deberíamos huir de aquí, antes de que sea tarde.

—¿A París? —preguntó Fedora con ironía, recordando una antigua conversación.

Negué obstinadamente con la cabeza y añadí:

—Tengo un plan de fuga... El lago Ladoga ya está helado y han abierto la carretera del norte. Podemos ir en trineo hasta Sortavala, que está a solo cuarenta kilómetros. Sortavala es una gran ciudad, y desde allí podremos ir a cualquier parte, incluso podremos viajar hasta París y cumplir un viejo deseo. Allí está ahora la compañía de Sergei Diaghilev, en la que triunfan los bailarines rusos que más admiramos como Pávlova, Nijinsky, Fokine y Léonide Massine, tu pretendiente... Desde que la compañía se independizó de los Ballets Imperiales, se ha librado de la guerra gracias a sus giras mundiales por toda Europa y América. Unos bailan y otros disparan, y nosotras nacimos para bailar al ritmo de Stravinski, de Debussy, de Ravel... En París está la danza del presente y la danza del futuro. Fedora, en París está el arte ruso y el arte universal, y en París está Isadora Duncan.

Fedora me miró con tristeza y, en un tono desfalleciente que solo mucho más tarde comprendí, me dijo:

—De pronto me siento vieja, y creo que es ya demasiado tarde para llevar a cabo esa fantasía. ¿De dónde sacaremos el dinero para mantenernos durante el viaje? ¡No tenemos ni un rublo!

—La iglesia guarda muchos tesoros valiosos, antigüedades bizantinas y objetos de oro...

—Pretendes que seamos ladronas de iglesias y acabemos encerradas en una cárcel siniestra de Siberia en lugar de bailar en los teatros del mundo. ¡Qué gloria!

—¡Pretendo que seamos dueñas de nuestro destino y nuestros deseos!

—Nadie es dueño de su destino ni de sus deseos.

—¡Yo sí!

Fedora se echó a reír amargamente, me miró con un escepticismo que me parecía nuevo en ella y murmuró:

—Eres una ingenua.

—¿Así me ves? Creo que te estás alejando de mí.

—No es por mí... Me está abrasando la misma luna que abrasa a mi madre...

—dijo con una voz enrarecida, como si hablase desde el sueño.

—¿Qué quieres decir?

No contestó. En ese momento escuché los pasos de una de las guardianas, regresé a mi cama y me sumí en un sueño difuso y presidido por la angustia. Dos horas después me desperté y descubrí que mi amiga no se hallaba en su cama. No tardó en aparecer con cara de tristeza y el aire de haber estado llorando.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

Con una voz muy poco convincente, mi amiga contestó:

—Salí a la terraza. Necesitaba respirar el aire de la noche. Vuélvete a dormir y no sufras por mí.

Una vez más, sentí que me estaba ocultando una parte de su vida. De las delicias del amor habíamos pasado a las asperezas de la desconfianza, y empecé a sentir un dolor de una intensidad desconocida que me quemaba el alma. Esa era mi circunstancia cuando, al día siguiente, tuve que presenciar una escena grotesca que me llenó de desazón. Ocurrió tras las clases vespertinas, cuando Fedora se estaba aseando en el baño, en una situación bastante íntima que nadie tenía derecho a contemplar. Fue entonces cuando descubrí al señor Zelenko mirando por la ventana del lavabo con ojos desorbitados a mi amiga. El muy bastardo se estaba masturbando, una prueba más de que Fedora era la diana de todas las miradas masculinas de la isla, y algunas femeninas. Yo me hallaba en la

terraza, pendiente de la situación, y vi que junto a la balaustrada había un caldero de cinc casi lleno de agua de lluvia. No lo pensé demasiado y arrojé sobre el señor Zelenko el agua y acto seguido me oculté, privándole de saber quién le había sacado del embeleso empapándole el traje que acababa de estrenar.

Dos noches después, volví a meterme en la cama de Fedora y, al intentar abrazarla, me apartó con brusquedad y me dijo:

—No quiero que me toques, no quiero que me toque nadie.

—¿Te doy asco? —murmuré desconcertada.

—Hoy no tengo ganas de explicar nada. Vuelve a tu cama y déjame en paz.

Intenté dormirme, pero no podía, y noté que Fedora se levantaba y se deslizaba por el pasillo. Temerosa de que si la seguía se enfadaría aún más conmigo, aguanté en la cama más de dos horas, hasta que la desesperación me superó y me puse a buscarla por toda la escuela. Recorrí las estancias del último piso y más tarde bajé a los sótanos, donde me perdí. Además de ser un territorio laberíntico, estaba mucho más oscuro que el resto del edificio, y anduve dando vueltas un buen rato hasta que me topé con la puerta barroca, blanca y dorada que Fedora y yo habíamos visto en una de nuestras primeras exploraciones del edificio y que no pudimos abrir. En esta ocasión no quise darme por vencida. Empujé la puerta con todas mis fuerzas, hasta que me empezó a doler todo el cuerpo y caí rendida al suelo. Al final comprendí que era una puerta corredera, la empujé con violencia hacia un lado y conseguí abrirla.

De pronto me vi en medio de un espacio cuadrangular, tibiamente iluminado por la luz de la luna, que entraba por una claraboya. Al fondo de la alcoba percibí la boca de una gruta y me acerqué a ella, como quien se acerca a las fauces de una ballena. Quise entrar en la gruta pero choqué contra un muro, lo que evidenciaba que se trataba de una gruta pintada y que había caído en el engaño de un trampantojo. En el flanco derecho del arco de la cueva se veía un búho blanco igualmente pintado, con dos ojos relucientes de ámbar, que sobresalían del mural. Dejándome llevar por la intuición, presioné con los dedos los dos botones de ámbar de los ojos, lo que accionó una puerta ubicada en el centro negro de la gruta, que se abrió, permitiéndome acceder a una habitación forrada de espejos.

Me hallaba en medio de la sala, rodeada de láminas de azogue, que más que verse se adivinaban, cuando noté una corriente de aire helado y la presencia de alguien en la estancia. Solo podía ser un hombre, pues noté olor a tabaco, y el miedo se apoderó de mí. Salí corriendo de allí y cuando llegué al dormitorio

comprobé que Fedora aún no había regresado. Pensé que no tardaría en volver y, rendida por la fatiga, me precipité en el sueño como quien se precipita a un pozo negro. Cuando desperté, me alarmó comprobar que mi amiga seguía ausente. No me quedó más remedio que avisar de su desaparición a la señora Novgorov, que enseguida dio muestras de preocupación. Pasaron las horas y Fedora no regresaba. Al anoecer todo el colegio era presa de la agitación, y la dirección se dispuso a organizar la primera batida.



EL SILBIDO DE LA SOLEDAD

30

Los días que sucedieron a la desaparición de Fedora persisten en mi mente como las secuencias de una pesadilla envolvente que adopta la estructura de una espiral. Primero veo las arboledas de Valaam, azotadas por el viento que llega desde los Urales, a muchos kilómetros de distancia. Los abedules se agitan ocultando secretos que el viento proclama, si bien en un lenguaje indescifrable cuyos arcanos mi conciencia no puede desvelar. Esos bosques en los que mi amiga y yo fuimos tan felices conforman el círculo más abierto de la espiral. Dentro de él veo el colegio, su fisonomía ostentosa y carcelaria, y las almas que trajinan en sus aulas, en sus cuartos, en sus alcobas más elevadas, que parecen diseñadas para los placeres de la carne, y veo también las figuras, a la vez claras y borrosas, de los hombres que más perseguían a Fedora y más la deseaban. Aún se puede hablar de un círculo más cuyo trazado va a perderse a la oscuridad y la atraviesa hasta llegar al lugar de lo innombrable —el conformado por las almas de esas personas, por sus anhelos, por sus fantasías, por sus miedos, por sus lances difíciles de controlar, por sus infiernos interiores en los que arde un fuego sin luz que nunca se consume—.

Lejos de las batidas que enseguida se empezaron a organizar, intenté hallar por mí misma a Fedora. Me dirigí primero a la morada de los espejos, donde creía haber detectado la presencia de un hombre que olía a tabaco. Pero ¿y si en lugar de un hombre era mi amiga que acababa de fumar un cigarrillo?, me pregunté mientras bajaba las escaleras que conducían a los subsuelos de la escuela. Pulsé los ojos del búho del trampantojo en forma de cueva y me vi de nuevo en la sala de los espejos. Me extrañó ver ahora, en mitad de la estancia, una cama de caoba, no demasiado amplia pero suficiente para dos personas, y pensé que podían haberla utilizado la noche del baile alguna de las parejas que desaparecieron en medio de la velada. No encontré allí a Fedora, y tampoco detecté el olor del perfume francés que solía usar. En cambio, sí noté fragancias

que me atraían y me repugnaban al mismo tiempo, y que quizá habían permanecido, desde la noche del baile, en el aire embalsamado de aquel cuarto que bien podía haberse llamado el dormitorio de Narciso.

Me senté en la cama y miré la lámpara de araña que pendía de un techo acristalado. En un instante breve como un fogonazo, creí ver a Fedora tendida en aquella misma cama, o, mejor, creía verla suspendida más allá del cristal del techo, más allá de la frontera que separaba la realidad del reflejo, y pensé que me hallaba en un espacio que favorecía las alucinaciones, por no decir que las provocaba.

Harta de mí misma y de mis fantasías, seguí buscando a Fedora por los jardines y alrededores de la finca, y me topé varias veces con la señora Novgorov. Su cara expresaba una culpabilidad que era incapaz de disimular, como si temiera que mi amiga se hubiese suicidado porque no soportaba tanta presión. No era la primera vez que sucedía, como murmuraban las chicas. También Larisa, la profesora de *ballet*, tenía el rostro desencajado, como una enamorada que ha perdido al amor de su vida.

Yo observaba a los profesores en silencio, y los veía más humanizados y a la vez más próximos a las bestias. Mi alma se llenaba de paradojas mientras analizaba a aquellos seres perdidos en su propia materia, ellos, que creían haber encontrado en Palastново su refugio ante las adversidades del mundo, ignorando que no es posible escapar de uno mismo mientras estamos vivos. Todos parecían estar huyendo de algo vinculado a su propio ser, a sus tinieblas, a sus miserias, a su intermitente y dolorosa combustión. Por eso nunca los abandonaba la tensión, y sus sonrisas forzadas eran solo las máscaras de un retorcimiento interior que se notaba cuando la realidad mostraba su cara más detestable.

Aquella noche me deslicé por los pasillos hasta la biblioteca y desde detrás de la puerta le oí decir a la señora Novgorov que la nueva desaparición, semejante a la que había acontecido cinco años atrás, podía poner en peligro a la institución y que sería muy conveniente llevar el asunto con discreción y no darle la más mínima publicidad. Mientras la directora de Palastново llevaba a cabo esas maniobras en las sombras a fin de que la oscuridad fuese preservada, yo me alejé y decidí examinar los círculos más abiertos de la espiral, y me adentré en el bosque cristalizado.

Nunca los árboles me parecieron seres tan monstruosos y amenazantes. El viento los agitaba con fiereza dificultando mi avance, azotándome en la cara y en el pecho, como si fueran entidades diabólicas al servicio de los poderes de la oscuridad y la muerte, empeñados en cortarme el paso para que jamás pudiera

abrazar a mi amiga. Nunca como entonces advertí que la soledad era una especie de silbido aterrador que acentuaba tu aislamiento bajo el cielo y te obligaba a huir de ti misma en la noche del miedo y la desesperación.

Pasé por los lugares por los que ella y yo habíamos pasado antes. Me detuve ante la ermita de Getsemaní y la de la Resurrección; subí el monte Tabor y recorrí las orillas del río Jordán sin conseguir dar con ella. Me hallaba en mitad del bosque cuando cayó la noche y me vi perdida entre la masa de árboles, la nieve y la niebla. Recuerdo que en mi inconsciencia pensé que si Fedora estaba muerta yo quería morir también, y me desplomé junto al río. Empecé a sentir una profunda sensación de paz mientras notaba cómo iba cayendo la nieve sobre mi cuerpo y escuchaba el trotar del río abriéndose camino entre las rocas y los árboles, que seguían entonando su lúgubre sinfonía, azotados por el viento, que silbaba transportando en su sonido todo el misterio de la noche.

La música de la naturaleza empezó a metamorfosearse gradualmente en música celeste, y creí estar escuchando el *Himno de los querubines* de Chaikovski, aquel himno que había compuesto en la isla de Valaam y en el que se concentraba con una densidad enteramente sublime la belleza de la isla y su naturaleza casi flotante, que tanto se acentúa en los días de niebla.

Entonces vi a Fedora. Juro que la vi, si bien no parecía la misma. Estaba como espiritualizada, como transmutada en una materia tan leve como etérea. Fedora me suplicaba que no me quedara allí, porque la muerte ya había empezado a poseerme sin que me diese cuenta, como les ocurría a los que mueren congelados. Intenté hacerle caso, pero no pude. La fuerza me había abandonado y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me hallaba sobre la cama de un cuarto individual, ante los ojos graves de la señora Novgorov. Con voz ahogada la directora me dijo:

—Cuando notamos tu ausencia nos temimos lo peor. A la desaparición de Fedora había que sumar también la tuya. ¿Qué iba a ser de nuestra institución? Te prohíbo tajantemente abandonar el recinto del colegio, y si lo haces te casaremos antes de lo previsto. A partir de ahora dormirás en este cuarto, lejos de tus compañeras, hasta que mejore tu salud.

La señora Novgorov me amenazó, salió de la habitación y cerró con llave la puerta.

Tres días llevaban buscando a Fedora cuando empecé a sufrir ataques de angustia, y el médico de la isla me recetó un jarabe parecido al láudano y me recomendó reposo.

Aunque mi cuerpo permanecía adormecido en la cama, mi alma estaba más despierta que nunca y recordaba mi noche con Fedora en la bodega, cuando accedí a su boca y creía sumergirme en las aguas dulceamargas de su conciencia.

De pronto, no tenía la impresión de que estuviese muerta. Imaginaba que se había introducido como polizone en uno de los barcos que atracaban en el muelle de la escalinata, y que ahora se hallaba en Sortavala con algún hombre al que yo no conocía. Mi mente se agarraba a ese hierro candente que me impedía caer en la desesperación aguda, cuyas mareas se extendían a mi alrededor acariciando continuamente los límites cada vez más difusos de mi ser.

Fue por entonces cuando empezó a intervenir la Policía para escarnio de la dirección del colegio, que, no obstante, conocía bien las flaquezas de los agentes y su enorme capacidad para aceptar sobornos. El profesor Avgust Zelenko, al que yo llamaba en secreto el gran masturbador, fue el más miserable del colegio, según supe gracias a la profesora Larisa, que me visitaba con frecuencia. Zelenko había llegado a decir a la Policía que mi amiga era una muchacha ligera y conflictiva, que ya había sido expulsada de la Escuela Imperial por conducta impropia. Sus palabras me indignaron y esperé mi oportunidad para denunciarlo. Por su parte, la señora Novgorov no se había atrevido a ir tan lejos, limitándose a insinuar que o bien Fedora había conseguido fugarse de la isla o bien podía haber sido víctima de algún depredador.

Esa clase de afirmaciones la señora Novgorov se las hacía al sargento Mishkin, al que todos en la isla atribuían la muerte del hermano de Bundy. Larisa me contó que bastaba con mirar de cerca a Mishkin para detectar que su identidad estaba invadida por diferentes personalidades. Podías ver en su mirada partida al adulador, al acosador, al torturador, al embaucador, al filibustero, al tramposo, al borracho, al jugador, al mujeriego, al necio, al astuto, al obstinado, al pordiosero, al ladrón, al cobarde, al fanfarrón, al implacable con los débiles y a veces también con los fuertes si los tenía esposados y a su merced. Larisa prefería no imaginar a todos los enemigos del zar que había aplastado en las mazmorras de San Petersburgo hasta convertir sus cuerpos y sus almas en guñapos sangrientos.

Siempre siguiendo el relato de Larisa, el sargento Mishkin le preguntó a la señora Novgorov si sospechaba de alguien, y ella, que era buena psicóloga y conocía bastante bien a los hombres, de la misma manera que se conocía a sí misma hasta en sus aspectos más viles, contestó:

—¿Pregunta usted si sospecho de alguien? Verá, sargento Mishkin, no tengo que ir muy lejos para ver figuras inquietantes. Pensemos en Bundy, al que le

gusta tanto degollar animales. Su madre es una especie de bruja que ha convertido a Bundy en una personalidad más monstruosa de lo que decretó la naturaleza, que ya es decir.

El policía pareció aprobar las palabras de la directora de Palastново, como si también él creyera que culpar a un tonto podía facilitar mucho las cosas y resolver muy pronto aquel penoso asunto en el que nadie quería mancharse, de modo que aquella noche fueron a buscar a Bundy. Como no lo hallaron en su casa, preguntaron por él a Alarika.

Sin mostrarle el más mínimo respeto al sargento Mishkin, la madre de Bundy le gritó que no sabía dónde estaba su hijo, y que bien harían en buscar al culpable en otra parte y no cargarle el muerto a personas a las que Dios les había regalado el don de la inocencia porque ni tenían maldad ni tenían inteligencia.

Según Larisa, el policía la amenazó con encarcelarla y ordenó a dos agentes que buscaran a Bundy por toda la isla.

31

Desde la ventana enrejada de mi cuarto vi cómo transportaban a Bundy en una rústica camilla hasta su casa. Deduje que lo habrían encontrado desvanecido en el bosque, como me había ocurrido a mí, pero la verdad era más siniestra y me la refirió Larisa aquella misma tarde.

Según me contó la profesora de *ballet*, habían encontrado a Bundy oculto en una cueva del bosque, y el hecho mismo de que hubiese huido lo convertía en culpable para la Policía, si bien Bundy se había escapado por puro instinto, al sospechar que era la persona ideal para que la convirtieran en cabeza de turco.

Larisa me dijo que lo llevaron atado hasta la ermita del Ahorcado, donde el sargento Mishkin había instalado su comisaría, y allí lo estuvieron interrogando toda la noche. Como Bundy se obstinaba en decir que él no sabía nada de la desaparecida, decidieron partirle las piernas para que el dolor le obligase a soltar la lengua. Ya se las habían partido cuando llegó don Vladimir, el médico de la isla, y aseguró a la Policía que, la noche de la desaparición de Fedora, Bundy se encontraba en casa de su madre, aquejado de un fuerte dolor de estómago, y que por lo tanto no podía ser el responsable de la desaparición de mi amiga. La Policía lo tuvo que soltar, y dos lugareños lo llevaron junto a su madre, que con lágrimas en los ojos prometió por segunda vez que algún día acabaría con el sargento Mishkin.

—Y los padres de Fedora ¿por qué no vienen? —pregunté a Larisa.

—Querida mía, las desgracias siempre llegan juntas. Iban a venir, pero la noche misma en que se enteraron de la desaparición de su hija bebieron demasiado y tuvieron un accidente de tráfico cuando se dirigían al muelle en su automóvil. Su madre, que iba en el asiento de la muerte, falleció en el acto, y su padre, en el hospital, por falta de los medicamentos adecuados. Ya sabes: en estos tiempos ni siquiera los ricos lo tienen tan fácil.

—¿Y mis padres? —inquirí—. Me gustaría verlos.

—Tus padres se encuentran en París, dedicándose a la buena vida.

—¿Y no se han acordado de mí?

—Me temo que no.

Me eché a llorar a lágrima viva. Lloraba por Fedora y por los padres de Fedora; lloraba por mí, por mis deseos no cumplidos. Lloraba por el mundo en guerra. Larisa me estuvo consolando hasta que se atrevió a decir:

—¿Sospechas de alguien que haya podido hacerle algo muy malo a Fedora?

—Sospecho de tres hombres —contesté.

—¿Puedo saber quiénes son?

Tragué saliva, respiré hondo y murmuré:

—El señor Avgust Zelenko, al que sorprendí masturbándose en la ventana del baño mientras miraba a Fedora. El señor Dimitri, que examinaba a Fedora con ojos aún más lascivos que los del señor Zelenko... Y finalmente sospecho también de un monje joven que nos seguía a menudo. Es pelirrojo y se llama Yuri.

Aquel mismo día, Larisa habló con el comisario y, sin decirle de dónde procedía la información, le habló de los tres hombres, que fueron interrogados al día siguiente. Como los tres tenían coartada para la noche de la desaparición de mi amiga, los soltaron enseguida. Dos días después, expulsaron a Larisa del colegio y me quedé en Valaam sola con mi desesperación y mi cabeza convertida en un incendio en el que se consumía todo mi ser y del que surgía, como una última salida a mi angustia, la tentación del suicidio.

Decidí huir. Pensaba que si no me iba de Valaam acabaría quitándome la vida, así que empecé a comportarme con cierta naturalidad para que me dejaran más libre. Llevaba dos semanas encerrada en el cuarto cuando la señora Novgorov consintió que volviera a asistir a las clases. Al día siguiente de mi liberación contacté con un comprador de pieles que venía una vez al año a Valaam con su trineo tirado por diez perros. Le dije que tenía unos familiares en Sortavala y que deseaba visitarlos antes de que comenzase el deshielo. El comerciante, que se llamaba Gabriel y que estaba a punto de salir para la ciudad que yo acababa de nombrar, decidió llevarme con él.

La vasta planicie de hielo sobre el que se amontonaba la nieve y el vasto cielo me parecieron más bellos que nunca. Por esos días, había regresado a mí la fantasía de que Fedora había huido a Sortavala. Tenía la esperanza de encontrarla allí, y con esa esperanza miraba hacia el horizonte, viéndolo como la pantalla en la que poder proyectar todos mis delirios y todos mis deseos de volver a ver a

Fedora. El comerciante era un hombre sumamente silencioso y durante todo el viaje no pronunció palabra, circunstancia que yo agradecía, pues me permitía entregarme a mis pensamientos.

Muy de mañana llegamos a Sortavala, a sus calles grises que parecían aún más grises bajo la niebla. Pasamos ante una iglesia de cúpula azul y nos detuvimos ante un almacén de pieles, donde me despedí del comerciante con un gesto. Anduve un buen rato perdida por las calles, bajo una luz ambarina que disolvía las cosas, hasta que me sentí atraída por una casa destartalada rodeada por un amplio jardín asilvestrado en el que había muchos gatos. Parecía una casa de campo del pasado, cuando la ciudad todavía no había crecido. A pesar de su malogrado estado, conservaba un aire bucólico y cierta majestuosidad de otra época. En la verja de hierro de la entrada había un cartel grande y amarillento, medio desteñido, donde alguien había escrito: «Prohibido entrar. Pozos sin cubrir en el jardín. Peligro de caída y derrumbe».

Yo también estaba en peligro de derrumbe, así que decidí entrar siguiendo la ley de la simpatía, que es la ley de la magia. Cogí un palo para hundirlo en la tierra y asegurarme de que pisaba suelo firme y me fui acercando a la casa.

Empujé la puerta, que estaba entreabierta, y atravesé un pasillo que me condujo a estancias de suelos inestables y paredes medio derruidas, donde apenas quedaba algún mueble empolvado y algunas cortinas raídas. Todas las salas estaban invadidas por las telarañas.

Llegué a un salón donde había cuatro instrumentos musicales: un clavecín, un violín, un arpa y una viola de gamba. El salón tenía grandes ventanales que daban al jardín posterior y parecía habitado. Lo dejé atrás y subí por unas escaleras chirriantes hasta llegar a una alcoba con una chimenea que cobijaba un fuego chisporroteante, junto a dos divanes en los que reposaban dos jóvenes y una muchacha que no se extrañaron de mi presencia.

—Perdonen mi osadía —dije—, pero necesitaba un refugio donde escapar del frío.

Los tres jóvenes inclinaron compasivamente la cabeza. Uno de ellos dijo:

—¿A quién tenemos el placer de conocer?

—Me llamo Roxana.

Mis anfitriones volvieron a asentir. La chica, que se imponía por su belleza y altivez, era delgada y pálida. Me recordaba a Fedora, pero tenía los ojos negros. Los dos hombres eran esbeltos, aunque de naturaleza más apagada que la muchacha. Sus trajes, pese a ser elegantes, parecían bastante descuidados. El

joven más rubio e imberbe susurró:

—Yo me llamo Alexey, y estos son mis primos Eleonora y Andrey. Te estábamos esperando.

—¿De verdad? —pregunté llena de estupor.

Una vez más asintieron con la cabeza.

—Vamos a preparar el desayuno —dijo la mujer—. Será un placer compartirlo con tu distinguida persona.

—Un verdadero placer —añadió Andrey, que parecía el mayor y el más lascivo.

Desayuné con los tres café muy cargado y pan con manteca. Luego bajé con ellos al salón y tocamos una pieza de Mozart. Alexey tocaba la viola de gamba, Andrey el violín, Eleonora el arpa y yo el clavecín.

Todo transcurría con esa normalidad absurda con la que transcurren las cosas en los sueños y me pregunté si no estaría dormida y soñando un sueño más real que la vida y mucho más benigno.

Pasamos el día envueltos en música y el humo de la pipa de opio que fumaba Andrey, y por la noche me condujeron a una enorme cama que compartían los tres y que estaba rodeada de espejos. Allí Eleonora me dijo:

—Ha sido un regalo del cielo tenerte entre nosotros. Necesitábamos a una mujer como tú para formar un verdadero cuarteto de cuerdas.

Acto seguido Eleonora se pegó a mí y comenzó a besarme en la boca mientras sus primos se ocupaban de mi espalda y me la iban desnudando con suma delicadeza. Más tarde me veía a mí misma durmiendo y soñando con Fedora, que desde el río Jordán de Valaam me decía que no era en Sortavala donde tenía que buscarla y que la estaba traicionando con mi huida. Entonces me levantaba, salía a la calle y volvía a perderme por la ciudad. En un callejón al fondo del cual se veía una taberna me salía al encuentro Dimitri, el cochero de Palastново, que me atenazaba contra una pared y me decía:

—Al fin te encuentro, maldita zorra. Me han ordenado que te degüelle y eso es lo que voy a hacer.

Fue entonces cuando me desperté y comprendí que había soñado un sueño dentro de otro y de otro más, y que seguía en Valaam, más sola que antes y más desdichada.

32

Del fondo más oscuro de mi aturdimiento empezó a surgir una fuerza que yo misma desconocía y que me obligó a incorporarme. En mi cabeza resonaban algunas de las últimas palabras que me había dicho Fedora, y que ahora adquirirían un significado tan trágico como agobiante: «Me está abrasando la misma luna que abrasa a mi madre».

Creendo que mi salud física y mental había mejorado, la directora me dejó asistir a las clases y dormir en el dormitorio común, dándome la oportunidad de escaparme por la noche en busca de Fedora y de sus recuerdos adheridos a mi alma como papel de seda.

Corría como una loca por los caminos blancos, pronunciando el nombre de mi amiga: Fedora, Fedora, Fedora... En aquellos días que tan negros se habían tornado me acercaba a los acantilados y miraba el agua como si ocultase el secreto de todos los secretos y me complacía en imaginarme junto a Fedora habitando las profundidades del Ladoga, habitando las profundidades de la muerte.

En algunos momentos creía que no solo mi boca llamaba a la desaparecida, sino que también susurraban su nombre el viento, los árboles y el agua mientras yo empezaba a girar y girar como un derviche al borde mismo del abismo.

Giraba y giraba sobre las puntas de mis pies. Deseaba marearme y caer al agua, deseaba experimentar lo que de pronto me parecía la más alta felicidad: la extinción de mi ser.

Me sentía libre como los pobres diablos que no tienen nada que perder. Gozaba de la extraña libertad de la locura, hasta que caí en la cuenta de que la locura era una tentación real, que te iba absorbiendo poco a poco, hasta que llegaba un momento en que ya no había marcha atrás. Entonces retrocedía a través de una senda interior que me volvía a colocar en mí misma, si bien de forma cada vez más vacilante.

Dicen que los vampiros se dan un susto de muerte cuando inesperadamente ven un espejo y observan que su imagen sigue sin reflejarse en la luna. Eso mismo sentía yo cuando dejé de ver la imagen de Fedora reflejada en los espejos del aula de ballet.

Las alumnas solíamos patinar por parejas en la laguna del jardín trasero, que se helaba en invierno. Fedora y yo siempre patinábamos cogidas de la mano, pero ahora yo debía patinar sola, con la única compañía de mi nostalgia, con la mirada perdida en el vacío. Las compañeras que antes nos maltrataban a Fedora y a mí se apartaban a mi paso, porque mi presencia acentuaba la ausencia de Fedora, así como la culpabilidad de Margot y sus aliadas. Mientras patinaba, pensaba en mi amiga perdida y tentaba a la suerte ejecutando saltos mortales.

A menudo recordaba mis mejores momentos junto a Fedora. Una noche, me sobrevino una especie de iluminación y me encaminé a la morada de los espejos, donde había creído detectar una presencia la noche en que desapareció Fedora. En plena madrugada me deslicé por los pasillos y las escaleras hasta el sótano con un cirio en la mano.

Me detuve ante el trampantojo en forma de cueva, pulsé los ojos ambarinos del búho y me vi de nuevo en la sala de los espejos.

Mi cirio estaba a punto de consumirse, así que hice descender la enorme lámpara estirando de la cadena que la hacía subir y bajar, luego encendí las doce velas que aún conservaba y limpié un poco sus brazos de bronce y los caireles de cristal.

Fue entonces cuando me vi rodeada por mi propia figura fantasmagórica, que se repetía en los espejos mostrándome imágenes de mi persona que me espantaban y que parecían desvelar las diferentes manifestaciones de mi intimidad. Aquel efecto especular me desesperaba. Había llegado allí creyendo que iba a encontrar a Fedora y solo me veía a mí misma.

En el interior de la sala, el ruido de mi respiración se amplificaba, como si la estancia fuese la caja de resonancias de un instrumento especialmente diseñado para trastornar el alma. Entonces pasé del miedo a la estupefacción. Me sentía en otro cuerpo, transportada a un espacio que estaba como por detrás del espacio real en el que me encontraba.

Poco a poco, dejé de ver mi figura reflejándose en los cristales y empecé a percibir su naturaleza transparente. Eran las tres de la madrugada, que es la hora del tiempo muerto, cuando se rasga el velo que separa a los vivos de los muertos, la hora de las visiones y las apariciones, y todo mi ser se preparó para un

acontecimiento que según mi intuición tenía que llegar, pero que no llegaba.

Mientras esperaba, pensé que me hallaba en un cuarto maldito donde habían acontecido en otro tiempo actos innombrables y me puse a limpiar los espejos con un pañuelo que llevaba en el bolsillo de mi vestido.

¡Qué sensaciones tan mareantes empecé a sentir al despojar de suciedad los cristales! No solo eran transparentes, sino que también parecía que tras ellos se desplegaba un mundo tan complejo y extraño como el que se desplegaba a este lado.

Y de pronto, tras uno de los espejos, creí ver a Fedora. En medio de un largo pasillo que se sucedía al otro lado del cristal, mi amiga me indicaba con su mano que me acercase a ella, lo que implicaba cruzar una frontera que estaba más allá de mi capacidad de comprensión.

Por alguna razón me fijé en el espejo central de la pared que tenía delante. A diferencia de los otros espejos, el marco dorado parecía algo más desvaído y su azogue más gastado.

Cerré los ojos y vi al fondo de mi mente a Fedora, que me aconsejaba pegar las manos al cristal. Le hice caso y abrí los ojos. Veía mi reflejo en una postura que parecía un tanto absurda, con las manos apoyadas en el cristal como si lo estuviese empujando para que cediera, pero no cedía. De pronto presioné más con la mano derecha que con la izquierda y el espejo empezó a girar como la puerta del hotel Gran Ladoga. Solo entonces percibí que se trataba de una puerta giratoria que daba vueltas sobre un eje central, y pasé al otro lado, desde donde comprobé que todos los espejos de la sala eran transparentes y que tras ellos se sucedían sillas para los mirones que en otro tiempo se complacían en ver, sin ser vistos, lo que acontecía en la sala.

Tras la primera silla, se extendía un pasillo tan lleno de espejos como la estancia que acababa de abandonar. Podía verlos porque el techo era de un cristal verdoso de naturaleza transparente que dejaba pasar la luz de la luna. Atravesé todo el pasillo y advertí que a la derecha nacía otro pasillo que a su vez conducía a otro más. Con toda evidencia, aquello era un laberinto que te obligaba a ser continuamente consciente de tu reflejo cada vez más deformado por tu propio terror.

Si ya para una persona que estuviese pasando por un momento equilibrado aquel laberinto le podía resultar muy perturbador, para una persona como yo, acosada por la angustia que provoca la desaparición de un ser amado, aquel dédalo de espejos solo podía representar el umbral de la locura y, a pesar de que

chocaba continuamente con mi cara, empecé a dudar de mi existencia.

El laberinto parecía no acabar nunca. Ni encontraba la salida ni encontraba la entrada, y daba vueltas y más vueltas por los mismos pasillos (¿o eran otros?), en cuyos espejos veía una cara que, siendo la mía, me resultaba cada vez más desconocida.

Empecé a gritar mientras corría y me estrellaba contra mi propio rostro desencajado y rojo, y gritando estuve hasta que me agoté y me dejé caer en uno de los corredores de cristal.

Estuve algún tiempo desvanecida hasta que volví en mí y empecé a oír mi nombre en voz de Fedora. Mi amiga me llamaba desde algún lugar del laberinto. ¿Estaría tan perdida como yo, o eran meras alucinaciones auditivas, producto de mi desesperación? Avancé hacia el lugar del que creía que procedía la voz, luego retrocedí, luego volví a avanzar, más tarde torcí hacia la izquierda, después hacia la derecha y finalmente encontré la puerta por la que había entrado y salí del laberinto con la cabeza ardiendo. Casi no me tenía en pie y, tambaleándome, caminé hasta mi lecho.

desperté desorientada y confundida. ¿Desde qué perspectiva debía considerar los gritos en el laberinto? ¿Debía hablar con la Policía para informar que había escuchado la voz de mi amiga? ¿Con el sargento Mishkin, que tantas desgracias había traído a la casa de Alarika y que miraba a las mujeres como pedazos de carne muerta? Y, además, ¿tan segura estaba de que no había sucumbido al delirio?

Aquella mañana me hice la enferma y no asistí a ninguna clase. Mientras mis compañeras y los profesores se hallaban en las aulas, volví a deslizarme hasta el laberinto y, conteniendo la angustia, me perdí de nuevo en aquel espacio que te obligaba a ver tu cara repetida hasta el infinito. Había llegado al tercer pasillo cuando el miedo se apoderó de mí. Como temía volver a perderme en el dédalo de cristal, retrocedí hasta la puerta. Se había acentuado en mí la sospecha de que Fedora seguía viva y salí del colegio con la intención de examinar los alrededores. Pensé que, si el laberinto cumplía con todos los requisitos de los artefactos de aquella naturaleza, debería tener, además de una entrada, una salida, y que bien podía ocurrir que la salida diera al exterior del colegio.

Guiada por mi intuición, anduve examinando el flanco de la mansión que daba al acantilado, y más tarde descendí hasta la orilla del lago y avancé entre los peñascos que acariciaban el agua. Fue allí donde encontré una cueva que se parecía mucho a la del trampantojo que precedía a la sala de los espejos. De hecho, el trampantojo semejava una copia casi perfecta de la boca de la cueva que tenía ante mis ojos. El agua penetraba en las grutas formando una especie de laguna subterránea, pero se veía a la derecha una franja de arena por la que se podía caminar y en la que creí detectar huellas masculinas. Al ir acrecentándose la oscuridad poco a poco, me vi obligada a avanzar con el cuerpo pegado a la pared húmeda de la gruta, hasta que llegué a un lugar de la caverna que tenía en el techo una abertura cubierta de cristal por la que entraba la luz. Entonces caí en

la cuenta de que aquella zona de la cueva imitaba la Gruta de Venus que Luis II de Baviera había construido en su castillo de Linderhof. En el techo abundaban las falsas estalactitas pegadas a la roca natural, seguramente elaboradas con hierro, cemento y alquitrán. Frente a mí, al otro lado de la laguna subterránea, se veía algo parecido a la escena de un teatro, enmarcada en dos estalagmitas salomónicas que surgían del agua. Pensé que se trataba de un teatrillo en el que poder representar farsas eróticas. Finalmente llegué a un lugar donde la franja de arena daba paso a un suelo de granito, formando una media luna en torno al agua. Allí me topé con una puerta de madera roja y dorada. Empujé la puerta y me vi ante una cámara cuadrada y coronada por una cúpula de cristal plumado y azul. Era como pasar de la Gruta de Venus a la Alcoba de Afrodita, pues se trataba de un espacio bastante acogedor provisto de dos divanes azules y una mesa de cristal en la que reposaba una fuente de plata llena de frutas y una bandeja de oro con una tetera y dos tazas.

¿Por qué me fijé en todos esos objetos y evadí en un primer momento la presencia de Fedora, que permanecía de pie tras la mesa de cristal, bajo la luz azulada y mortecina que llegaba desde la cúpula y que creaba una atmósfera difusa y enrarecida?

Sí, allí estaba, detenida en mitad de la estancia, y me miraba fijamente. Iba vestida como una Salomé de comedia, y se le veían los senos bajo la seda transparente. Mi corazón empezó a agitarse como una máquina loca y me creí apresada en la tela de araña de una nueva alucinación.

—Fedora —grité—, ¿eres tú realmente? ¿Eres un espejismo? ¿Qué haces aquí?

Fedora me miró al principio como si no me conociera, pero enseguida reaccionó y sus ojos se iluminaron. Como si estuviese en trance, empezó a decir:

—No hables tan alto, por favor, que no quiero que te vea conmigo el minotauro. Podría matarnos a las dos.

—¿De qué maldito minotauro estás hablando? —rugí.

Fedora se acercó a mí con expresión amenazante y escupió:

—Que no grites, he dicho.

Quise abrazar a Fedora, pero me rechazó con un gesto distante e hiriente. Como temía que mi amiga volviese a desaparecer, me excusé:

—Me es imposible contener la emoción en este momento, pero si lo deseas hablaré como una damisela de la Edad Media a la que se le ha enseñado a someterse y a endulzar la voz para que más que una mujer parezca una gatita

dócil y delicadísima...

Fedora me miró con seriedad y dijo:

—Si vivieses lo que yo estoy viviendo, dejarías de ser irónica.

—No puedo creer que sigas viva. Todos te daban por muerta.

Fedora volvió a hablar como si estuviese en trance:

—Hay vidas que se parecen mucho a la muerte, hay penas más tristes que la tristeza, hay oscuridades más negras que la oscuridad, hay estados del alma que solo pueden expresarse en voz baja, porque apenas a la misma pena y avergüenzan a la vergüenza...

—Dices cosas muy hermosas, Fedora, pero me miras como si estuvieses loca.

—Yo ya no veo la diferencia entre la locura y la cordura, como no la veo entre la vida y la muerte.

—Oh, Dios mío —gemí—, tengo que sacarte de aquí.

—Ni lo intentes. Acabaría con las dos.

—¿Quién?

Me volvió a mirar con severidad antes de responder:

—El hombre-sombra.

—Cada vez te entiendo menos —protesté y miré a mi alrededor.

Vi que en la estancia había cuatro puertas. Tres en una de las paredes, incluyendo la puerta por la que yo había entrado, y otra puerta más en la pared de enfrente. Fue desde detrás de esa última puerta de donde empezaron a llegar ruidos de pasos. Fedora me empujó bruscamente y me dijo:

—Huye de inmediato. Sal por donde has entrado si no quieres morir y ven a verme mañana a la misma hora. No le digas a nadie que me has visto. No tenemos aliados en esta isla y todos están implicados...

—¿En qué?

—Márchate ya, por favor. Estás poniendo en peligro tu vida.

—¿Adónde da la puerta de la que llegan los pasos?

—Al laberinto de cristal. Vete ya.

Fue lo último que le oí decir antes de salir por la puerta roja y dorada. Mientras avanzaba por la franja de arena me sentía dividida y llena de emociones que se contradecían y me conducían al desgarramiento interior. Me llenaba de alegría saber que Fedora siguiera viva pero, por otro lado, pensaba que mi amiga me había ocultado siempre una parte de su vida. ¿Qué estaba haciendo en

aquella alcoba asfixiante y quién la tenía retenida? ¿Por qué iba vestida de Salomé? ¿Alguien la obligaba a ejecutar danzas obscenas? ¿Por qué no huía conmigo? ¿La estaban drogando y matando su voluntad? ¿O tenía que pensar que no mentía cuando decía que alguien podía acabar con las dos? ¿Y quién era ese alguien? ¿El señor Avgust Zelenko? ¿La señora Novgorov? ¿El sargento Mishkin?

Las incógnitas y las dudas me abrumaban y me sentía llena de rabia contra Fedora, contra los hombres que la habían mirado con deseo, contra el mundo, contra la isla que se había convertido para nosotras en el peor de los avernos. Me sentía llena de ira contra Dios.

34

Era un mundo presidido por un fuego frío y sin luz. En el aire gravitaba un polvo brillante que parecía formado por escamas mínimas de peces o por quitina de alas de mariposa. Si alzaba los ojos solo veía un techo acristalado que emitía una luz irreal. En todas las paredes que me salían al paso había formas geométricas de tonos cristalinos y metálicos, pero no parecían formar parte del mismo laberinto que el día anterior. La mayoría de aquellos cuadrados, rectángulos, círculos y óvalos estaban fabricados con cobre, bronce, plata, oro y vidrio. Aunque casi todas las piezas eran planas y pulidas, algunas eran cóncavas o convexas, y otras estaban exquisitamente grabadas. Fedora me explicó:

—Estás viendo las caras ocultas de todos los espejos, estás viendo el reverso de los espejos del mundo, de todos los espejos que han existido y que existirán. Incluso puedes encontrar los espejos perdidos y los espejos rotos, pero es necesario atravesar una frontera muy peligrosa y definitiva para llegar adonde hemos llegado...

Yo la escuchaba prestándole una atención flotante. Mi amiga continuó diciendo:

—Si ahora cruzaras una de estas láminas brillantes, te verías en otros espacios y en otras épocas...

Fedora me animó a acercarme a un rombo azulado con un marco de oro y vi un río de sangre que iba a perderse en la oscuridad.

—Es toda la sangre que se está derramando en la guerra. La sangre de millones de rusos y millones de alemanes y millones de franceses... Es toda la sangre.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo, y me separé de Fedora bruscamente. Entonces la miré y le pregunté:

—¿Estamos vivas o estamos muertas?

—No sabría decirlo, Roxana. Mucha gente que cree estar viva está muerta, y

mucha gente que cree estar muerta está viva.

Empecé a marearme. Confundía mi imagen con la de Fedora, me creía habitando su cuerpo, y lo sentía como si fuera de bronce fundido y mi alma ardía en esa prisión. No lo sentía como un dolor físico; era un dolor del alma, era un dolor del espíritu de naturaleza sobrecogedora.

Fedora me animó a acercarme a otro espejo, esta vez de forma cuadrangular. No me reflejaba, sino que más bien parecía una ventana a una dimensión nevada por la que corrían dos lobas, una loba era roja y la otra era negra. Las veía recortándose en la blancura y pensaba que esas lobas éramos ella y yo. Dos lobas salvajes que tendrían que estar recorriendo las planicies no menos salvajes, lejos de la maldad humana y la maldad sin más, inmensamente libres y dichosas, cruzando las regiones más ignotas de las noches blancas.

—Tendríamos que ser como esas lobas —dije—. Tendríamos que salir de aquí.

—Esas lobas que ves son un sueño al que no podemos llegar. ¿Sabes cuál es el único espejo que podemos cruzar?

—No.

—Este —indicó señalando un círculo negro.

Fedora me arrastró con ella hacia el interior del espejo negro, que quizá no fuera un espejo sino solo un túnel de una negrura total.

Me negué a avanzar, pero Fedora cogió mi mano y susurró:

—No tengas miedo y no te sueltes de mi mano; yo te guiaré.

De pronto, sentí que atravesábamos la nada absoluta, un vacío sin luz y sin fondo. Sin embargo, me equivocaba, ya que tras mucho caminar llegamos a la salida, si bien se trataba de una salida a otras dimensiones del universo. A lo lejos se divisaban campos de estrellas.

Fedora gritó:

—¡Salta!

Y salté. Mi cuerpo taladró un espacio en el que gravitaban astros que parecían líquidos. En aquel momento desperté dando un grito de terror. Afortunadamente, me hallaba sola en el dormitorio. Mis compañeras estaban en clase y nadie me escuchó. Fue entonces cuando me di cuenta de que se acercaba la hora de mi cita con Fedora y corrí hasta la cueva, atravesé la franja de arena, llegué a la alcoba de la cúpula azul y la vi de nuevo ante mí, vestida con una falda de rayas y un corpiño bajo sus senos desnudos, como una acróbata minoica. Su cara expresaba un sufrimiento intolerable, y me arrojé a sus brazos

con el deseo de sorber toda su amargura y liberarla. Fedora musitó:

—¿Te he hablado alguna vez del hombre-sombra?

—Sí, la otra vez.

Fedora se apartó de mí y empezó a decir:

—Debajo del cajón de mi mesilla de noche encontrarás un texto, que escribí para mí y para ti, donde hablo de un deseo inconfesable, que es al mismo tiempo un miedo inconfesable... Quiero que lo leas y que después hablemos...

—¿Eso es todo lo que me tienes que decir?

—No te puedo contar más. Lo hago por tu bien. Si te dijera todo lo que me pasa nos matarían a las dos. ¿Me has entendido?

Volvimos a escuchar ruidos cerca de nosotras, pero esta vez no procedían del laberinto de espejos, sino de la cueva que conducía hasta el lago. Fedora me empujó hacia la puerta del dédalo de cristal y susurró:

—Tienes que irte ya. El minotauro regresa.

—¿Por el laberinto de cristal? Me perderé y me volveré loca.

—Confía en tu sentido de la orientación y en la suerte. Es la única puerta por la que puedes salir. Vuelve mañana preparada para huir conmigo. Coge todo el dinero que tengas porque lo necesitaremos. Intentaremos que nos lleve uno de los barcos que hace la ruta de San Petersburgo. Si me ocurre algo inesperado procuraré dejarte un mensaje en la parte inferior del diván rojo.

Los ruidos se oían cada vez más cerca y me fui.

No puedo explicar el pánico que sentí mientras recorría los pasillos acristalados en busca de la salida. De nuevo me vi ante mi propia imagen, que me salía continuamente al paso y continuamente me enfrentaba a mi propio terror. Juraría que estuve más de cinco horas perdida en el laberinto y, cuando ya me creía presa para siempre en él, vi la puerta giratoria y la luz del amanecer que entraba por una claraboya. En cuanto llegué al dormitorio, registré la mesilla de Fedora y encontré el papel del que me había hablado. Se trataba de la primera página de su diario, que Fedora había arrancado para que yo pudiera leerla como una primicia de todo lo que había escrito, y donde, entre otras cosas, decía:

El hombre cuya cara es la cara de la noche.

El hombre cuyos ojos son los ojos de la noche.

El hombre cuyas manos son las manos de la noche.

Ese hombre que podía aparecer en un portal, en una calle, en un tren nocturno, en el bosque, en una iglesia, en un colegio como Palastново, cabía suponer. Ese hombre que creaba en torno a él un círculo negro, en el que nadie

entraba impunemente, porque «su beso es el del silencio, y tras él se cierran las puertas de la noche».

El texto me indicaba varias cosas: que Fedora escribía muy bien, que tenía alma de poeta, y que se estaba sumergiendo en un mundo muy peligroso, en el que reinaba uno de los fantasmas fundamentales de las mujeres: el que hacía referencia al hijo de la oscuridad con el que cumplir los deseos más negros.

A pesar de lo cansada que estaba, aquel día no me quedé en la cama, sino que asistí a todas las clases con la intención de no levantar sospechas y de hacer creer tanto a los profesores como a la señora Novgorov que había vuelto a la normalidad. Saber que al fin iba a poder huir con Fedora me tranquilizaba mucho y me ayudaba a soportar la estupidez de todos los que me rodeaban. Aunque aparentaba prestar atención, en realidad estaba ausente, más ausente que nunca. Ya no me perturbaban las miradas de Margot y sus aliadas —las veía a muchas millas de distancia, perdidas en el lodazal de una ignorancia que acabarían pagando cara—. Por la tarde, cuando concluyeron las clases y comenzaba la hora de asueto, me dirigí a la cueva y entré en la alcoba azulada. Al no encontrar allí a Fedora, me invadió la angustia. Abrí una de las puertas laterales y vi un cuarto de paredes negras. El techo era también negro pero en cambio el suelo era un espejo, de forma que si dabas un paso y tu vestido no era demasiado largo podías ver el reflejo de tus piernas y tu *culotte*. Tras la segunda puerta vi una sala anacarada con siete orinales de cristal y la cerré de inmediato. Luego examiné el diván rojo en todos sus ángulos y no vi ningún mensaje.

Mientras esperaba, mi angustia iba subiendo, como una marea interior que amenazara con ahogar todos los poderes de mi inteligencia, y me producía un dolor tan sofocante como animal, el dolor de una loba que pasa de la vida libre en la estepa a una jaula que la desconcierta y donde no puede moverse. Porque yo me iba sintiendo cada vez más paralizada conforme iba pasando el tiempo, que, debido a mi desasosiego, se fue solidificando hasta convertirse en una sustancia tan inmóvil como mi cuerpo. No sé cuántas horas estuve esperando a Fedora, tal vez cinco o seis, hasta que ya no pude más y salí de la alcoba corriendo, y corriendo atravesé la senda de arena.

35

Al día siguiente regresé a la alcoba azul, y tampoco hallé a mi amiga ni encontré ningún mensaje en el diván rojo. Repetí las visitas cinco días más, con el mismo resultado. Me hallaba tan perdida y tan arrepentida de no haber arrastrado conmigo a Fedora la primera vez que la encontré, que creí que me iba a volver perdidamente loca.

Una tarde, paseando por el bosque para disfrutar de la época del deshielo, me encontré con Inna. Nada más verla le dije que quería hablar con su vecino, el doctor Tishina.

—Sígueme —me dijo ella.

Como Inna iba delante de mí, pude apreciar su cuerpo. Estaba más alta, pero seguía tan delgada, elástica y aniñada como cuando la vi por primera vez. Me extrañó que no tuviese frío, ya que llevaba una túnica muy liviana. Su melena enmarañada y solar le cubría la espalda y le llegaba hasta los glúteos. Al llegar al valle de las Moradas se me cayó el pañuelo de seda blanca al suelo. Antes de que yo lo hiciera, Inna lo cogió y lo miró maravillada.

—Te lo regalo —le dije.

Inna aceptó el pañuelo, me dio un abrazo y entró en la cueva del alquimista. Un instante después salió y me dijo que Tishina me esperaba. Ya me dirigía a la cueva cuando el doctor me salió al paso.

—Ay, amiga —observó—, vuelves a traer en tu cara el dibujo de la desdicha.

—Tiene usted razón —murmuré—. Mi amiga ha desaparecido. ¿Cree que está muerta?

Tishina me miró desconcertado, como si mi pregunta coincidiera con algo que él hubiera pensado y que no se atreviese a formular. Se apartó ligeramente de mí, adoptó un aire más neutro, me miró de forma amable y musitó:

—¿Y por qué voy a saber en qué situación está tu amiga? ¿Piensas que poseo

la ciencia de Dios? —preguntó.

Luego entramos en la cueva y me indicó que me sentara en un taburete de madera. Cuando me senté sacó de un cofre de latón una matrioska, me la puso en las manos y me ordenó que la mirara.

La muñeca medía aproximadamente un palmo y parecía de madera de manzano. Como la pintura era transparente, se veían las fibras de la madera.

—¿Ves su cara redonda y sonriente? Es la cara más superficial, la cara que muchas veces mostramos a los demás y que es solo una máscara. Abre la matrioska y observa lo que guarda en su interior.

La abrí y hallé otra matrioska más pequeña. Estaba hecha de cristal plateado, y su cara no sonreía, manteniendo una expresión neutra.

—La muñeca que ahora ves representa la parte más cristalina del alma. Quizá esa parte sea igual en todos, y puede emerger de nuestro interior hasta alcanzar el rostro y llenarlo de paz. Solo entonces la cara es la imagen del alma, y solo entonces puede reflejar en ella los demás rostros y ser una especie de espejo universal. Quizá fuera de esa naturaleza la cara de Jesucristo.

Sin que Tishina necesitara indicármelo, abrí la matrioska de cristal, que era más dura de lo que parecía, y hallé una tercera muñeca. Era negra, semejava de azabache, y su rostro resultaba repugnante. A pesar de su pequeñez, daba miedo mirarla. Tenía la boca abierta, mostraba sus dientes afilados, y sus ojos eran dos rubíes que le daban un aspecto ígneo y demoniaco. Tishina acercó su boca a mi oreja y susurró:

—Esta tercera muñeca representa la parte negra del alma, la más sofocante, la más interior. Algunos se quedan siempre en ella y desde ella ejecutan sus actos más visibles y sus actos más invisibles. Son como los prisioneros de la caverna de Platón, y viven en un mundo de reflejos infernales que les conducen a tinieblas cada vez más densas. De alguna manera, tu amiga y tú habíais caído presas en esa dimensión de la oscuridad, que todos llevamos dentro pero que solo algunos desarrollan.

Los ojos de Tishina eran más penetrantes que antes, como si a través de su mirada quisiera comunicarme el mismo fuego que transmitían sus palabras y que llegaban al centro de mi mente como saetas ardientes.

Llena de ansiedad, abrí la muñeca de azabache y descubrí la última matrioska, la más pequeña, que parecía de oro macizo. El alquimista me dijo:

—Acabas de llegar a la parte más irreductible y luminosa del alma, a la que se llega atravesando la oscuridad, o abriéndola como has abierto la muñeca

negra. No obstante, a esa región áurea no vas a llegar mientras sigas en Palastново, que representa la matrioska de azabache, la matriz negra donde os convierten en culebras...

—Podría irme de aquí, pero ¿sin mi amiga? No la encuentro por ninguna parte; por eso le pregunté si creía que estaba muerta.

Tishina me miró con ojos sombríos y me dijo:

—Esté muerta o no, tienes que salir de la prisión en la que estás. Lleva siempre contigo esta matrioska, que, a diferencia de otras que habrás visto por ahí, se compone de cuatro muñecas y su número es par. Siempre he creído que cuatro son las formas de la verdad.

—No puedo aceptar un regalo tan valioso.

—Claro que puedes. Es más, te ordeno que lo aceptes —dijo recomponiendo las cuatro muñecas y metiéndolas en el cofre—. Y ahora no olvides lo que te he dicho y prepara tu mente para emprender el camino. Que Dios te proteja.

Salí de la cueva casi mareada. ¡Qué extraña era la vida! De pronto, sin pedirlo, sin esperarlo, un extraño me hacía un regalo impagable. Intenté hacer memoria y pensé que ni siquiera mi abuelo me había hecho un regalo tan prodigioso.

Me extrañó no ver a Inna por ninguna parte y me dirigí a Palastново con mayor confusión mental que antes. ¿Y si Fedora no era la que yo pensaba? ¿Y si Fedora se había enamorado del Mal?

No podía quitarme de la cabeza todo lo que me había dicho Tishina, e intentaba ver a mi amiga y a mí misma como la matrioska cuatripartita que llevaba en el cofre de latón. Veía la cara amable de Fedora, la más evidente, la más superficial; luego veía otra Fedora más interior y más transparente, si bien esa transparencia había comenzado a desaparecer en los últimos tiempos.

¿Y si la Fedora más real era justamente la más oscura y la más tétrica, la que se separaba de mí, la que me hablaba de forma enigmática, la que parecía sumida en un mundo al que no me apetecía acercar los ojos?

Preferí no seguir por ahí y pensé en la Fedora dorada. ¿Esa había hecho epifanía alguna vez? Yo creía que sí, pero me tenía que remontar a los primeros tiempos de nuestra relación; en concreto, al mismo día en que nos conocimos en el cementerio de pianos de mi abuelo. Sin embargo, todo aquello quedaba tan atrás, tan infinitamente atrás, que solo pensarlo me producía vértigo.

En aquel trance me hallaba cuando me acordé de la adivina y decidí hacerle una visita. Quizá ella pudiera ayudarme a encontrar a mi amiga.

Acababa de cruzar el puente que conducía a la casa de Madame cuando decidí ocultar el cofre bajo una losa del jardín, pues no quería llevarlo conmigo durante la consulta. Hallé la puerta de la casa abierta y comencé a subir las escaleras.

36

Parecía que desde nuestra primera visita no hubiera entrado ni salido nadie de la casa de Madame; ni siquiera su dueña y única habitante. Comparado con aquella vez, ahora la situación era muy diferente. Yo estaba sola y Fedora no me acompañaba. Durante unos instantes me pareció ver a mi amiga de espaldas, subiendo las escaleras de puntillas, como en el año pasado, con su capa de raso azul, que arrastraba por el suelo, y su sedosa cabellera roja. La alucinación no me pareció un buen presagio y pensé que era su fantasma el que me iba conduciendo hasta Madame. Hallé a la espiritista sentada en un sillón negro al fondo de la estancia que daba al jardín. Las enredaderas cubrían las ventanas, y su cara brillaba en la espesura pelirroja como rodeada de un aura dorada. ¿O era yo la que la veía así?

—Buenos días, Madame —balbucí.

—Buenos días, Roxana.

Me agradó que se acordara de mi nombre y que me recibiera con la más hospitalaria de las sonrisas.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó antes de incorporarse y llenar dos vasitos de vodka que reposaban sobre una mesita de mármol negro.

—La desesperación —respondí.

Madame esbozó una sonrisa amarga y murmuró:

—Evita pronunciar esa clase de palabras, hija. Tienen un influjo desmedido sobre la conciencia y la achican. Palabras como «desesperación», como «angustia», como «tristeza», como «desazón» no deberían existir. En cuanto una las pronuncia se las cree. Tienen ese diabólico poder.

—Lo sé, pero no lo puedo evitar.

—Entonces, ¿estás desesperada de verdad?

—Sí.

—Dime qué te sucede.

—Fedora ha desaparecido.

Tras de mí, los dos cuervos se agitaron. Madame los miró con inquietud y luego me miró a mí.

—¿Sabías que tu amiga me vino a ver una vez?

—¿Sin mí?

Madame asintió.

—No lo sabía —respondí—, pero no me extraña. He acabado aceptando que Fedora tenía su propia vida.

—Y tú ¿no tienes la tuya?

—Supongo que también, pero de otra manera. ¿Puedo saber de qué hablaron en aquella ocasión?

Madame apartó levemente la mirada y contestó:

—No.

Tragué saliva con esfuerzo y me atreví a preguntarle:

—¿Por qué no?

—Porque me comunicó secretos que no puedo desvelar, secretos de una intimidad inviolable, secretos del corazón. Querida mía, hemos de asumir que todos tenemos ese tipo de secretos, que solo podemos revelar en muy contadas ocasiones, a personas de buena voluntad y muy discretas. ¿Lo entiendes o no?

—Lo entiendo —musité.

Apuré el vasito de vodka, que me sentó muy bien, pues me caldeó un poco la conciencia y me avivó el corazón. Madame me secundó apurando su vaso, y me sirvió más vodka.

Hubo un largo silencio tan solo mancillado por la agitación de los cuervos, que hasta entonces habían seguido con mucha atención nuestra conversación, como si entendieran el significado de nuestras palabras y el tono grave con que las habíamos pronunciado. Finalmente, Madame reanudó el diálogo tras apurar por segunda vez su vaso.

—Has venido a preguntarme algo, me temo.

Asentí con la cabeza.

—Sí, quiero saber si mi amiga sigue viva.

Volvió el silencio y noté como si Madame se desmoronase por dentro. Mi hiperestesia me permitía apreciar los cambios de ánimo, los flujos y reflujos que mudan la mirada sin que nos demos cuenta, y me preparé para las peores

revelaciones de mi vida. Ya fuera para bien o para mal, deseaba que Madame volviese a abrir la boca, pero se encontraba ausente, como si atendiera a vibraciones que yo no podía percibir y que llegaban hasta ella como ondas magnéticas desde algún lugar de la isla. Finalmente, Madame habló:

—He pasado una noche terrible. Apenas he dormido, y en los momentos en los que conseguía conciliar el sueño tenía pesadillas de muerte, de actos innombrables que no sabía por qué llegaban a mí y por qué se acumulaban de manera tan densa en mi mente. Ahora empiezo a entender esos sueños de niebla y de sangre. No eran premoniciones; eran las visiones confusas y deformadas de hechos que estaban ocurriendo en ese momento...

Escuché sus palabras temblando, o más bien vibrando, como si mi cuerpo se hubiese convertido en un gramófono que registrase su voz y reprodujese en él hasta el último registro de su temblor.

—No sé si entiendo lo que me está diciendo —balbucí.

—Mejor que no lo entiendas —susurró, y se volvió a callar.

Una vez más, los cuervos eran los únicos que vivificaban, con sus movimientos sobre la percha metálica en la que estaban posados, la oquedad del silencio que volvía a agrandar la casa, convirtiéndola en la vasta morada del miedo a todo y a nada. Como si se apiadara de mi ansiedad, Madame volvió a abrir la boca.

—He pasado una noche terrible —repitió—. Ha sido como beber el cáliz que Cristo bebía en Getsemaní. Y luego, durante el día, las cosas no han mejorado. El aturdimiento me dominaba, y me absorbía la melancolía y me conducía a sus médanos grises, donde ni cantan los pájaros ni brilla la vida, y todo parece muerto como los campos del último día, como las dunas del último adiós.

Por fuerza, no me quedaba más remedio que pensar que aquella lúgubre introducción no prometía nada bueno. De la angustia empecé a pasar a la crispación y me entraron ganas de gritar. Madame debió de notar mi desasosiego y dijo, ya sin reparos y con brutalidad:

—Hasta ahora no creía que Fedora corriese demasiado peligro, pero ahora no pienso lo mismo. Huelo la muerte muy cerca de ella; la siento...

Sus últimas palabras resonaron en mi cabeza como golpes en el gong de la conciencia perdida y recobrada de las cosas. Un escalofrío me paralizó, y me quedé como suspendida en el vacío de mi propio dolor. Deseaba irme de allí pero no podía. Los recuerdos de Fedora me invadieron por completo. Su ser me poseyó con más potestad que antes —ella era yo—. Sus alegrías pasadas, los

momentos que habíamos compartido en el cementerio de pianos, en la Escuela Imperial, en Palastново, en el bosque, en los acantilados, en la ermita de Getsemaní, en el río Jordán, en el monte Tabor, en el valle de las Moradas... me atravesaban de parte a parte, como las olas de un mar que me inundara la mente y el corazón.

—¿Aún está viva?

—Juraría que sí, pero no logro visualizarla.

Volví a precipitarme en mi interior, como quien se precipita en el cráter negro de un volcán. Por momentos perdía la conciencia y por momentos la volvía a recuperar, en un ir y venir de naturaleza sofocante.

Me incorporé dispuesta a buscarla. Ya no me importaba jugarle la vida. Mi deseo de encontrarla podía mucho más que mi instinto primordial de supervivencia.

—¡Espera! ¿Adónde vas?

—A buscarla.

—No lo hagas; todavía no. Si yo pudiera acompañarte..., pero hace más de un mes que casi no puedo moverme, y apenas si consigo ir hasta el lavabo. Llevo un tiempo hundida en este sillón negro. Me trae la comida uno de los monjes. Sin su ayuda ya estaría muerta.

—Lo siento en el alma, y prometo a partir de ahora cuidarla yo misma, pero ahora me tengo que ir...

—Sé que no voy a ser capaz de convencerte de lo contrario. Te suplico que seas muy prudente y que, si ves algo que te espante, acudas al abad en lugar de ir a la Policía del zar. ¿Me has oído?

Sí que la oí, justo cuando empezaba a bajar las escaleras. Me fui corriendo hasta el lago, penetré en la cueva, avancé por la senda de arena y pegué la oreja a la puerta de la alcoba azul. Creí detectar la presencia de un hombre en la alcoba. Los sonidos de los pasos que llegaban hasta mí eran de pies enfundados en botas. Luego escuché el chirrido de una puerta, seguido de silencio. Todo indicaba que el hombre había salido de la estancia por la puerta que daba al laberinto de cristal y empujé la puerta de la cueva, accediendo finalmente a la alcoba azul. Lo que allí encontré me condujo a esa clase de dolor que puede paralizar el corazón. Tendida sobre el suelo yacía Inna. Me agaché junto a ella, la toqué y comprobé que estaba muerta. Alguien la había estrangulado con el pañuelo blanco que yo le había regalado aquella mañana.

Los objetos de la alcoba empezaron a diluirse a mi alrededor y a adquirir una

apariencia flotante. La realidad se me escapaba de la mente y de las manos, me costaba respirar y me costaba vivir. Fue entonces cuando decidí abrir la única puerta que todavía no había abierto y accedí a una estancia pintada de rojo y llena de cuerdas, correas y máscaras de cuero. Aunque no había nadie allí, notaba el perfume de Fedora en la atmósfera cerrada y sofocante. Cada vez más aturdida, volví a examinar el diván y no hallé ningún mensaje de mi amiga. Luego avancé tambaleándome hasta la puerta que daba a la cueva y me fui deslizado por la franja de arena como quien se desliza por un sendero de heces entre la región de la noche y la región de la muerte.

Pasé ante el teatrillo rodeado de falsas estalactitas y falsas estalagmitas, y una rabia incontrolable empezó a apoderarse de mi mente y mi corazón.

Mientras avanzaba hacia el monasterio con la vaga idea de hablar con el abad, me angustiaba pensando en la edad de la inocencia, que para mí y para Fedora había quedado tan atrás como la edad de la vida, pues me sentía tan muerta como debía de estar muerta mi amiga. Por el camino me crucé con una niña de la edad de Inna, que me regaló una sonrisa dulce y antigua, parecida a la que yo exhibía antes de llegar a Palastново, parecida a mi sonrisa perdida y enterrada en la alcoba azul. Agradecí inmensamente aquella sonrisa que tanto contrastaba con mi tristeza y mi mirada dormida, y mi mirada muerta. Mi derrumbe interior poco tenía que ver con la alegría de la niña, y, sin embargo, por esos misterios vinculados con la alquimia de las almas y sus fluidos, su dicha y mi dolor se comunicaron y mezclaron sus energías mientras caía la nieve y se disipaba la niebla, lo que me permitió ver mejor los edificios del monasterio y la cúpula azul de la catedral donde meses atrás había leído en un icono una terrible sentencia de san Lucas en la que el evangelista prometía que «todo lo que había permanecido oculto saldría a la luz». ¿También los crímenes que se perpetraban al amparo de la noche, también las vidas que se segaban no por deseo de venganza, ni por locuras súbitas, ni por desesperación o por angustia, sino simplemente por deseo de intensificar el placer, convirtiendo la extinción del otro en una experiencia de los sentidos? Ah, el horror, el horror. ¿Cómo iba a recuperar yo, después de lo que ya sabía y de lo que había sentido, el universo ambarino del amor, sus sofocos y sus júbilos? ¿Cómo lo iba a recuperar si iba oliendo a muerte como una apestada, si ya todo en mí era muerte?, me pregunté. Me daba la impresión de que la desaparición de Fedora había aniquilado en mí todo indicio de alegría presente y futura, y me parecía que aquel día el cielo y la tierra habían asesinado mi ambición.

Hundida en una angustia desconocida, me di la vuelta y la niña me volvió a sonreír. Su gesto me pareció el testimonio de una profunda humanidad. Sin

saberlo, aquella niña me estaba regalando un diamante de un valor que ella no podía calcular y que yo no podía despreciar sepultándolo en la tierra negra de mi melancolía. Su inocencia le impedía saber que a ella también, algún día, asuntos de la vida le helarían aquella sonrisa radiante y compasiva, aquella sonrisa intachable.

La niña acababa de desaparecer tras una arboleda cuando me topé de bruces con el sargento Mishkin. Intenté escabullirme, pero el policía me agarró por las solapas del abrigo y farfulló:

—¿De dónde vienes? ¿Qué te ocurre?

Era como si el muy indigno pudiera leer mis pensamientos, o como si de pronto poseyera un mapa de mi mente. Recordaba perfectamente las palabras de Madame, su consejo de que no tenía que hablar con la Policía bajo ningún concepto, e hice esfuerzos por mantener la boca sellada. El sargento insistió:

—Sé que la desaparición de tu amiga te causa un gran dolor. ¿Y crees que a mí no? Yo lamento mucho su desaparición, quizá no tanto como tú, pero la lamento. No me gusta fracasar como estoy fracasando. Si sabes algo acerca de tu amiga me lo tienes que decir. Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para que se haga justicia, caiga quien caiga. Te lo prometo. Sería capaz de jurarlo ante el libro de Dios, ante la imagen de Cristo. Sería capaz...

—Desgraciadamente no sé nada.

—Mientes. Tus ojos me están indicando que sabes más que yo. Tienes que decirme todo lo que sepas o me veré obligado a detenerte...

—No sé nada —repetí.

El sargento me miró furioso, sacó del bolsillo de su abrigo unas esposas, me asió a él con ellas y me fue conduciendo hasta la ermita del Ahorcado, donde seguía instalada la comisaría.

Ya dentro de la ermita, el sargento liberó mi mano, me ordenó que me sentara ante él y me volvió a suplicar que le contara todo lo que sabía. Fue entonces cuando me sobrevino un desvanecimiento de la voluntad, e imperdonablemente le dije que alguien había asesinado a Inna en los subterráneos de Palastново, donde también había estado Fedora días atrás, lo que me hacía sospechar que también estaba muerta.

Tras escuchar mi revelación, el sargento me dejó en la ermita, custodiada por dos policías, y se ausentó más de dos horas. Cuando regresó, me indicó que me sentara de nuevo ante él, me miró con ojos graves e hizo un gesto extraño con la cabeza, que creí dirigido a mí pero que en realidad iba destinado a uno de los

agentes que se hallaban a mi espalda. Un instante después, noté un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, me creí en el interior de un ataúd, y la desesperación que sentía antes del desvanecimiento se multiplicó por cien. A una velocidad de vértigo, acudieron a mi memoria historias que había leído sobre personas enterradas vivas y empecé a arañar las paredes del cajón que me aprisionaba, hasta que caí en la cuenta de que me habían metido en un baúl. Por algunas ranuras de la madera se podía ver la luz, una luz mortecina que aliviaba mi angustia, pues me permitía ubicarme y saber que no me aguardaba la asfixia, al menos no de momento, ya que podía respirar perfectamente y notaba el aire frío y cortante que me llegaba a los pulmones a través de las ranuras.

Mi alivio duró poco, porque enseguida noté que el baúl oscilaba y llegué a creer que lo habían arrojado al agua y que flotaba en algún lugar del lago Ladoga. Tardé en percatarme de que íbamos en un barco. Se oían gritos de marineros no lejos del baúl, y una voz ronca dijo que estábamos llegando a Petrogrado.

Noté el momento en el que el barco atracaba en el muelle y el momento en que varios hombres cargaron con el baúl y lo depositaron en un carruaje que fue atravesando de parte a parte mi ciudad natal. Oía silbidos en las calles, oía consignas revolucionarias, oía disparos, oía el ruido del puente de hierro elevándose y los balidos de los barcos. Hasta que volví a desvanecerme.

Cuando de nuevo recobré la conciencia me vi encajonada en una celda negra en la que casi no podía moverme y hasta la que llegaban sonidos metálicos y gritos carcelarios.



OCTUBRE

38

1917

He perdido la noción del tiempo, e ignoro la fecha en la que vivo.

Me inunda una extraña paz que a veces parece la paz de la muerte y a ratos me siento flotando por encima de mi cuerpo.

El tiempo se desliza ante mis ojos como un río viscoso y ondulante, que se pierde más allá de la cúpula azul y el laberinto de cristal, que se aleja tras llevarse comarcas enteras de mi alma que se ahogan en él y me dejan más desnuda de memoria cada día.

Avanzo hacia el olvido total de mí misma.

Ya no tengo hambre. Me alimento del aire viciado de estas cámaras donde he llevado a cabo con él las prácticas sexuales más aberrantes, que ni siquiera me había atrevido a imaginar antes de experimentarlas. Nunca digas de esta agua no beberé. Nunca digas en este lago no chapotearé, para que nunca puedas asombrarte ante ti misma como yo me he asombrado.

Desde hace meses me posee algo que solo puedo llamar sentimiento oceánico. Vivo como sumergida en un mar abisal al que no llega la luz o solo llega una luz muy difusa. Yo buceo en ese mar como una sirena de las profundidades, ajena al discurrir del tiempo pero sintiéndome más vieja que el tiempo.

A veces creo tener más de cien años.

A veces siento que llevo más de un siglo cautiva en estas jaulas de cristal donde la vida parece estar siempre lejos, donde la vida se convierte en una sustancia perdida e imposible de recuperar, en una sustancia muerta.

Entre las brumas que me envuelven cuando duermo y cuando estoy despierta, a veces se perfilan islas donde llevo a una gran claridad mental y me

doy cuenta de que en mi vida no ha habido destino personal. Solo he sido el dibujo que trazaban los otros; solo he sido una vaga sombra de mí misma.

La vida en la celda lóbrega y mínima en la que desperté tenía la virtud de convertir tu cuerpo en la peor de las prisiones. Identificabas las paredes con tu piel. Yo era la celda negra —la parte más oscura de mi ser ya no estaba dentro de mí; más bien me envolvía—.

Ni siquiera me dejaron salir de aquel cubil cuando firmé un documento según el cual declaraba haber matado a Inna en un arrebato de locura. Firmé la declaración sumida en la inconsciencia, y comprendí que por eso me habían recluido en la negrura: para que mi mente se quebrara y mis manos firmaran un documento según el cual pasaba a mí el crimen perpetrado por otro.

Cuando la directora de la prisión decidió que ya estaba lo suficientemente delgada, enferma y loca, me sacaron del cuarto negro y me trasladaron a la cárcel ordinaria. Al parecer, los locos no tenían derecho a juicio por la sencilla razón de que no estaban en su sano juicio, aunque sí que podían plantearse conmigo la ejecución, pues había pretendido mancillar el honor de un pariente del zar, y eso rara vez se perdonaba.

La cárcel estaba llena de mujeres cuyo principal delito había sido su pobreza. Muchas de ellas cumplían penas por haber robado pan. Me destinaron a la zona de la cárcel donde se hacinaban las mujeres más extraviadas y que más tiempo llevaban en prisión.

Me recibieron con gritos y miradas de curiosidad. Unas me escupían a la cara; otras me acariciaban la mejilla. Unas me insultaban; otras me intentaban besar. Algunas me tiraban objetos para herirme; otras me regalaban un mendrugo de pan. Algunas me besaban la mano; otras huían de mí y gritaban que era una asesina sin piedad, o con menos piedad que ellas. Algunas reían, otras lloraban, otras maldecían su suerte, otras bendecían mi compañía... pero algo las unía a todas: desde el fondo de su ser ultrajado anhelaban la hora de la venganza.

Ni siquiera en Palastново conviví con tantas mujeres vejadas. Casi todas

llevaban el cráneo rasurado, así que me escondí la larga trenza bajo el sayo, con la esperanza de que se olvidasen de mi pelo. En cuanto llegué a la galería, me arrinconé en una de las celdas, me senté en cuclillas, hundí la cabeza entre las manos, y deseé que desapareciera el mundo. La carcelera estaba repartiendo comida, pero yo ya no sentía hambre ni frío; en realidad me parecía como si estuviese muerta. Una de las presas me ofreció un cazo de metal con sopa tibia. No tendí mi mano y negué con la cabeza.

—Debes aguantar y ser valiente. Pronto nos liberarán —oí decir cerca de mí.

—¿Quiénes?

La chica que hablaba acercó su boca a mi oreja y me dijo en tono confidencial:

—Nuestros hermanos.

La miré llena de estupor y murmuré:

—No tengo hermanos; nunca los he tenido ni los tendré.

—Me tienes a mí —dijo ella con voz amable.

Entonces sí que miré a la muchacha y musité:

—Soy Roxana, y ni he matado a nadie ni he perdido del todo la razón. ¿Cómo te llamas?

—Vasilisa.

Vasilisa tenía el cabello parecido al de Fedora, si bien muy corto, y sus ojos eran negros.

Mientras consumía la sopa de sabor a col podrida pregunté:

—¿Por qué algunas mujeres tienen la cabeza rapada y otras conservan su cabello?

—Solo consienten que conserven su pelo las más hermosas y violables. Temiendo lo peor, me corté la trenza nada más llegar. Te aconsejo que hagas lo mismo.

—Entonces, córtamela ya.

Vasilisa extrajo de algún lugar de su vestido una navaja y me cortó la trenza como quien decapita a la serpiente del mal.

Vi mi trenza sobre el suelo y no lo lamenté. Cuando tu vida y tu cuerpo están en juego, esas cosas dejan de tener importancia.

—¿Quiénes son los violadores? —inquirí.

—Los soldados que vigilan la prisión, los policías, la directora, que aprecia a las mujeres más que a los hombres, y muchas de las presas, especialmente las

que llevan mucho tiempo aquí. Escúchame bien, Roxana, para evitar que te violen tienes que hacerte la loca. A los violadores les asusta la locura que ellos mismos provocan, aunque siempre hay excepciones que confirman la regla.

—Creo que no me va a resultar muy difícil parecer una loca.

—Me alegro, porque sería bueno que todos los días fingieras un ataque de locura. Debes gritar como una posea, y decir todo tipo de disparates y obscenidades. Debes armar mucho jaleo, si quieres que los policías que se introducen en las galerías todas las noches te dejen en paz y no claven sus sucias pezuñas en tu cuerpo. El mayor riesgo es que te aíslen, como ya hicieron contigo, pero eso es preferible a soportar las babas y los embistes de los cerdos tristes. ¿Eres virgen?

La miré con vergüenza y dije:

—Sí. ¿Y tú?

—No. Me enamoré de un bolchevique antes de que me encerrasen. Si me matan, por lo menos moriré habiendo conocido lo que es el amor. Tienes buen porte y buenos modales, Roxana, y pareces de buena familia. Aquí la libertad se puede comprar. ¿Por qué tus familiares no sobornaron a nadie para salvarte?

—Mis padres son incapaces de salvarse hasta de sí mismos; son su propio castigo. Viven en París, para huir de la Revolución y de su hija, y los consume el esplín. Son tan indolentes que no se merecen ni que los odie.

—¿Quién te ha encerrado en este muladar?

—El sargento Mishkin.

—Menudo piojo. Dicen que tiene el don de enloquecer a todo aquel que trata con él. Su debilidad no es la lujuria, sino la avaricia y la mezquindad. Seguramente pidió que conservasen tu melena para que la disfrute otro a cambio de un favor o unas monedas. Mishkin tiene el alma enferma. Mi hermano piensa que la corrupción es más contagiosa que la lepra. Mi hermano dice que somos culpables de nuestros males si no hacemos nada por evitarlos.

—¿Por qué me cuentas estas cosas? ¿Por qué confías en mí, sin conocerme? Podría traicionarte; podría ser una espía y venderos a ti y a ese hermano que tanto te enorgullece por dos monedas de plomo.

—Y tú ¿por qué confías en mí? —preguntó.

Me encogí de hombros porque desconocía la respuesta. Puede que confiase en ella simplemente por desesperación. Vasilisa retomó la conversación:

—Reconozco el rostro de la maldad en cuanto lo veo. Justamente por eso, tengo también cierto talento para reconocer la bondad.

—¿Quién es tu hermano?

—Un poeta. Se llama Iván y nació nueve meses antes que yo.

—Y tú ¿a qué te dedicabas antes de que te encerraran?

—Era maestra. ¿Y tú?

—No lo sé muy bien. Quise ser bailarina y estuve en la Escuela Imperial hasta que me expulsaron. Ahora vengo de Palastново.

—Algo he oído de ese lugar... —susurró, mirándome con piedad—. Sospecho que en Palastново tu vida no habrá sido fácil; sospecho que han querido partirti la mente por la mitad, pero no has de perder la esperanza. Hay tantos malnacidos como bienaventurados. Acabarán librándonos. Me han dicho que el zar está a punto de caer... Y bien, ya te he dado las primeras lecciones para sobrevivir en este manicomio. Ahora debo dejarte. Si las carceleras ven que congeniamos, nos separarán. Aquí la amistad es un delito.

Vasilisa se despidió con una sonrisa. Después me guiñó el ojo, me arrancó el cazo vacío de la mano, lo estrelló contra el suelo y gritó:

—¡La nueva se ha bebido mi sopa! ¡La nueva se ha comido mi brazo, y ahora soy manca!

Dos carceleras agarraron por los brazos a Vasilisa, y le dieron otro cazo de sopa. Vasilisa cogió el cazo con ambas manos.

—Come, Vasilisa. Nadie te ha comido el brazo, condenada.

Sonreí a Vasilisa, sonreí a mi nueva amiga. Hacía mucho que en mi boca no se dibujaba el signo de la alegría, y comprendí que la vida podía ser tan contagiosa como la muerte.

No sin ironía, tenía que aceptar que me habían encerrado en un espacio mucho peor que el que había dejado atrás. La cárcel de San Petersburgo, como todas las cárceles, estaba concebida para que perdieses la dignidad. Algunas sobrevivían a ese infierno por amor a un novio o a un hijo, y otras lo hacían por amor propio. Todas eran pobres o desheredadas, y allí se veían obligadas a sobrevivir en circunstancias muy difíciles, salvo las que se rendían y se dejaban morir. Yo pude haber pertenecido a ese último gremio, pero me ayudó Vasilisa y, sobre todo, me ayudó mi deseo de venganza. Ansiaba salir algún día de la cárcel para encontrar a mi amiga, viva o muerta, y encargarme personalmente del sargento Mishkin y de alguien más que aún permanecía en las sombras.

Cuando no crees en la justicia de este mundo ni en la del otro, te conviertes en el juez de ambos mundos. Dormía para vengarme, comía para vengarme, soñaba con vengarme, sobrevivía para vengarme y me entregaba al sueño

repetiendo para mis adentros una única palabra: Fedora, Fedora, Fedora... A veces el nombre de mi amiga atravesaba las fronteras de mi mente y llegaba a mi boca sin que pudiese evitarlo. Vasilisa, que dormía a mi lado, me dijo una noche:

—No grites. ¿Quién es Fedora?

Su voz me llegó desde los confines del sueño. Me desperté y respondí:

—La desaparecida que vive en mí. ¿Cómo era tu vida antes de llegar a la casa de la locura?

—Mis padres eran campesinos y analfabetos. Por esa razón mi hermano y yo nos empeñamos en aprender a leer y escribir. Nos encantaba ir a la escuela, creíamos que el conocimiento nos libraría de las cadenas que atenazaban a nuestros padres.

—Yo he ido a las mejores escuelas y no por eso me he sentido libre ni una sola vez, salvo cuando bailaba con mi amiga. ¿Me enseñarás a disparar si un día salimos de aquí?

—Te enseñaré a disparar, si tú me enseñas a bailar.

—¡De acuerdo!

Vasilisa me dio un abrazo para sellar nuestro acuerdo. Aspiré profundamente (Vasilisa transmitía más vida que la que tenía). De pronto se puso seria al comprender la grandeza del pacto, me miró y me preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

—No estoy segura. ¿Qué día es hoy?

—Dos de marzo.

—¡Qué casualidad: hoy cumpla diecisiete años!

—¡Que cumplas muchos años más en libertad!

Vasilisa y yo reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas.

—Y tú ¿qué edad tienes?

—Veintitrés años.

—¿Tus padres viven?

Negó con la cabeza antes de decir:

—Mi madre falleció de tisis, y mi padre murió el Domingo Sangriento. Ahora ya no tienen edad. Están más allá del tiempo. Son más viejos y más jóvenes que tú, que yo y que nadie.

—Aquí también flotamos más allá del tiempo, ¿no crees?

—Cierto, pero, sintiéndolo mucho, los acontecimientos no dejan de afectarnos. Según me han dicho esta mañana, el zar acaba de abdicar por orden

del Gobierno provisional. No tardaremos en salir de aquí. Sé que el primero en entrar gritando que se acabó para nosotras la cárcel va a ser mi hermano. Es mejor que no lo llegues a ver nunca.

—¿Por qué?

—Porque te enamorarás de él.

40

1917

Solo me ata a la existencia un hilo tan leve que hasta podría romperlo con el pensamiento, pero desde que el hombre-sombra me convirtió en una adicta al opio soporto mejor la vida en estas dimensiones ajenas a la misma vida.

Desde hace algún tiempo me posee la fantasía menguante. Siento que empequeñezco y me despierto de mis sueños de opio algo más pequeña cada día.

Avanzo por las estancias creyéndome tan pequeña como un ratón. La cama me parece tan alta que desisto de subirme a ella. Necesitaría cuerdas para alcanzar la almohada y la fuerza de un escalador. Necesitaría una voluntad sobrehumana. El diván también me parece gigantesco, y la mesa y las sillas y hasta los cubiertos. No puedo mover un tenedor, no puedo desplazar un vaso, y, cuando elevo la mirada, siento que la cúpula azul es un cielo inalcanzable, tan verdadero como el real, pero más sólido e infranqueable.

Cuando esa horrible fantasía me abandona, abro mi cuaderno y escribo en él como estoy escribiendo ahora, acosada por la prisa y el temor a que mi cuerpo vuelva a menguar y me vea incapaz de coger la pluma y de abrir el cuaderno.

Ahora solo pienso en Roxana. Creo que todavía está viva. Es una sensación que tengo, quizá fruto de mi desesperación, o tal vez de mi esperanza, de la poca esperanza que tengo de salir de aquí alguna vez y respirar el aire verdadero.

No quiero que mi vida y mi muerte se conviertan en algo totalmente inútil. Si a partir de cierto momento seguí bajando a las catacumbas fue por temor a que el hombre-sombra se cebase también con Roxana. Pensé que bastaba con una sola víctima, con un solo infierno, y que preservar la vida de mi amiga me daría fuerzas para tolerar lo intolerable.

La cabeza se me va, mi memoria se disuelve en un río de la noche. El

hombre-sombra llevaba cinco días sin suministrarme opio para castigarme, y he conocido el peor de los suplicios. Deseaba estrellar mi cabeza contra la pared. Finalmente me ha traído un frasco de láudano, y he recobrado la paz amorfa e irreal que sienten los adictos tras un tiempo de privación. Ya más tranquila, me he tendido en el diván y, de pronto, ha regresado a mí la imagen de Inna la noche en que el hombre-sombra la estranguló ante mis propios ojos mientras prometía que lo mismo haría conmigo si intentaba escapar.

41

Yo andaba viviendo mi propia revolución particular, y no había estado demasiado al tanto de todo lo que se estaba fraguando en la ciudad, pero Vasilisa me fue informando de las revueltas que se iban sucediendo con regularidad. En una de ellas la habían detenido tras sorprenderla repartiendo octavillas con el lema «Tomad en vuestras manos vuestro propio destino».

—En febrero las mujeres encendimos de nuevo la mecha de la revolución. Nos manifestamos ante la residencia del Gobierno con grandes pancartas exigiendo el derecho al voto y el fin de la servidumbre.

»Lenin todavía no había llegado a Rusia, y no lo pude ver pues ya estaba presa, pero sí que lo vio mi hermano cuando llegó a Petogrado desde Finlandia, según me ha contado en una carta que me pasó el otro día una celadora amiga. Al parecer Lenin habló desde el balcón de la mansión Kschessinska. Su discurso fue una llamarada que incendió la ciudad. Mi hermano me cuenta que las ideas de Lenin fueron una bomba hasta para los bolcheviques, y ahora tiene que esconderse y protegerse incluso de los suyos. Habrás comprobado que cada vez comemos peor. Tiene su explicación: los problemas de abastecimiento se han agravado, y falta el pan. Todo el país está hartado, y hasta los soldados se manifiestan y desertan. Muchas fábricas han parado, y los soldados se están uniendo a los obreros. El pueblo aúlla contra el golpista Kornílov, y los burgueses se están enfrentando a la clase sufriente. “Si queréis hacer la guerra, pagadla con vuestra piel”, gritan los soldados cada vez más fuerte, y los secundan los obreros.

—Es irónico que Lenin pronunciase su primer discurso desde la balconada del palacio de Mathilde Kschessinska, la *prima ballerina assoluta* que escapó a la Riviera Francesa, tras ser la amante del zar y formar un *ménage à trois ou à quatre* con dos grandes duques de la familia Romanov.

Estas solían ser nuestras conversaciones cuando, tras un tórrido verano en el

que los alemanes volvieron a contraatacar cogiendo al Ejército ruso despistado y desmoralizado, llegaron los vientos fríos de los Urales y llegó también octubre, con su sed de justicia y su sed de sangre. Fue entonces cuando abrieron las puertas de las cárceles.

Recuerdo aquel día como uno de los más excitantes de mi vida. Al cruzar las puertas nos esperaban nuestros liberadores, que iban entregando rifles a las presas. Enseguida Vasilisa vio a su hermano y gritó:

—¡Sabía que vendrías a buscarme!

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo. Vasilisa miró a Iván, luego me miró a mí y dijo:

—¿A mi amiga Roxana y a mí no nos vais a dar rifles?

—¡Claro que sí! —exclamó su hermano.

Y acto seguido le puso un rifle en las manos a su hermana. Después, y tras un instante de vacilación, me pasó otro rifle y susurró:

—Roxana... *Courage!*

Nunca había pronunciado nadie mi nombre con aquel tono tan íntimo y tan noble. En su voz, parecía que *Courage* fuese mi apellido. Ahora creo que nos enamoramos de las personas que saben darle a nuestro nombre una entonación especial, que nos llega a lo más hondo como una flecha incendiaria. Caí fulminada de forma inmediata. Ya lo miraba como una enamorada cuando acarició la cabeza de su hermana y dijo:

—Pareces un muchacho, como tu amiga.

—Así es la vida, y así es la cárcel. Seguro que no parecemos burguesas con nuestro hermoso rapado.

Iván se echó a reír. Me encantaron sus carcajadas. Eran abiertas y francas, y comunicaban una gran alegría de vivir.

Aquella noche estuvimos celebrando nuestra liberación en una taberna muy ruidosa que se hallaba al fondo de un callejón por el que creía haber pasado alguna vez con Fedora. De pronto me sentí completamente poseída por la Revolución, y al día siguiente me sorprendí a mí misma arengando a la multitud, cuando estábamos a punto de asaltar el Palacio de Invierno. Pero me estoy adelantando y antes tendría que decir que, mientras nosotros alzábamos los vasos de vodka, los miembros del Gobierno de Kerensky se habían instalado en el palacio del zar y discutían en el antiguo comedor decorado con malaquita y oro. Entretanto, el Sóviet había instalado su sede en el instituto Smolny, de donde procedían las alumnas más díscolas de Palastново. Allí llegó Lenin la noche del

24 de octubre, para empujar al Sóviet al asalto militar del Palacio de Invierno y hacer estallar a un Gobierno en el que no creía nadie. A su lado, Trotsky controlaba y movía las fuerzas bolcheviques y la Guardia Roja, a la que se habían unido miles de soldados y marineros, hasta alcanzar más de cuarenta mil hombres.

Y, mientras ellos actuaban, a los demás no parecía preocuparles la situación del Gobierno provisional. El descontento estaba tan extendido que la mayoría de los ciudadanos preferían no apoyar ningún bando, y acudían a los cines y teatros, que estaban abiertos. El mediodía del 25 de octubre dos anillos concéntricos de soldados rodearon el Palacio de Invierno. A ellos se unió una multitud de personas cantando *La Marsellesa*. A las seis y media de la tarde se le entregó al Estado Mayor el ultimátum de rendición, tanto del Gobierno como de las tropas, que advertía que, si no se rendían, las salvas de fogeo de los cañones del crucero *Aurora* señalarían el comienzo del asalto al palacio.

Ante la amenaza cada vez más seria, un batallón de fuerzas de asalto y otro de cosacos se rindieron y abandonaron el Palacio de Invierno. A las nueve y media el crucero *Aurora* realizó el disparo de fogeo. Las ametralladoras de los coches blindados tabletearon y abrieron fuego, y dos bombas alcanzaron el palacio, que estaba defendido por cadetes, cosacos y un batallón de mujeres.

Yo no sabía disparar y no disparé. Todavía no había llegado para mí la hora de matar, pero la pasión se apoderó de mí y, subida a la caja de un camión carbonizado, empecé a gritar:

—Amigos, hermanos. Corred, corred. La luna baila y se ha puesto de nuestra parte. Mirad, en nuestra frente se ha clavado la cruz del tiempo y ha llegado el momento de la venganza. No lo hagáis por los que ya están muertos. Hacedlo por vosotros mismos. Corred, camaradas. Mirad la piedra, la arena, la calavera, la rosa, el gavián, el mar, el lirio, el agua, la loba... ¡Todo es tan hermoso! Pero para ver la belleza de la tierra antes hay que acabar con la reina de la oscuridad. Esta noche somos los dueños del secreto y hemos rechazado el beso de la humillación y las caricias de la muerte. Somos el espíritu del fuego. El amor, sus abismos, el temblor, el miedo no deben detenernos. La nieve, la lluvia, el hambre, el frío no deben detenernos... Ni siquiera debe detenernos la muerte. Lo justo y lo injusto solo nos importan a nosotros... Nuestros dientes se hunden en la verdad como puñales... ¡Un bosque, una cascada, un monte, un potro... son tan hermosos, pero más hermosos somos nosotros en esta hora gloriosa!

Iván y Vasilisa me miraron con asombro. Los hombres y las mujeres aplaudían mis palabras y las festejaban con gritos mientras los soldados y las

milicias populares entraban en el Palacio de Invierno. Enseguida fuimos tras ellos y no tardamos en vernos en el interior de la cámara de las maravillas.

En las bodegas del palacio, encontramos miles y miles de botellas que descorchamos. Brindamos y bebimos Château d'Yquem de 1847, el vino favorito del zar.

Ebrios de victoria y libertad nos entregamos a una danza dionisiaca. Cuando bailaba llena de euforia, me acordé de lo que dice el Eclesiastés de que había un momento para todo y un tiempo para cada cosa bajo la luz del sol, un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para plantar y un tiempo para arrancar lo plantado, un tiempo para curar y un tiempo para matar, un tiempo para demoler y un tiempo para edificar, un tiempo para llorar y un tiempo para bailar...

A nuestro alrededor todos danzaban y nosotros con ellos, como si tuviésemos alas en los pies. Noté que Iván bailaba muy bien. ¿Qué mujer puede enamorarse de un hombre que no sabe bailar? Mientras girábamos y girábamos borrachos y enloquecidos Iván me dijo:

—Si no me besas, te comeré. Si no me quieres, me mataré.

Y yo añadí:

—Si no me devoras, te rociaré con petróleo y te quemaré.

Era ya pleno día y seguíamos en la bodega cuando Iván se puso a hablar con su hermana y yo me aparté de ellos para apoyarme en la pared y no caerme. Nunca me había sentido tan ebria; todo a mi alrededor se distorsionaba y las caras adquirían rasgos sublimes y grotescos. Fue en ese momento cuando giré la cabeza y vi a Fedora en mitad del concilio de borrachos.

—¿Tú también me has olvidado? —dijo.

Aunque se hallaba a cierta distancia, yo oía su voz dentro de mí porque en realidad era un fantasma, que se disipó tan misteriosamente como había aparecido. Fue entonces cuando decidí regresar a Valaam y le pedí a Vasilisa que me enseñase a disparar.

A Vasilisa le sorprendió mi demanda, pero les pidió a sus compañeros que le entregasen la mejor pistola del palacio y me arrastró hasta un salón lleno de vitrinas. Allí estuvimos haciendo puntería con unos huevos de oro y piedras preciosas que recordaban a las matrioskas y que al parecer eran obra del famoso orfebre Fabergé.

Al finalizar la lección le devolví la pistola y la munición a Vasilisa, mi amiga me las devolvió y dijo:

—¡Es mi regalo de aniversario! Cumpliste diecisiete años en la cárcel y no pude regalarte nada.

Ya nos íbamos del Palacio de Invierno cuando les comuniqué a los dos hermanos mi intención de trasladarme a Valaam. Iván me agarró con fuerza y dijo:

—No puedes irte en este momento tan importante para la Revolución. Debes estar a nuestro lado. Espera unos días y yo mismo te acompañaré hasta el fin del mundo.

—Lo siento, Iván; debo marcharme ya. Tengo que finalizar mi propia revolución.

Al principio los dos hermanos intentaron retenerme a la fuerza, pero Vasilisa vio demasiada decisión en mis ojos y recordó conversaciones que habíamos tenido en la cárcel.

—Déjala marchar —sentenció, mirando con ferocidad a su hermano.

Iván claudicó y, tras darme un fuerte abrazo, me susurró al oído:

—Prométeme que regresarás antes de que acabe octubre.

—Te lo prometo —dije, antes de tomar la dirección del muelle.

Crucé de un lado a otro la Perspectiva Nevski, entre gritos de victoria y disparos perdidos. Al llegar al muelle, me crucé con los marineros que festejaban la toma del Palacio de Invierno y evocaban a sus muertos. Yo también me acordaba de «mi» muerta con más intensidad que nunca y quería honrar su memoria. Y la mejor forma de hacerlo era apretando el gatillo de la preciosa pistola que Vasilisa me había regalado. Pensé que Fedora había nacido en octubre, y tampoco podría celebrar su decimoséptimo cumpleaños.

Pasé más de tres horas en el muelle buscando un barco que se dirigiese al Ladoga. Hacia las cinco de la tarde me encontré con un pescador que estaba a punto de partir hacia una de las islas del archipiélago, en la que se estaba muriendo su madre, y aceptó llevarme en su barco. Mientras nos alejábamos de la ciudad, volví a recordar el Eclesiastés: «Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir [...], hay un tiempo para curar y un tiempo para matar».

42

26-10-1917

Ojalá encuentres algún día este diario, Roxana, y me comprendas finalmente. Muchas veces en San Petersburgo me asaltaba la fantasía del hombre-sombra, sobre el que hablaba en aquellas primeras páginas que arranqué de mi diario y que pudiste leer —el hombre-sombra que te aborda en un hotel, en un tren, en una calle desierta...—, pero no fue en esos lugares donde lo conocí, sino que lo conocí, en el sentido bíblico de la palabra, en Palastново.

Además de una escuela de buenas maneras, Palastново es una institución donde se les obliga a algunas alumnas a prostituirse con los nobles y los burgueses que nos visitan de vez en cuando, como digo en algún momento de mi testimonio. Por eso aquella mujer que se cruzó con nosotras en un camino nos miró con pena y nos dijo lo que nos dijo.

El hombre-sombra me sedujo nada más llegar al colegio. ¿Te sorprende que me cambiara el carácter? El hombre-sombra que veíamos a veces en el bosque y en los caminos era el duque de Novo, gran benefactor del colegio en el que tenía su harén, siempre con chicas nuevas. Le gustaban las muchachas de quince o dieciséis años, aunque tampoco hacía ascos a las de menos edad. En Palastново todos estaban a su servicio, todos eran sus alcahuetes, todos estaban implicados en la corrupción, y la corrupción, tú lo sabes, no es entregarse a los placeres del cuerpo y del alma como lo hicimos nosotras aquella noche en la bodega; la corrupción no es pudrirse como se pudren los leprosos y los tísicos; la corrupción no es convertirse en materia infecta como les ocurre a los cadáveres, como ya me estará ocurriendo a mí cuando leas esta carta. La corrupción es jugar con la vida y la muerte de los demás.

Nada más llegar a Palastново el duque me llevó a su cama, me empezó a llamar su puta y me introdujo en las más violentas actividades de la carne sin

ningún filtro, sin ningún preámbulo, sin ninguna mediación, como he ido indicando en las páginas anteriores. Fue como descender más de cien escalones a la región de la oscuridad. Y ya las primeras noches me dijo que si me iba de la lengua nos mataría a las dos. A partir de aquel momento desplegó en nuestros encuentros todas sus manías y todos sus excesos, de los que prefiero no hablarte, y en los que incluía drogas para perder la conciencia. Entré en una espiral en la que ya no sabía quién era. Me sentía sucia y perdida, y empecé a despreciar mi vida, creyendo que también yo era culpable de todo cuanto me estaba pasando.

Se obsesionó con mi cuerpo, me gritaba que verme tan humillada era para él una travesía religiosa que lo conducía al éxtasis, y hubo noches en que me obligó a consentir todos sus caprichos durante más de diez horas. Los ejercicios eran cada vez más violentos, las penetraciones también, y me prometía la gran experiencia. «La muerte, querida, es la única gran experiencia que nos falta, ¿no te das cuenta, niña de mis ojos? ¿No te das cuenta, divina ramera, de que ya solo hueles a heces y a vicio?», me decía. Fue entonces cuando intenté huir contigo, aun pensando que ya era demasiado tarde. Había caído en la enfermedad de las víctimas, había caído en la enfermedad de la culpa, y el duque lo sabía.

Antes de que acudieras a la que iba a ser nuestra última cita en Palastново, mi raptor intuyó mis intenciones y acentuó su crueldad conmigo.

Ay, amiga del alma..., cuando el hombre-sombra se apodera de tu existencia desaparece la luz de la vida, y el deseo invierte su mecanismo y se convierte en camino de destrucción y de olvido, como ya te dije una vez. Ya se ha introducido en todos mis sueños y ha rasgado sus membranas.

La vida se ha convertido en una sustancia indigna. Soy la esclava de un loco lleno de odio a la vida, y el dolor que me produce todo lo perdido es un suplicio más allá de mi deseo de vivir. Todas las noches el duque me obliga a llevar a cabo una danza diferente. Han de ser bailes muy obscenos que le exciten, han de ser bailes más explícitos que los movimientos de una gata en celo, y yo he de ejecutarlos sin dejar traslucir mi sufrimiento, pues de otra manera intenta estrangularme, y a punto ha estado ya varias veces de lograrlo. Mi vida es parecida a la de la bailarina de un cuento oriental que me acabo de inventar.

Érase una vez un califa que odiaba a las mujeres y que las sacrificaba tras gozar de ellas en la cama, hasta que apareció una que recurrió a la argucia del baile para salvar la vida. La primera noche ejecutó una danza fascinante, la danza de la vanidad, como la llamó ella, que imitaba los movimientos de los pavos reales. Pero la bailarina no concluyó su danza y prometió continuarla la

noche siguiente. Deseoso de seguir viéndola bailar, el califa no la sacrificó, y la bailarina se vio obligada a ir inventando cada noche más danzas: la danza del fuego, la danza de la nieve, la danza del agua, la danza de la cierva, la danza del delfín, la danza de la grulla, la danza del águila, la danza del colibrí, la danza de la lechuza, la danza del mar, la danza de la primavera, la danza del invierno, la danza de las estatuas, la danza de los ángeles, la danza de la infancia, la danza del lago, la danza de la montaña, la danza del nenúfar, la danza del almendro en flor, la danza del arco iris, la danza de la nube, la danza de la tormenta, la danza de la cascada, la danza del trueno, la danza de la serpiente, la danza de la pantera, la danza de la yegua, la danza de la suerte, la danza de la lucha, la danza del miedo, la danza de la felicidad, la danza del amor, la danza del odio, la danza de la luna, la danza de la vida, la danza de la venganza, la danza de la corrupción, la danza de la abyección, la danza de la muerte...

Pero mi cuento no acaba como Las mil y una noches. En mi historia al final el califa no puede evitar matar a la bailarina, creyendo que al hacerlo pasará a él el espíritu de la danza y todo el fuego sagrado que despliega su odalisca, si bien lo único que pasará a él será el espíritu de la muerte.

Y ahora quiero hacerte una última revelación: el hombre-sombra es el duque de Novo además de ser mi verdadero padre. Pude haberme dado cuenta de que era él la noche del Baile de las Doncellas, pero supo confundirme cuando llegó a mí enmascarado y me ordenó no volver a acercarme al duque de Novo ni bailar con él, aunque él me lo ordenase. Fue toda una argucia que me hizo creer que el duque y el hombre de la máscara no eran la misma persona.

Hace un mes, una noche en la que se hallaba ausente, anduve registrando entre sus papeles y hallé una carta de mi madre en la que quedaba claro que mi padre era él, y que yo era el fruto de sus amores adúlteros. Comprendí que mi imaginación no provocaba los terrores nocturnos de mi infancia. El duque de Novo era el hombre-sombra que aparecía entre las tinieblas de mi habitación, las noches que venía a casa para hacer el amor con su amante.

Querida Roxana, a ti y a mí nos ingresaron en la Escuela Imperial porque el duque de Novo quiso, nos sacaron de esa institución porque esa fue su voluntad, y nos desterraron a Palastново para cumplir su deseo. Toda nuestra vida hemos sido sus siervas. Entérate, Roxana, aunque te duela. En esa maldita carta, mi madre escribía al final: «Cumpliendo tu voluntad, mando a Fedora a Palastново con la esperanza de que sepas cuidar de ella y la trates como lo que es: tu hija».

Ya no necesité quitarle la máscara; la carta de mi madre lo decía todo. Para mi desgracia, el duque de Novo me sorprendió leyendo la carta y escupió:

—Eres como tu madre, igual de curiosa que ella, igual de impúdica, igual de hermosa. Verte era lo mismo que verla cuando la amé; por eso he acabado haciendo lo mismo contigo que hacía con ella. A veces al destino le gusta la repetición. La primera vez que te vi dormías en tu cuna y me pareciste una criatura perfecta y preciosa. Supe que eras mía y paulatinamente fui obsesionándome con poseerte. ¿Me comprendes de verdad? Di que sí. ¿Qué voy a hacer ahora contigo? ¿Sabrás guardar el secreto? Me temo que no. Estás llena de rabia. Mala enfermedad es esa, mi amor, que solo se cura con la muerte. ¡Mañana cumples dieciséis años!

Oigo sus pasos al fondo del laberinto de cristal y me preparo para lo peor. Creo que esta noche me va a matar.

43

El pescador se llamaba Sergey y, mientras nos acercábamos al archipiélago, me estuvo hablando de su hija, que se había ahogado en el Neva cuando era niña. Sergey tenía una idea muy estoica de la vida. En su opinión, la vida estaba tan teñida de desdicha que era un inmenso error tenerle miedo a la muerte.

—A la muerte uno puede tenerle respeto, pero no miedo, pues en determinados casos no deja de ser una liberación —me dijo antes de encender su pipa.

A Sergey le encantaba el sentido democrático de la muerte, que también se ocupaba de los poderosos.

—Pensemos en el zar. ¿Cuántos días le quedan? —preguntó el pescador a las sombras de la noche.

Al amanecer llegamos a una isla desde la que se divisaba la iglesia de San Nicolás y el islote que la cobija. Tras ese islote se recortaban los bosques de Valaam.

—¿Sabes manejar una barca? —me preguntó Sergey cuando acabábamos de atracar.

Le respondí que sí y me señaló una barca con dos remos que se hallaba al otro lado del muelle.

—Es mía y la puedes usar. A poco bien que sepas remar llegarás en media hora al muelle de Valaam —aseguró el pescador—. Mañana mismo regreso a Petrogrado. Te estaré esperando.

—Le agradezco el favor que me ha hecho. Es usted un hombre de buena voluntad. Estaré mañana aquí, antes del mediodía.

No mucho después, ya me encontraba remando con bastante poca pericia. Llegué al islote de San Nicolás, dejé allí la barca y caminé por la pasarela de madera hasta la escalinata de Valaam, en medio de una niebla especialmente

densa que cubría la isla y buena parte del lago. Me hallaba frente al monasterio cuando vi un cortejo fúnebre compuesto por algunos monjes y lugareños. Cuatro de ellos cargaban con un ataúd de madera de pino sin ningún adorno. Me uní al cortejo y descubrí entre la gente a Bundy y a su madre. Les pregunté a quién iban a enterrar y Alarika contestó:

—A Madame. La encontraron muerta en el sillón de su casa hace dos días.

Lo sentí de verdad y recordé los momentos que había pasado junto a ella. Sus palabras, llenas de luz y de niebla, volvieron a resonar en mi cabeza con tanta fuerza como las campanadas que llegaban desde el monasterio.

Llegamos al cementerio, donde los sepultureros habían abierto una fosa. Mientras un monje hablaba de las vanas glorias de la vida y de la muerte que a todos nos aguarda, los sepultureros hicieron descender con cuerdas el ataúd, hasta que chocó con el fondo de la fosa. Fue como una preparación simbólica para lo que me esperaba. No solo los justos se ganaban el derecho al sueño eterno en un lecho de tierra y ceniza, sino que también los malnacidos merecían ese descanso, me dije a mí misma mientras observaba a Bundy, que miraba aterido todos los pormenores de la ceremonia. Nunca lo había tenido tan cerca y nunca había advertido con tanta claridad su corpulencia. Aunque no era alto, tenía unos músculos poderosos, y de sus ojos negros y vivos emanaba una inteligencia que hasta entonces no había sabido apreciar.

Madame ya estaba bajo tierra cuando descubrí que sus dos cuervos, Edgar y Morlán, habían presenciado la ceremonia desde la rama de un roble.

Cuando concluyó el entierro y los asistentes se dispersaron, Alarika, Bundy y yo nos dirigimos a la salida del cementerio. Estábamos a punto de dejarlo atrás cuando me fijé en una lápida en la que decía simplemente «Tishina».

—¿El doctor ha muerto? —pregunté.

—Sí, el mes pasado —me dijo Alarika.

—Desgraciadamente, de poco le sirvieron sus elixires.

—Así es. Nada nos va a librar de la muerte. Pero no se confunda con Tishina. Él sabía que iba a morir. Sus elixires solo servían para calmar los nervios, como sus palabras.

Asentí con la cabeza dándole la razón. Ya habíamos cogido el camino que conducía a Palastново cuando Alarika me preguntó:

—¿A qué has venido, hija?

Como sentía que podía confiar en ella, le contesté:

—Busco al sargento Mishkin.

—¿Para qué?

—¿No lo adivina?

Tras un breve silencio, Alarika musitó:

—Creo que sí. Bundy y yo podemos ayudarte.

—Sería un honor y un placer.

—Para nosotros también. Y bien, tu viejo amigo se halla oculto en Palastново. Se refugia en la escuela, que lleva unos meses cerrada.

—¿Se han ido todos los profesores?

—Sí. Se fueron con la llegada del verano, y ni siquiera la señora Novgorov ha vuelto.

—De modo que está solo en Palastново... —murmuré.

—No, solo no —aclaró Alarika—. En Palastново se oculta también el duque de Novo. El sargento Mishkin trabaja la huerta y cría gallinas y conejos para los dos. Mishkin duerme en la antigua cabaña del jardinero. Siempre fue una especie de vasallo del duque, y ahora lo es más que nunca. No han querido irse a Petrogrado porque temen que los maten. Los dos son muy odiados en la ciudad...

Las palabras de Alarika tuvieron sobre mí el efecto de una revelación y de pronto creí descubrir quién era el hombre-sombra.

—¿Dónde se suele ocultar el duque de Novo?

—En una alcoba de los subterráneos de Palastново. Ahí se cree seguro. Rara vez abandona ese lugar.

A pesar de que asentí con la cabeza simulando tranquilidad, mi cabeza ardía. Llegamos a las inmediaciones de la escuela pero no nos dejamos ver. Yo me oculté en una arboleda a la que solía ir mucho con Fedora mientras Alarika y su hijo entraban en su casa para coger cuchillos. Ya se hallaban de nuevo junto a mí cuando Alarika me preguntó si iba armada. Le mostré mi pistola y avanzamos hasta el huerto de Palastново entre dos hileras de arbustos. Mientras caminábamos, veía a intervalos parte de la fachada de la escuela y me extrañaba lo diferente que me parecía ahora. Los muros estaban deteriorados y me transmitían una tristeza que solo podía comparar a la que sentía el narrador de *La caída de la casa Usher*.

Ya cerca del huerto, nos deslizamos tras el muro que lo rodeaba hasta llegar a un hueco desde el que vimos a Mishkin cavando. Salté al huerto y grité:

—Tire la azada o le pego un tiro en la cabeza.

Mishkin, que se me antojó mucho más viejo y consumido que antes, soltó la

azada y me miró aterrado.

Ardía en deseos de acribillarlo y no me explico cómo fui capaz de contenerme y mantener a raya el dedo que acariciaba el gatillo.

—Seguro que le asombra mucho verme. Nunca esperamos a la única persona que nos busca de verdad, ¿no es cierto?

—No te precipites, Roxana, y deja que me explique. Yo no quería enviarte a la cárcel... Cumplía órdenes superiores...

—¿De quién?, ¿del duque?

Mishkin me miró torcidamente y contestó:

—Del duque de Novo y de todos los que querían ocultar el burdel de Palastново. No me mates, te lo ruego. Ya me has vencido, y Dios ha perdonado mis pecados.

—Si es verdad que Dios ya le ha perdonado, seguro que le aguarda con las puertas del cielo abiertas y no necesitamos la ayuda de ningún sacerdote. Pero no voy a matarle; yo no, eso se lo puedo asegurar. Contésteme a una pregunta: ¿Fedora está viva?

—Si aún no está muerta, pero no creo que le quede mucho tiempo. El duque tiene previsto acabar con ella como acabó con Inna.

Le escupí en la cara. Acababa de hacerlo cuando Alarika y su hijo se arrojaron a él. El primero en hundir el cuchillo fue Bundy, justo cuando Mishkin intentaba recuperar la azada. Los dejé haciendo su trabajo y me dirigí al colegio.

Mientras recibía las cuchilladas, Mishkin gruñía como un cerdo. No es bueno alegrarse del dolor ajeno, pero una sonrisa diabólica afloró en mi boca y experimenté un placer de una oscuridad que me espantaba y que jamás había sentido hasta aquel momento.

44

No habían pasado ni siquiera nueve meses desde la última vez que estuve en la gruta de las falsas estalactitas y, sin embargo, ahora todo me parecía mucho más viejo y deteriorado. Los materiales de construcción no debían de ser los más apropiados para un clima tan severo y tan cambiante, el teatrillo se veía agrietado y una de las estalagmitas salomónicas que lo adornaban se había derrumbado sobre la escena, hundiendo el suelo y dejando entrar el agua, y la franja de arena había adelgazado y apenas permitía el paso. Llegué a la puerta de la alcoba azul y la noté trancada. Pegué el ojo a la mirilla que tenía en el centro y creí ver al duque de Novo, dormido sobre un diván. Intenté forzar la puerta pero parecía bien cerrada y era muy sólida. ¿Qué podía hacer? La otra opción para llegar a él era intentar alcanzar la alcoba desde la puerta del laberinto de cristal. Con dolor, opté por esta segunda opción y volví tras mis pasos.

Mientras atravesaba las sombras, tropecé y caí sobre un muelle de madera del interior de la gruta, lo que hizo demasiado ruido. El duque se despertó y abrió la puerta. Tuve que ocultarme inmediatamente tras una roca para que no me viera. Noté que tras otear el panorama desapareció en el interior de la alcoba y cerró la puerta con llave.

Dejé atrás la gruta y entré en Palastново por la puerta principal. Contemplé la escalera que tantas veces subí con Fedora y sentí náuseas. Luego me dirigí al sótano y llegué a la sala de los espejos, desde donde accedí al laberinto tras cruzar el pasillo de los mirones.

Una vez más me vi perdida en el dédalo de cristal, y una vez más tuve que mirar mi propia cara saliéndome al encuentro en cada esquina y conduciéndome a situaciones que creía haber dejado atrás para siempre.

La sensación de extravío y de asfixia volvió a apoderarse de mí y de nuevo creí volverme loca, hasta que divisé una luz al fondo de un corredor y supe que finalmente había dado con la puerta. Miré por la mirilla y vi que el duque estaba

una vez más dormido sobre el diván, si bien tenía una pistola en la mano. Abrí con cuidado la puerta y me aproximé a él con el sigilo de una bailarina. Mis pies sobre el suelo hacían menos ruido que mi corazón. El duque vestía de azul, y su rostro me pareció repulsivo. Sin duda ahora lo miraba con otros ojos. Con mucho cuidado le quité el arma y la arrojé tras el diván. Acto seguido le apunté con mi pistola y grité:

—¡Despierte!

El duque abrió los ojos sobrecogido y se sentó. Parecía ausente, pero en realidad se estaba ubicando en la nueva situación y pensando en cómo podía librarse de mí.

—¿Tú? —acertó a decir, como si mi aparición le resultase milagrosa.

—Veo que se asombra tanto como Mishkin. Lo entiendo. Siempre nos asombran las caras de un pasado que preferiríamos olvidar.

El duque me miró con arrogancia, como si creyese que podía adueñarse de la situación, y gritó:

—¿Qué pretendes?

—¿No lo sabe? ¿Tan limitada es su inteligencia? Quiero saber dónde está Fedora.

—Ni lo sé ni me importa.

Me acerqué más a él, pegué el cañón de la pistola a su sien, elevé el percutor y escupí:

—O me dice dónde está o le pego un tiro ahora mismo.

El duque hizo un movimiento con la cabeza indicando el cuarto de paredes rojas. Sin dejar de apuntarlo me acerqué al cuarto y vi que Fedora se hallaba colgada de una soga, sosteniéndose de pie sobre una silla enclenque que estaba a punto de ceder. Iba a acercarme a ella cuando el duque intentó coger su pistola y le disparé en la cabeza. Cayó al suelo un instante antes de que la silla que sostenía a Fedora cediera y me tuve que arrojar a ella, frenando su caída mortal e impidiendo que la cuerda se ciñera a su cuello.

Fedora se despojó de la cuerda como si se despojara de una serpiente venenosa y me abrazó deshecha en lágrimas.

—¿Cómo es que te tenía así mientras él dormía? —le pregunté.

—Había fumado mucho opio para atreverse a acabar conmigo, así que me colocó como me has visto y me dijo que se iba a dormir y que ya lo despertaría mi péndulo. El ruido de mi caída sería su despertador...

Fedora me pidió la pistola y vació el cargador en el hombre que se arrastraba

penosamente hasta la puerta, intentando escapar. Mi amiga gemía y gritaba mientras disparaba, como si hacerlo le produjera un gran placer. Era como si estuviera manteniendo una última relación sexual con él.

45

Alarika y Bundy nos vieron llegar a la pradera, donde les confesamos que acabábamos de matar al duque. Se alegraron de ver a Fedora viva y nos dijeron que el duque y su lacayo habían dejado el cadáver de Inna en un nevero junto al río hacía unos nueve meses. Deseaban enterrarla pero hasta aquel momento no lo habían hecho, por temor a contrariar al duque. Nosotras les dijimos que nos gustaría ayudarlos a sepultar a la muchacha y ellos asintieron, cogieron dos azadas y nos llevaron hasta el nevero en su carro tirado por una mula.

El nevero se ubicaba en una hendidura de la grieta junto a la roca en forma de trapecio, y allí la encontramos, cubierta por una película de hielo que se había formado bajo la capa de nieve. Nada más verla me arrodillé, pero no para rezar, sino que simplemente lo hice para no desvanecerme. Inna parecía cobijada en un ataúd de cristal.

El hielo había impedido la putrefacción de su cuerpo, que resultaba tan bello como inquietante. Inna nos pareció casi tan hermosa como la tarde en que la vimos por primera vez, si bien su cuerpo desnudo tenía algunas marcas de latigazos, y llevaba muy ceñido al cuello el pañuelo blanco que yo le había regalado.

Intenté tranquilizarme pero no fue fácil. Deseaba matar al duque de nuevo, deseaba matarlo una y otra vez, y lamenté que no pudiésemos matar a la misma persona cien veces, pues cien veces lo hubiese asesinado y hasta puede que alguna más. Todo mi ser se descompuso, y me sentí más putrefacta que Inna, y más muerta.

Bundy y su madre sacaron el cuerpo del nevero y lo dejaron tendido en la hierba. Nunca olvidaré el momento en que Bundy se quitó el abrigo de piel y lo extendió en el carro, a modo de colchón. Acto seguido, cargó con el cuerpo de la niña y lo tendió sobre su abrigo con mucha delicadeza. Percibí que sus ojos se habían humedecido. Sentí como si viera a Bundy por primera vez, y lamenté mi

estupidez y mi ceguera ante él.

—Inna parecía tonta, pero no lo era. Tenía conciencia de la vida y conciencia de la muerte. Una tarde la pobre criatura me dijo que si un día moría quería que la enterrasen en el bosque, y eso es lo que vamos a hacer si ustedes están de acuerdo —declaró Alarika.

Le dijimos que sí, que estábamos totalmente de acuerdo.

—Entonces vayamos a un claro que se halla junto al río. No está lejos de aquí. Es un círculo de hierba donde crecen los lirios en primavera.

Apenas caminamos diez minutos y llegamos al claro junto al río Jordán. Era un lugar especialmente mágico y ahora recordaba que Fedora y yo habíamos estado sentadas allí en más de una ocasión. Bundy se encargó de cavar la fosa mientras su madre abría una alforja y me mostraba una pequeña sábana blanca, primorosamente bordada.

—Ya sabes que nuestra tradición exige que enterremos a los muertos vestidos de blanco y que la mortaja no esté del todo acabada, para que la puedan terminar de coser en el cielo... Una sábana puede ser un vestido pero...

—Pero sin acabar —concluí.

Alarika asintió con una sonrisa piadosa y comenzó a cubrir el cadáver con la sábana. Antes de depositarla en su última morada, Bundy tendió su abrigo en el fondo de la fosa y depositó encima el cuerpo. Fue entonces cuando Fedora se metió en la fosa y se arrodilló junto a Inna. Lloraba sin lágrimas, gemía sin gemidos, en el silencio absoluto del lugar. Los recuerdos acudían como lobos para devorarla, para enterrarla junto a Inna, a la que había visto morir. Fedora parecía cada vez más enajenada cuando Bundy le insinuó con un gesto que no fuese tan morbosa y que había llegado el momento final.

Según la tradición ortodoxa, las últimas palabras que dirigimos a los muertos deben decirse al oído y al oído Fedora le susurró a Inna que la llevaría siempre en su memoria y que le deseaba una feliz estancia en los bosques de abedules del más allá.

Finalmente salió de la fosa y Bundy comenzó a verter sobre Inna la tierra húmeda. Yo lo miraba con devoción y pensaba que era imposible encontrar un sepulturero más digno que él.

Inna ya estaba enterrada cuando cubrimos el rectángulo con flores y helechos, y allí la dejamos, en el rincón más amable de aquella arboleda en la que se irían sucediendo las generaciones de hojas como se suceden las generaciones de hombres.

Volvimos a Palastново, y Bundy nos ayudó a arrastrar el cadáver de Mishkin hasta la alcoba azul, donde le aguardaba el duque. Ya los teníamos a los dos en el lugar de la infamia cuando le pregunté a Bundy si tenía en su casa petróleo. Bundy se alejó de nosotras y regresó no mucho después con una lata pringosa y negra, cuyo contenido vertimos en la alcoba y en el primer pasillo del laberinto.

Desde la franja de arena Bundy arrojó una rama ardiendo al interior de la alcoba, que empezó a quemarse enseguida. Los cristales estallaban formando un gran estrépito mientras corríamos por la senda de arena, escapando del incendio. Debido a las reverberaciones que creaban los estallidos, empezaron a desmoronarse las falsas estalactitas y el teatro. Cuando salimos de la cueva, el polvo nos impedía ver el interior y seguían oyéndose los estallidos de los cristales y el ruido de las piedras hundiéndose en el agua.

Aquella noche nos hospedamos en casa de Alarika. Apenas cenamos y nos limitamos a beber un poco de vodka. Madre e hijo ya estaban dormidos cuando Fedora y yo nos acostamos en la misma cama, situada en el hueco de la escalera que comunicaba los dos pisos de la casa. Fedora, que seguía ausente del mundo de los vivos y que tenía que asimilar todavía meses de oscuridad y sufrimiento, se quedó muy pronto dormida, pero yo no podía conciliar el sueño y salí furtivamente de la casa. Me hallaba en la pradera que rodea Palastново cuando una fuerza que me superaba me arrastró hasta el claro donde reposaba la niña silvestre. Quería dedicarle una última danza a la única amiga que habíamos tenido en la isla, y mientras me acercaba al río me empezaron a invadir los sonos del segundo acto de *Giselle*, que me sabía de memoria desde mis años en la Escuela Imperial. No fue algo consciente, pero enseguida pensé que una obra que trataba de una muchacha enterrada en el bosque y a cuya tumba acudía su amado para acariciar su fantasma era la más adecuada para ese momento.

Al llegar al claro besé la tierra que cubría a la difunta, me puse recta y de puntillas, elevé la cabeza y contemplé la luna, redonda y roja. El viento empezó a agitar las ramas de los árboles y me uní a los movimientos del bosque iniciando la danza. Mi cuerpo oscilaba sin querer hacia la derecha y hacia la izquierda, vibrando con una energía nueva que no parecía venir de mí. De pronto sentí que Fedora estaba bailando conmigo el *pas de deux*. Notaba su cuerpo rozándome, acariciándome, elevándome a alturas imposibles y conduciéndome a una ebriedad muy superior a la que nos poseía cuando bailábamos juntas. Oía cada vez más fuerte la música de *Giselle*, sus vaivenes mareantes, los oleajes que representan las alegrías y desdichas del alma, el dolor del amor perdido y el frenesí del amor recuperado.

Fedora y yo interpretamos nuestra última danza en aquella isla, dejándonos rociar por la luz de la luna, más vivas que nunca, evolucionando en un espacio intermedio donde los vivos y los muertos podían converger. Sentía que nuestros cabellos conformaban un mismo remolino, y un mismo abismo nuestros corazones, y acabamos la danza abrazándonos y llenando con nuestros gritos el bosque, el lago, la tierra, el cielo, las estrellas vivas y las estrellas muertas, las galaxias más cercanas y las más remotas.

—¿De modo que me has seguido? —grité.

Fedora estalló en carcajadas nerviosas. Seguramente hacía meses que no se reía.

Pasada la media noche, regresamos a casa de Alarika. Mi amiga se durmió enseguida, pero yo seguí despierta y me puse a leer el diario que llevaba en su bolso. No tenía más de treinta páginas y lo devoré en menos de media hora.

Tras concluir la lectura, noté que la figura de mi amiga se agrandaba hasta adquirir dimensiones que sobrepasaban los límites de mi memoria. Lo que antes había interpretado como desdén hacia mi persona, ahora me parecía espíritu de sacrificio. Con su silencio me había salvado la vida, con su silencio me había protegido de las sombras.

Deseaba entregarme al llanto, pero no quería despertarla y poco a poco me fui durmiendo. Hacia las diez de la mañana, abrimos los ojos creyendo que despertábamos del sueño de la muerte. Una hora después, Alarika y su hijo nos llevaron en su carro al embarcadero. Íbamos por el camino del muelle cuando vi que los dos cuervos de Madame se posaban en el jardín de la casa de su ama muerta. Fue entonces cuando recordé el cofre de latón que había dejado tiempo atrás bajo una losa y decidí recuperarlo. Lo encontré donde lo había dejado y le mostré la matrioska cuatripartita a Fedora, a Alarika y a su hijo.

—A nosotros nos regaló otra matrioska parecida —dijo Alarika—. Las fabricaba él. Podía tardar más de cinco años en tallar las cuatro muñecas de cada matrioska.

El testimonio de Alarika me hizo agradecer aún más el regalo y cargué con él hasta el embarcadero, donde nos despedimos de madre e hijo abrazándolos intensamente y prometiéndoles que nos volveríamos a ver.

Ante su mirada atenta, nos subimos a la barca. Antes de empezar a remar, Fedora me preguntó:

—¿Crees que nos vamos a quedar en San Petersburgo?

—¿Dónde si no?

—¡Quiero marcharme de la maldita Rusia para siempre! ¡Quiero olvidarme del Ladoga, de Valaam, de San Petersburgo! ¡No quiero estar ni un solo día en la ciudad donde me engendraron, en la ciudad donde me vomitaron, en la ciudad donde nos torturaron tanto como en Valaam! No creo ni en nuevos soles ni en nuevas lunas. ¡Quiero abandonar para siempre estas regiones malditas! Los hombres tienen la costumbre de sustituir unos infiernos por otros. ¿Acaso no lo sabes?

Sus gritos eran tan poderosos que resonaban como graznidos en todo el lago y perforaban la niebla como balazos.

—De acuerdo, de acuerdo, pero tranquilízate.

—¡No me tranquilizaré hasta que no me prometas que no vamos a estar ni un solo día en San Petersburgo! ¡No me tranquilizaré hasta que no me jures que nada más llegar al muelle nos subiremos al primer barco que pueda acercarnos a París!

—Te lo juro, Fedora —dije olvidándome de todos mis planes con Iván—, nos iremos a París y cumpliremos al fin nuestro deseo más antiguo, pero no olvides que la guerra aún no ha terminado. ¿No te dan miedo los submarinos alemanes? Acuérdate de lo que pasó con el *Lusitania*.

—¡Prefiero mil veces morir en el mar que seguir en la condenada Rusia, ganen o no los bolcheviques! —rugió antes de quedarse completamente dormida en la barca, rendida al agotamiento, como si acabara de liberarla de una condena perpetua.

De pronto recordé su diario y comprendí sus razones. No quise despertarla y comencé a remar en dirección a la isla bajo una niebla tan densa como la del día anterior. Estaba bordeando el islote de San Nicolás cuando caí en la cuenta de que únicamente remaba con la mano izquierda. Creí que Fedora se había despertado y me ayudaba a remar, giré la cara a la derecha para agradecerle su esfuerzo y vi que el otro remo oscilaba sin que lo tocara nadie. ¿Estaba remando conmigo el fantasma de Inna?, me pregunté llena de estupor. Cogí el remo que parecía moverse solo y empecé a remar con una fuerza que desconocía, como si mi cuerpo tuviese más poder que antes, o como si dos naturalezas diferentes se fundieran en mi sangre conformando una misma sustancia y una misma voluntad de ser.

En la isla, Sergey nos estaba esperando en su barco y nos subimos inmediatamente a él. Estaba atardeciendo cuando divisamos a lo lejos el Palacio de Invierno. Una luz roja y albina envolvía la ciudad e iluminaba las casas y las

aguas como si se hubiesen adelantado las noches blancas.

IV

LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

46

En 1910 estuve en Viena, buscando la ayuda psicológica de un célebre profesor, que me preguntó cuál era mi problema. Recuerdo que le dije:

—Mi único problema es que se ha detenido el tiempo en mi cabeza. Siempre tengo dieciséis años.

—¿Le ocurrió algo a esa edad, señor Novo?

—Murió mi madre. Asistí a su entierro en un cementerio de San Petersburgo. Aquella tarde el tiempo se detuvo para siempre. He buscado el amor de mujeres mayores que yo, pero acaban cansándose de mí porque les exijo a todas que sean mi madre, que me reprendan, que me castiguen y que hagan conmigo el amor, pero como si fuesen mi madre.

—¿Tuvo relaciones incestuosas con su madre?

—Sí, desde los doce años. Son frecuentes en la nobleza.

—Lo sé; lo han sido siempre. En la Edad Media la Iglesia intentó intervenir en ese problema. No consiguió gran cosa. Nadie consigue gran cosa con la nobleza, señor Novo, a no ser que recurramos a la guillotina. ¿Solo tiene relaciones con mujeres maduras?

—No, también con adolescentes de doce a dieciséis años. ¿Qué me aconseja?

El profesor, que era un hombre muy severo y al que no le gustaban las bromas, murmuró:

—En primer lugar, le aconsejo no volver a mi casa, señor Novo. En segundo lugar, puesto que no me creo nada de lo que me ha dicho y usted tampoco me va a creer (lo que nos convierte en figuras equidistantes e iguales), le aconsejo pegarse un tiro en la cabeza.

Salí de la consulta furioso. Me sentí desdichado y, si he de decir la verdad, también sentí mi alma sucia y castrada, un alma perdida que no conseguía ser feliz con nada y que no amaba nada de lo que tenía. Hasta que una de mis

amantes de San Petersburgo me dijo que acababa de dar a luz una niña que era mi hija. Fui a ver a la criatura y comprobé que la mujer decía la verdad. La niña era pelirroja como yo, tenía el cráneo como yo, la estructura ósea como yo y los ojos casi del mismo color que los míos.

La mujer me preguntó qué nombre quería poner a la niña, y le dije que Fedora, como mi madre. Ella comentó:

—De acuerdo, se llamará Fedora, vivirá en mi casa e intentaré que mi marido crea que es su hija, pero tú serás el que se encargue de su manutención y de su educación. Te exigiré que me pases dinero todos los meses y que en cuanto vaya creciendo seas tú mismo el que decidas a qué colegios debe ir y cuáles deben ser sus estudios. Quizá no acabes siendo su padre, pero sí que vas a ser su pigmalión. El destino de esta niña está en tus manos. Espero que sepas educarla como un verdadero artista. ¿No querías ser escultor a los doce años? Bien, aquí tienes un cuerpo que puedes esculpir. ¿No querías ser más tarde escritor? Bien, ella es un cuaderno en blanco en el que puedes escribir la novela de tu vida.

A partir de aquel momento visitaba muy a menudo a Fedora, si bien su madre rara vez me la dejaba ver y tendía a vigilarla a escondidas. Quería ser para ella el padre invisible, el pigmalión invisible, el protector invisible y a la vez omnipotente. Quizá tuve con Fedora la ambición de ser Dios.

Fui yo el que decidió quién debía ser su nodriza y cuáles sus maestras, y yo el que decidí que ingresara en la Escuela Imperial, en compañía de otra niña, nieta de un amigo mío, y que en cuanto la vi me pareció que podía ser una buena compañera de Fedora, así que me las arreglé para que se conocieran en un cementerio de pianos propiedad de mi viejo amigo, y desde entonces se las veía casi siempre juntas.

La obra que estaba llevando a cabo con mi hija me propiciaba emociones nuevas, y puedo decir que Fedora era casi mi único entretenimiento verdadero y mi única pasión. Cuando decidí que ingresase junto a su amiga en la Escuela Imperial, pensé que mi verdadero deseo era verla convertida en bailarina, pero más tarde acabé reconociendo que «el inconsciente me había tendido una trampa», como hubiese dicho el profesor de Viena con el que hablé una vez. Lo que de verdad quería era que Fedora tuviese el cuerpo duro, poderoso, fibroso y tenso que suelen tener las bailarinas. Las bailarinas son verdaderas esculturas vivientes. Basta con tocarlas para experimentarlo. Toda vez que me he acostado con una bailarina mi tacto ha sentido un placer que otros cuerpos y otras pieles no me aportan. Cierras los ojos y crees que estás tocando una escultura clásica, pero llena de vida, pero llena de fuego. Es algo que no se puede comparar con

nada.

Fedora llevaba seis años formándose en la Escuela Imperial cuando empecé a enamorarme locamente de ella. Siempre he sido especialmente caprichoso con las mujeres, pero viví dos años enfermo de celos. La saeta de amor me atravesó el corazón de verdad la última tarde en la que actuó, junto a sus compañeras y compañeros, en el palacio del zar. Aquel día supe que tenía que ser mía, aquel día supe que todo lo que había hecho por ella apuntaba en una dirección. Aquel día supe que estaba destinado a consumar con ella una relación parecida a la que había tenido con mi madre, o quizá más intensa, mucho más intensa, y aquel día decidí que la trasladasen a Palastnovo, colegio que financio desde hace años y donde he sucumbido a los amores clandestinos más escalofriantes de mi vida.

Al principio, mi intención era ser de una dulzura extrema con ella y no darme nunca a conocer, pero todo se empezó a torcer desde el principio. Su belleza me bloqueaba, me enardecía, me convertía en un ser brutal. Su belleza despertaba toda la violencia que había ejercido sobre mí mi madre, y de paso también la vida. Su belleza me anulaba, y cuando algo nos anula tendemos a defendernos con cierta agresividad.

Siempre que la obligaba a bajar a las catacumbas de Palastnovo perdía el control y me convertía en un ser odioso para mí mismo, en un ser rígido, tosco, tembloroso, ansioso y vil.

Fedora era el elixir que me convertía en otro, tal vez en un sapo, tal vez en un diablo, tal vez en un asesino. Oh, Dios, quisiera que alguien en este mundo comprendiera que existen formas de arrebató que nos incitan a proyectar lo peor de nuestro propio ser. Ahora mismo sé que en las catacumbas de Palastnovo me poseía sencillamente el espíritu de la destrucción. Sí, destruir la obra maestra a la que has dedicado años y años de amor, de sutileza, de abnegación. ¿Por qué? Es difícil responder. ¿No decía Oscar Wilde que siempre acabamos matando lo que más amamos? Y, si el gran Wilde cayó en ese abismo, ¿por qué no iba a caer yo, menos inteligente que él y con menos voluntad?

¿Quizá solo emprendí ese camino tan oscuro para conquistar el estremecimiento? ¿Para acceder una y otra vez a las fuentes del escalofrío y beber con sed renovada sus aguas sulfurosas?

Ver como Fedora se iba corrompiendo me estremecía, no puedo ni quiero negarlo. Ver a mi dulce niña convertida en una ramera que se entregaba a mí en la oscuridad y regresaba a mí todas las noches, arrastrada unas veces por el miedo y otras por el placer, me conducía a deleites que hasta entonces desconocía.

Fedora se convirtió en mi única obsesión y en mi narcótico más poderoso; Fedora se convirtió en mi destrucción. Solo vivía para vivir mis noches con ella. Lo demás no tenía ninguna importancia. Solo vivía para corromperla.

Y, cuando vi que había llegado con ella a un grado de gran vejación y gran elevación en el ejercicio de la crueldad, quise más y la convertí en una adicta al opio (como yo) para someterla mejor y para que ya nunca pudiera escapar del pabellón azul que había ordenado construir para ella, únicamente para ella (y para mí).

Ahora la veo rendida y perdida, entregada a mí en todos sus ángulos, en todas sus esquinas, en todo su ser, y me posee el vértigo, y sé que ya solo nos queda una última experiencia, la que abre de par en par las puertas de la oscuridad, a cuyos umbrales llegaremos antes de que los bárbaros lleguen a Valaam para destruir mi reino, el mío y el de Fedora.

Esta noche de luna roja como una guadaña ensangrentada en la que escribo mi confesión para nadie y en la que labro el espejo en el que mejor me estoy viendo a mí mismo, se me ha ocurrido cómo vamos a morir. Sé que ha llegado la hora. Lo supe cuando se me fue la mano y estrangulé a la muchacha del bosque, entonces estuve seguro de ello. Fue algo del todo imperdonable y del todo irreparable, que me condena para siempre.

Los revolucionarios han vencido. Hemos perdido y debemos aceptarlo con honor. Es el fin... Mañana Fedora cumplirá diecisiete años. El año pasado le regalé la gargantilla favorita de mi madre por su decimosexto aniversario. Mañana prepararé una soga para mi amada. En cuanto la soga se tense, me pegaré un tiro en la cabeza. Después ya dará igual quién llegue a la isla. Si llegan los bolcheviques, serán bienvenidos; si llegan los fineses, como me han dicho, también. Mi reino ya será un reino sumergido, y todo se habrá consumado, como dijo Jesucristo antes de dar el último suspiro.

MIKHAIL NOVO, duque de Novo y de Valaam

Palastново, 26-10-1917

47

17-6-1918

Hoy he vuelto a leer el texto que mi padre dejó entre sus papeles y he vuelto a comprender la naturaleza artesanal del arte de educar. No sé para los demás, pero para mí es un texto tan luminoso como tóxico, que me muestra la verdad de toda pedagogía.

Ciertamente el duque de Novo fue mi pigmalión, y lo fue hasta el final, hasta el momento en que me colocó una soga al cuello, hasta ese último momento rigurosamente estremecedor, en el que conocí como nunca antes el miedo, el espanto, la confusión, el desvanecimiento que pudo acabar con mi vida de no haber llegado a tiempo mi amiga.

Hace meses que llegamos a París, donde nos hemos visto obligadas a bailar en el Folies Bergère para poder vivir, como nuestra admirada Loie Fuller, cuando triunfó en la ciudad de la luz con su deslumbrante danza Serpentine. Ahora residimos en una calle del barrio Latino muy esquinada y que pocos frecuentan: la Rue Serpente. La casa nos gustó desde el principio y llevamos ya en ella medio año.

Vivimos en un bajo con sótano incluido, que entre las dos hemos ido convirtiendo en una especie de pabellón azul. La idea se me ocurrió a mí, pero Roxana la aceptó de inmediato, dejándose llevar por la excitación.

Casi todas las noches, Roxana acostumbra a esperarme en el pabellón, y casi todas las noches me dejó arrastrar por su silenciosa llamada. Sé que dentro de un rato descenderé y la encontraré temblando en medio de la oscuridad. Sé que le exigiré que se desnude y que se dé la vuelta. Sé que seré con ella cruel, y sé que una vez más aceptaré y aceptará que nadie puede huir de su pasado, y que en la noche claroscuro del placer carnal siempre se notarán las huellas que nos fue dejando en el cuerpo y en el alma nuestra educación sentimental.

48

La vida teje extraños caminos. La noche personal se abre a dimensiones que en la infancia y en la adolescencia solo aparecen anunciadas. El pliego de la existencia, al principio bien enrollado y sellado con lacre, rompe un día su sello y comienza a desplegarse mostrando un mapa que de algún modo conocíamos y que sin embargo nos sorprende.

Fedora y yo conseguimos llegar a París, por fin, pero no encontramos a los Ballets Rusos, porque hacía dos años que habían huido a España para evitar la Gran Guerra. La compañía se dividió, algunos regresaron a Rusia siguiendo a Fokine, su director. Otros optaron por seguir su propio destino como Nijinsky, que inició su viaje a la locura.

Con o sin Ballets, París seguía llena de rusos cuando Fedora y yo pisamos los andenes de la estación del Norte. Unos y otros reían y lloraban al mismo tiempo, se emborrachaban y se peleaban entre sí. Había cientos de camareros que afirmaban ser príncipes, duques, condes, marqueses. No salían las cuentas, a no ser que pensáramos que en Rusia había más nobles que vasallos. Todos mentían para sobrevivir, y también mi amiga y yo. Finalizábamos ebrias todas las veladas junto a nuestros noctámbulos compatriotas, y conversábamos sobre la maldita madre Rusia en todos los cafés y todas las esquinas.

Sí, en París no encontramos a los Ballets Rusos de Diaghilev, pero Iván no tardó en encontrarme a mí. El poeta al que le había prometido amor eterno aquella noche tumultuosa en el Palacio de Invierno consiguió dar conmigo gracias a la información que obtuvo en los círculos de exiliados, y una noche me topé con él en la calle Bonaparte, junto a la Escuela de Bellas Artes. Sus ojos ardientes me provocaron terror y pensé que había venido a vengarse, pero me equivoqué, pues en lugar de agredirme reventó en sollozos y me reprochó el haberme fugado de Rusia sin avisarle. Luego me dijo que se había hecho disidente, que no quería acabar en Siberia y que una noche de muy lúcida

borrachera emprendió el camino del exilio, a diferencia de su hermana, que se estaba convirtiendo en una heroína de la Revolución. Como insinuó que deseaba saber algo de mi vida, tuve que decirle:

—¿Quieres que te explique por qué tuve que huir de San Petersburgo y romper mi promesa? ¿Quieres que nos lo confesemos todo el uno al otro?

—No, mejor corramos de momento un tupido velo y entremos en esa taberna para celebrar que seguimos vivos y que de nuevo estamos juntos —respondió señalando el café La Palette, en ese momento abarrotado de bohemios y exiliados rusos.

Tras las primeras copas, empezamos a besarnos y reanudamos nuestro amor. Justo al día siguiente, Fedora y yo abandonamos el habitáculo de la rue Serpente. Recuerdo la noche en que bajamos al sótano por última vez, la noche en la que le grité a Fedora que estábamos asumiendo alegremente un destino impuesto, la noche en la que cambiaron las tornas y, sin que Fedora lo previera, me convertí en la castigadora, y la azoté y la esquiné y le grité que ahora ella era una hija bastarda y yo la condesa sangrienta, y que en nuestras noches secretas se habían acabado los privilegios de la aristocracia. Fedora se estremeció de espanto y de estupor, Fedora regresó de verdad a Palastnovo, Fedora se arrodilló ante mí y sollozó y comprendió que había que dejar definitivamente atrás el laberinto de Valaam.

Siempre que escapamos de un infierno nos encontramos con otro más adelante. Después de sobrevivir a los infiernos de las batallas de Verdún y del Somme, la mayoría de los franceses creían que ningún infierno podía superar esas tempestades de acero. Los parisinos no perdían las ganas de vivir, y deseaban divertirse más que nunca, para burlarse del enemigo y entretener a sus soldados. Los parisinos vivían como si cada noche fuese la última, como si cada encuentro fuese el último. Iván y yo también nos amábamos como si fuésemos los últimos amantes del mundo.

En julio supimos que los alemanes avanzaban y se acercaban a París. Recuerdo una noche de verano de bailes y balalaicas. Al alba un caballero pidió a los camareros que sirviesen una copa de champán a todos los clientes del local. El hombre se puso de pie y clamó:

—¡Me acabo de enterar que han fusilado al zar! ¡Brindo porque Lenin ha vengado a su hermano mayor! Brindo por Aleksandr Ilich Uliánov, mi amigo universitario y mi compañero revolucionario, que fue ahorcado junto a mis otros camaradas antes de que yo emprendiese el camino del exilio y dijese adiós a la patria rusa, a la que no pienso volver porque Rusia es especialista en sustituir un

suplicio por otro aún más cruento.

A Fedora y a mí se nos atragantó el champán al escuchar la noticia del fusilamiento del zar. Gracias al hombre que pagaba la bebida, conocimos la historia de Aleksandr, el hermano de Lenin, que fue el mejor estudiante de la Universidad de Ciencias de San Petersburgo. Aleksandr y sus compañeros planeaban matar a Alejandro III durante la ceremonia del sexto aniversario del asesinato de su padre, Alejandro II. El atentado fracasó y fueron ahorcados en Shlisselburg en el año 1887, por orden del padre de Nicolás II.

Durante aquel amanecer de revelaciones, comprendimos que tras toda revolución política late una historia íntima. Un silencio sin fisuras precedió a una coreografía de brindis y de duelos:

—¡Si le satisface celebrar la muerte, le reto a un duelo! —exclamó un caballero agraviado, dirigiéndose al viejo amigo del hermano de Lenin.

—¡Me niego a brindar por la venganza! —escupió ofendido otro caballero, estrellando su copa contra el suelo.

—¡La venganza es la justicia de las personas que no creemos en la justicia! —dijo Iván, y Fedora y yo aplaudimos sus palabras.

—¡No brindemos por la muerte de nadie, mejor brindemos por la vida! —dijo en tono conciliador el hombre con mayor edad y experiencia. Todos los presentes juntamos nuestras copas.

Antes de que julio expirase, la suerte quiso que volviésemos a coincidir con Léonide Massine, el bailarín que besó a Fedora y provocó que yo me cortase la muñeca con un carámbano de hielo cuando estudiábamos en la Escuela Imperial. Léonide Massine se había convertido en el director y principal coreógrafo de los Ballets Rusos de Diáguilev, que habían finalizado una gira triunfal por España, y nos vio bailando en el Folies Bergère. Se emocionó al ver a Fedora y nos propuso unirnos a su compañía para que bailásemos en su próxima obra.

Fue así como Roxana y yo dijimos adiós al Folies Bergère y fue así como me despedí de Iván, que debía quedarse en París y que prometió esperarme mientras empezaba a escribir poesías en francés. Gracias a Léonide Massine, viajamos a Madrid y nos incorporamos a los ensayos de *El sombrero de tres picos*, la nueva obra de los Ballets Rusos, que tenían su sede en el Teatro Real.

Fedora y yo solo formábamos parte del *corps de ballet*, pero nos sentíamos privilegiadas por dedicarnos en cuerpo y alma al *ballet*, porque al danzar todo el cuerpo se transfigura en alma. En esa época, volvimos a ser como hermanas, y nuestra relación adquirió un tono más amable y reposado, que nos permitía

hablar con cierta objetividad de los reveses de la vida y de todos los laberintos que habíamos atravesado juntas desde la tarde aquella en que nos vimos por primera vez en el cementerio de pianos. ¿Alguna vez habíamos dejado de ser las siervas del destino que trazaron para nosotras? Parcialmente nunca, nos parecía, si bien las dos habíamos ido conquistando con sudor y sangre cotas de libertad antes solo soñadas. Nuestra misma condición de bailarinas, nuestro deseo de serlo y nuestro empeño en conseguirlo no dejaba de ser el efecto de una causa bastarda, vinculada al duque de Novo y a su anhelo de tocar cuerpos duros como estatuas.

El sombrero de tres picos tenía música de Falla, y decorados y vestuario de Picasso. Diaghilev contrató a Félix Fernández para interpretar el papel principal, porque lo consideraba «el bailarín español más brillante de su tiempo». Félix enseñó a Leónide Massine todos los bailes españoles para que crease la coreografía. El ritmo prodigioso del zapateado del bailarín también influyó en la composición musical de Falla, que anotó en su partitura: «compases de la Farruca del Molinero, dictados por los ritmos de los tacones de Félix Fernández».

Gracias a Alfonso XIII conseguimos estrenar *El sombrero de tres picos* en Londres. Cuando llegamos a la capital de Inglaterra fuimos al Alhambra Theatre, para realizar los ensayos finales, previos al estreno. Félix Fernández vio que su nombre no figuraba en los carteles de *El sombrero de tres picos*, y que Leónide Massine interpretaría su papel.

Félix enloqueció, y empezó a correr por las calles londinenses, hasta que lo encontraron bailando desnudo ante el altar de la iglesia de Saint Martins in the Fields, y fue ingresado en el hospital psiquiátrico Long Grove de Epsom.

El sombrero de tres picos se estrenó el 22 de julio de 1919 en el Alhambra Theatre de Londres bajo la batuta de Ernest Ansermet.

Ese día recibí un telegrama de París, que tenía intención de leer tras finalizar la función.

El sombrero de tres picos arrebató al público desde los primeros compases y movimientos del primer cuadro.

Fedora y yo bailamos en el escenario mientras nos mirábamos con la íntima y profunda complicidad del pasado.

Al final del primer cuadro, Fedora me confesó:

—He leído el telegrama...

No me dio tiempo a preguntarle nada, porque en ese instante se alzó el telón,

para iniciar el segundo cuadro.

La *Danza final* fue apoteósica, el público se puso de pie para ovacionarnos mientras bailábamos. Al finalizar la ceremonia de los aplausos del público y las reverencias de los artistas, Fedora acercó su boca a mi oído y susurró:

—Iván se ha suicidado en París con la pistola que Vasilisa te regaló en el Palacio de Invierno. —La miré con terror, y añadió—: *Notre danse de la vie et la mort continue, mon amour, mon trésor.*

Intenté no desvanecerme mientras Fedora sonreía levemente. Recuerdo que cuando el telón cayó miré mis zapatillas de baile y pensé: Con estas zapatillas rojas atravesaré el valle de la muerte para despedirme de mi amante.

Fedora y yo salimos por la puerta trasera del teatro, y nos sentamos en un banco de Leicester Square, bajo la luz de una farola y la copa de un árbol. Yo le reprochaba a Fedora su sonrisa en el momento de comunicar una noticia tan trágica. Ella aseguraba que había interpretado mal su gesto. Era la sonrisa de la tristeza, de la piedad. Lloré hasta que me agoté. Apoyada contra el tronco del árbol, miraba a Fedora y me hacía preguntas sobre los vínculos entre la muerte y la vida, esos vínculos que creaban una suerte de oscilación constante, de movimiento en las sombras.

Volví a mirar a Fedora y pensé que solo algunas veces, en noches muy abiertas y días muy inesperados, el alma se abre entera a moradas donde la vida se presenta como un universo ajeno a toda determinación, ajeno a toda imposición de los otros. En esos momentos podemos reventar en sollozos y sentirnos milagrosamente libres bajo las estrellas, libres para bailar o para gritar o para gemir o para amar con todas nuestras fuerzas a los vivos y a los muertos, mientras el mar de la vida se agita con sus olas de luz y sus olas sombrías, siguiendo la ley de la ondulación, que para Isadora Duncan es la única ley de la naturaleza.